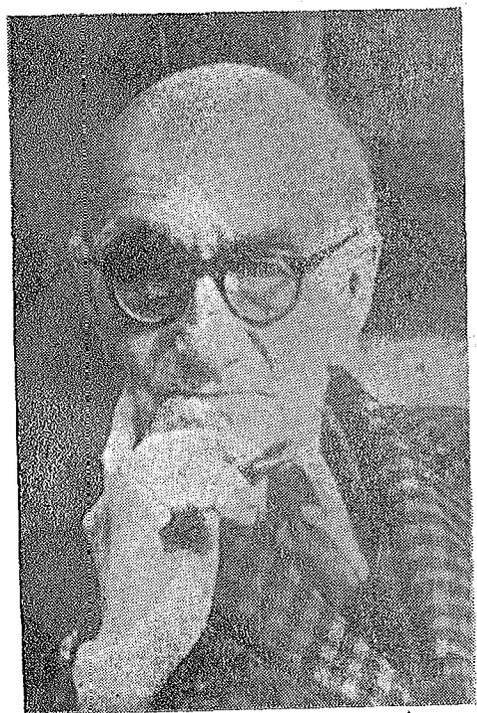


BOLETIN

DE INFORMACIONES CIENTIFICAS NACIONALES

Nº 86



PAUL RIVET
1876 - 1958



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
<i>La Dirección.</i> —Nota Editorial: El Homenaje a Rivet	5
<i>Julio Aráuz.</i> —Homenaje a Paul Rivet	9
<i>Discurso del señor Embajador de Francia, Don Georges Bernys</i>	25
<i>Datos Biográficos del Dr. Paul Rivet</i>	29
<i>J. Soustelle.</i> —Homenaje a Paul Rivet	38
<i>Paul Rivet.</i> —Independencia y Libertad	46
<i>Muerte del Profesor Paul Rivet, Presidente de Honor de la "Asociación Nacional de los Resistentes de 1940"</i>	51
<i>Fundador del "Museo del Hombre" ha muerto</i>	54
<i>André Wurmser.</i> —Adiós Doctor	56
<i>Muere un gran amigo del Ecuador (Revista "La Calle" — Quito)</i>	58
<i>Lo que dijeron los periódicos de Quito con ocasión de la muerte de Paul Rivet.</i> —Artículos de "El Comercio", Isaac Barrera, Germán Arciniegas, "Últimas Noticias", "Diario del Ecuador", Carlos Manuel Larrea, Antonio Santiana, Dr. Darío Lara	63
<i>Fernando Valera.</i> —Paul Rivet, amigo de España y del hombre	94
<i>Lo que dijo "El Comercio" con ocasión de la última conferencia en Quito</i>	102
<i>Paul Chevasse.</i> —Las grandes realizaciones francesas: el Museo del Hombre	105
<i>Paul Rivet.</i> —Artículos publicados en "Intermedio" de Bogotá	109
<i>Fernando Márquez Miranda.</i> —Realizaciones de un americanista insigne	114
<i>Isaac J. Barrera.</i> —Homenaje a Paul Rivet	126
<i>Julio Aráuz.</i> —Sección Comentarios.—Última visita de Paul Rivet	129
ACTIVIDADES DE LAS SECCIONES. —Año de Darwin	135
CRONICA	139
PUBLICACIONES RECIBIDAS	142

VV. fol. 00017
1958
7/11
1958

BOLETIN
DE INFORMACIONES CIENTIFICAS NACIONALES



Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
SU VENTA ES PENADA POR LA LEY

IMPORTANTE

A pesar de que los autores son responsables de sus trabajos, si éstos fueren susceptibles de alguna aclaración o refutación, anunciamos que estamos listos a recibirlas y publicarlas siempre que se ciñan a la corrección que debe caracterizar a toda controversia científica.

Somos partidarios del principio que de la discusión serena siempre sale la luz.

PP000538

1958

17.86

P.1

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO - ECUADOR

1958

Casilla 67

Dr. JULIO ENDARA,
Presidente.

Sr. CARLOS MANUEL LARREA
Vicepresidente.

Dr. MIGUEL ANGEL ZAMBRANO,
Secretario General.

MIEMBROS TITULARES :

SECCIONES :

SECCION DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES:

Dr. Pio Jaramillo Alvarado.
Dr. Humberto García Ortiz.
Dr. Luis Bossano.
Dr. Eduardo Riofrío Villagómez.
Dr. Alberto Larrea Chiriboga.
Dr. Alfredo Pérez Guerrero.

SECCION DE CIENCIAS FILOSOFICAS Y DE LA EDUCACION:

Sr. Jaime Chaves Granja.
Sr. Fernando Chaves.
Dr. Carlos Cueva Tamariz.
Dr. Gonzalo Rubio O.

SECCION DE LITERATURA Y BELLAS ARTES:

Dr. Benjamín Carrión.
Sr. Alfredo Pareja Diez-Canscco.
Dr. Angel F. Rojas.
Dr. César Andrade y Cordero.
Sr. Jorge Icaza.
Dr. José Antonio Falconí Villagómez.
Sr. José Enrique Guerrero.
Sr. Francisco Alexander.

CIENCIAS HISTORICO-GEOGRAFICAS:

Sr. Carlos Zevallos Menéndez.
Sr. Jorge Pérez Concha.
Sr. Isaac J. Barrera.
Sr. Carlos Manuel Larrea.

SECCION DE CIENCIAS BIOLOGICAS:

Dr. Julio Endara.
Prof. Jorge Escudero.

SECCION DE CIENCIAS EXACTAS:

Dr. Julio Araújo.
Ing. Luis H. de la Torre.
Ing. Rubén Orellana.

SECCION DE INSTITUCIONES CULTURALES ASOCIADAS:

Dr. Rafael Alvarado.
Sr. Roberto Crespo Ordóñez.
Dr. Rigoberto Ortiz.

Sr. HUGO ALEMAN,
Prosecretario — Secretario de las Secciones.

**CONSEJO DE ADMINISTRACION
Y REDACCION DEL BOLETIN**

Sr. Dr. Julio Endara
Sr. Prof. Jorge Escudero M.
Sr. Ing. Luis Homero de la Torre
Sr. Ing. Rubén Orellana
Sr. Carlos Manuel Larrea

Dr. JULIO ARAUZ,
Director-Administrador.

BOLETIN

Organo de las Secciones Científicas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

Director y Administrador: Dr. Julio Aráuz

Dirección: Av. 6 de Diciembre 332.-Apartado 67.- Quito

Vol. XI

Quito, Julio - Agosto de 1958.

No. 86

NOTA EDITORIAL

El Homenaje a Paul Rivet

Bien hubiéramos deseado, en el número anterior de este Boletín, dar a conocer a nuestros lectores los detalles del homenaje que la Casa de la Cultura Ecuatoriana rindió a la memoria del Doctor Paul Rivet, fallecido en París el 21 de Marzo último pasado, dejando un vacío difícil de llenar en la ciencia de la Antropología y, de un modo especial, en lo que concierne al Continente Americano, en cuyo campo, Paul Rivet fue el gran Maestro en lo que llevamos de recorrido en la presente centuria.

En los últimos días del mes de Mayo, el 27, en que se realizó el antes aludido homenaje, ya teníamos en la imprenta, listo para salir a luz, el número 85 de "Informaciones Científicas Nacionales", y aunque este número, por motivos de orden superior salió con atraso, no pudo dar cabida al relato y a la reproducción de las piezas que figuraron en el programa de la ceremonia, por cuya razón tuvimos que postergar la publicación hasta este número 86, correspondiente a Julio y Agosto. Por suerte que sí pudimos dar una ligera noticia del desarrollo de la ceremonia y del numeroso y distinguido auditorio que honró con su presencia el Aula Benjamín Carrión de la Casa de la Cultura. Ahora, en este número

86 daremos a la estampa no sólo los discursos de oficio que se cruzaron en la ocasión sino también una serie de trabajos referentes al ilustre desaparecido, procedentes de Francia y que directamente nos han sido enviados desde París. Estos papeles han sido traducidos por nuestro Director y creemos de nuestro deber el recomendarlos a los admiradores de Paul Rivet, que son muchos en nuestro país, porque contienen algunos datos poco conocidos de nuestro personaje y que, aún en el supuesto de que no lo fueran, no podían figurar en las oraciones laudatorias so pena de alargarlas demasiado, esto es, hasta el aburrimiento del auditorio. También hemos tenido el cuidado de recoger las publicaciones que acerca del Doctor Rivet se escribieron en los periódicos capitalinos con ocasión del luctuoso acontecimiento; incluimos, además, en esta recopilación un artículo procedente de periódicos colombianos y otros que llegaron a nuestras manos y que por considerarlo de interés, hemos sentido la tentación de hacerlo conocer. Estamos seguros de que la Prensa de todo nuestro Continente tuvo que verse conmovida con la fatal noticia y que debieron ser muy numerosos los comentarios y alabanzas que en esos días se habrán publicado en honor de Rivet, el sabio francés amado en América Latina. Esto nos satisface sobre manera, pero nosotros, que como es natural, no respondemos sino por lo acaecido en Quito, también de un modo particular debemos declararnos complacidos de nuestras manifestaciones, tan ingenuas como solemnes, o sea, tan a la altura del personaje que era honrado en espíritu presente, porque, como ya lo expresamos en una anterior ocasión, no sólo es la Casa de la Cultura Ecuatoriana la que ha honrado la memoria de Rivet, sino también la Prensa de la Capital y algunas corporaciones intelectuales o científicas, destacándose la más elevada y significativa por su valía y por ser oficial, la preparada por la Universidad Central.

LL. RR.



En una recepción de la Casa de la Cultura. De izquierda a derecha: Dr. Benjamín Carrión, Dr. PAUL RIVET, Sr. Embajador de Francia Cap. Dn. Pierre Denis, Dr. Emilio Uzcátegui y Dr. Julio Aráuz.

HOMENAJE A PAUL RIVET

Leído en la ceremonia de la Casa de la
Cultura Ecuatoriana el 27 de Mayo de 1953.

Por **Julio Aráuz**

El hombre moderno, esa culminación asombrosa y radiante de la Biología del Planeta, cuya diáfana inteligencia creadora y cuyo genio dominador y ambicioso han conseguido, por medio de la ciencia y del ingenio, no sólo dominar y esclavizar a casi todo lo viviente y no viviente, sino también manejar las fuerzas de la Naturaleza y disponer de ellas a su entero albedrío para el bien y para el mal; ese hombre, al que llamamos civilizado, es hijo legítimo de aquél, que a partir de los tiempos glaciales, empujado por la necesidad o, quizá, también por el diablillo de la simple codicia, se derramó por todos los horizontes, adueñándose de los productos de la Tierra y degollando a los animales. Ese hombre de parecer bestial, garrote en mano, desgredado, de terrorífico talante, blanco, negro, rojo o amarillo, pues que así con esos tegumentos lo conocemos en todos los grados de la Prehistoria; ese hombre o, mejor, diremos desde ahora, esos hombres que, hoy por hoy desenterramos con zapapico y pala de entre el cieno endurecido por los milenios y por una química inconsciente; esos hombres son los padres de los tres mil millones o más de seres humanos, rubios, azabaches,

canelas, azafranes y mezclados que en la actualidad pueblan o, mejor, poblamos los cinco Continentes.

Y esto ha ocurrido porque aquellos primitivos habitantes, toscos, huraños, ásperos de cuerpo y alma, ya representan para las leyes de la Naturaleza viva, un largo proceso de adaptación con todas sus peripecias, que en ocasiones conducen al individuo por un camino errado, pero que en el caso que estudiamos han dado cima a un bien logrado tope evolutivo, aunque para el efecto se hayan necesitado muchos millones de años, esto es, desde que en plena época Terciaria, en un lugar aún no identificado de la Tierra, un cierto grupo de primates, fue conducido por las circunstancias ambientales y otras causas, a modificar sus costumbres y su anatomía y se irguió y caminó sobre sus pies y habilitó sus manos y empezó a hilvanar ideas y llegó, por otro lado, consecuentemente, a muy bien intuir que la mejor arma en la lucha por la vida no era ni el colmillo ni la garra, sino que, a falta de ellos lo era el ingenio y también la mano, inspirador el uno y constructora de artefactos la segunda; y así, utilizándolos y por caminos que no los hemos descubierto del todo todavía, lo vemos aparecer en el Pleistoceno o sea en el más viejo Cuaternario, ya no como Antropoide sino de gran señor: de HOMO SAPIENS.

En las intimidades de aquellos esforzados, rechonchos, guturales y mugrientos ya existía en potencia el hombre de los siglos de luces; ya eran hombres por adentro y por fuera; eran completos: ni un diente más ni un diente menos que los nuestros y, hay razones para creer, que ni una hilacha, ni una brizna nerviosa más ni una menos de las que nosotros poseemos. De era raza que salió triunfante de las inclemencias glaciales se forjó la Humanidad del presente. Veinte, treinta mil o más años, han transcurrido desde ese feliz advenimiento, y en ese lapso, en que, poco a poco, ha venido amasándose la civilización de nuestros días, al propio tiempo que se ha pulido la materia, se han pulido las costumbres, refinado el gusto y mejorado el modo de pensar. Y de todo esto podemos

decir que somos testigos casi presenciales, porque, si bien aquella pobre gente no nos dejó historia escrita, nos dejó desperdigados por los suelos artefactos producidos por su genio, con dibujos y figuras de su vida y de su medio; ese cambio de costumbres y de mentalidad es obra de la civilización, que para el cuerpo ha servido de lija o de esmeril y para el espíritu de perfume, fortaleza y lógica: la rudeza de formas se trueca en las elegantes de un Apolo y la esteatopigia femenina en los encantos que luce la divina de Milo; y lo que es más, las groseras supercherías y otros engaños de los brujos primitivos, en las lindas fábulas de la mitología, que luego darán nacimiento a la religión, a la filosofía, a la medicina y, en general a las ciencias positivas. Todo, hasta las artes encontramos en latencia en el hombre paleolítico, todo nos revela la perenne inquietud espiritual de que se hallaba poseído, por eso pintaba con carbón y ocre rocoso las paredes de Altamira y otras, y, seguramente lo hacía mientras algún cofrade de buena voluntad procuraba arrancar del tunduli sonidos medidos, por simple gusto, por simple inspiración o para, de algún modo, distraer a los demás.

La civilización nace del preguntar a la Naturaleza, del afán de explicarla, del gusto de crear, de descubrir y de agradar y, aún en buena parte del anhelo de destacarse por encima del montón; lo del vivir mejor también entra en la cuenta, pero en la mayor parte de las veces no es sino una secuela del progreso y no siempre una causa dominante de nuestras voliciones espontáneas.

En el hombre del amanecer del Cuaternario ya encontramos las virtudes necesarias para forjar la civilización; su morfología es completamente humana y en su cerebro, rico en fósforo y en neuromas de alta calidad, donde se agitan el ansia de saber y el culto a la belleza. Nosotros somos lo mismo que ellos fueron, pero bien bruñidos por afuera, y, siguiendo con la alegoría, con las cuerdas bien templadas del violín que llevamos por adentro, simple operación que a eso buenos viejos les faltaba.

Aunque no lo sabemos, pudiera decirse que la evolución humana, materialmente, ha terminado: el hombre es bello, pero en este punto, en realidad, empieza la grande maravilla; empieza la evolución de las ideas.

Pasan los milenios, y en la Humanidad difundida por todos los confines proliferan las civilizaciones. Toynbee hace la cuenta de algo como veinte y una; nosotros, hilando grueso, sólo recordaremos a Sumeria, Egipto, Babilonia, Israel y sobre todo a Grecia y Roma, forjadoras, todas de la mente occidental, la que más tarde, con un aporte árabe y el invalorable ingreso de América en el torrente europeo, sirve de base para la aparición de algo gigantesco, como es la llamada civilización occidental, que impregnada de todos los matices cristianos se extiende desde América hasta los Urales.

Esta es la civilización que ha gobernado el mundo en los últimos siglos; civilización magnífica, forjada y crecida al amparo de la libertad del pensamiento, de la crítica razonada y la experiencia, que le ha permitido extraer los secretos de la Naturaleza, crear la ciencia, perfeccionar las artes, descubrir e inventar, siempre mirando hacia adelante, aprovechando el pasado, viviendo en toda su plenitud el hoy en día y afianzando, lo mejor posible, el porvenir. Al paso que otras, también llamadas civilizaciones, o bien, ponen al hombre mirando la perfección en el pasado, lo que sume al alma en el quietismo e impide el fluir de las ideas o bien lo arrojan en brazos de un misticismo absurdo y denigrante, que hace odiar la vida terrenal y que corta las alas del espíritu, que pide aire, luz y espacios bien abiertos; y, en uno y en otro caso, civilizaciones que impiden el florecimiento de las ciencias, que son la fuente de todos los descubrimientos de la Física y en general de todas las ciencias positivas y, a su vez, la causa de satisfacciones inefables, y el principio de las comodidades de la vida.

Por eso, desde hace tiempos la China y la India, propiamente han vegetado, aunque tengan en su haber buena literatura y be-

llas artes, pero esto no basta para el espíritu humano, que exige de un modo preponderante ciencia y ciencia y la existencia y cultivo de una sana filosofía libre de prejuicios y que sólo se cumple en Occidente, al paso que en Oriente acontece lo contrario, por cuya razón ahí no se ha descubierto ni se ha inventado nada en comparación con lo que se ha hecho por acá; y si en el último medio siglo que tenemos recorrido, se nota un despertar en aquel sitio del mundo es, porque la ciencia y la técnica de nuestro lado se ha derramado por allá, porque, como se trata de gente de talento ha sabido captarlas, y, ahora, con ellas amenazan a sus viejos maestros; tienen razón porque ante todo prima la libertad, pero cuando la consigán, aún perdiendo la pelea el Occidente, su civilización habrá ganado esos terrenos. Y así, puesto que la humanidad ahora tiende a unificarse, esta civilización europea, que hace cerca de cuatro siglos conquistó América, probabilidades tiene, por lo menos en sus principios esenciales, de volverse universal, no porque sea la mejor de las posibles, pero sí por ser la mejor de las aparecidas y por las perspectivas que ella ofrece, ya que no conduce al estancamiento sino a la acción, por ser la única que a pesar de las vicisitudes que han pretendido ahogarla, siempre ha creído en la ciencia como su mejor consejera y como fuente de conocimiento; de ese conocimiento que en diversas formas avanza sin descanso, como confirmación de que intelectualmente el mundo se encuentra en plena evolución: la evolución de las ideas de que fue cuestión hace un momento.

De lo dicho se desprende que, como la evolución implica cambio, hay que esperar que ocurran modificaciones, si no en la anatomía, en la conducta humana, porque ésta no es más que el reflejo del modo de pensar y de sentir; esos cambios no sólo que los presentimos sino que, en parte, ya los estamos viendo sin que sepamos hasta dónde nos puedan conducir, pero al respecto, desde ahora, sí podemos asegurar que algunos de ellos caminan desviados, ya que para que sean valederos, durables y beneficiosos tienen que

apoyarse sobre ciertos pilares consagrados como razonables por la experiencia de siempre, por consiguiente inmutables y eternos, reconocidos por la buena filosofía de los siglos y más por la del siglo XX, como son: la Libertad del pensamiento, el Respeto a la personalidad humana, la Repulsa a toda tiranía y la Tolerancia.

Se ve que la historia de la Humanidad es mucho más larga y complicada de lo que encontramos en los textos regulares. Para estudiar al hombre como ente pensante y social hay que estudiarlo desde sus orígenes; claro está que no lo vamos a tomar desde los albores del Terciario, que de ello se preocupa la Paleontología, pero sí hay que considerarlo desde que el hombre se manifiesta como hombre, más que todo, si queremos hacer la Filosofía de la Historia, porque en el hombre primitivo encontramos el germen de todas nuestras virtudes y defectos, y entre éstos, nuestras taras, como la guerra, el imperialismo, el colonialismo y otras, de las cuales la Humanidad empieza a fastidiarse y por las que, en pos de remedio, ahora trata de jugarse el todo por el todo, cayendo en un estado en que parece que el talento nos estorba y hasta nos perjudica, pues hay indicios de que un mal instinto que viene del ancestro, se ha despertado para aniquilarnos: haciendo un poco de Filosofía de la Historia lo descubriríamos.

La Prehistoria y la Historia son una misma cosa y su separación no obedece sino a cuestiones de didáctica, tanto es así que hay una ciencia intermedia que las une, tal es la Arqueología. Todas ellas estudian al Homo Sapiens, como hombre, como componente social y como creador de culturas; todas tienen el mismo fin bajo puntos de vista que se complementan, todas utilizan idénticos medios de trabajo que los emplean con mayor o menor intensidad según ellos convengan y todas convergen en un mismo campo: hacer la Filosofía de la Historia, ciencia de síntesis, que bien o mal llevada, ha dado origen a las escuelas modernas que se disputan el gobierno del mundo.

Como el hombre prehistórico, cosa sorprendente, sin más

vehículo que sus propios soportes, desde muy temprano supo verse por toda la superficie de la Tierra, todos los países tienen su Prehistoria que arranca de un tiempo más o menos remoto, siempre que no echemos en la cuenta aquellas zonas en que el hombre todavía persiste en su estado de natural rudeza y que poco a poco va desapareciendo. A pesar de ello, de arrancar de tan lejos, la Prehistoria es una ciencia joven; tal vez, no alcanza a los dos siglos; tan joven y tan vasta que se pudiera creer que aún estuviese en sus primeros pasos, pero la verdad es que ahora se trabaja en todo el mundo y que se ha encontrado tanto material, que ya es una ciencia rica, en implementos, en descubrimientos y rica en conclusiones que a veces desconciertan.

Nuestra Patria tiene también una interesante prehistoria y ha tenido y tiene excelentes cultores a partir de las postrimerías del pasado siglo, en que nuestro gran arzobispo Federico González Suárez, el amado sabio, introdujo en el Ecuador, científicamente, tan difícil, penosa y, a veces, tan ingrata disciplina, pues es muy corriente que el investigador se encuentre acosado por la mala fe de gentes sin escrúpulos; por otro lado, es un terreno en el que los más capaces se equivocan y se ven expuestos a rectificaciones y enojosas polémicas, y, a pesar de todo es una ciencia que produce arobamiento y esclaviza.

González Suárez hizo escuela y para hablar de sus discípulos y continuadores sólo quiero hacer mención de los desaparecidos. Uno de ellos fue Jacinto Jijón y Caamaño; hombre de superiores cualidades, apasionado por su ciencia a la que consagró gran parte de sus actividades, su gran talento y cuantiosa fortuna; su obra copiosa y excelente atestigua de su competencia, dedicación y sus afueros; obra imperecedera es a pesar de que, en ocasiones ha levantado polvareda y atraído reproches, pero, ya quedó dicho que todo esto y más, eran los gajes del oficio: hay que tener en cuenta que en terreno tan escabroso, tal vez, nadie ha logrado hacer obra inmaculada, lo cual no resta fama, y en el caso presente,

no viene en mengua del agradecimiento que el autor merece de sus conciudadanos.

Otro discípulo es un francés ilustre, el primero en fechas y el más grande en resultados, y si lo he nombrado en segundo término es porque merece atención más detenida y porque para hacer su apología me encuentro en este sitio; este hombre que nació en Ardenas de Francia el 7 de Mayo de 1876, es una gloria de su patria, pero también es un hombre que nos pertenece porque al Ecuador dedicó sus más caros afectos; hombre de gran corazón y de gran sabiduría, que hace apenas dos meses cerró sus ojos para siempre en la ciudad de luces, después de 82 años de prolífica existencia, el 21 de Marzo próximo pasado; este hombre querido es Paul Rivet, cuya figura evoca a Francia, al Ecuador, a América Latina y a todo el mundo libre, porque fue un gran sabio francés; un compatriota nuestro, como cierta vez, galantemente, nos lo confesara; porque fue un hombre de América por su ciencia y su cariño, y porque fue también un corifeo de la libertad, comprobado por sus obras, como se pudo verlo hasta el final, en su último discurso que fue compuesto a guisa de testamento espiritual.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana y la Embajada de Francia, con gran acierto, han aunado entusiasmo y sentimientos para la realización de esta solemne ceremonia en honor del amigo, del sabio y del prohombre desaparecido; y por otro lado, el prestigioso Centro Cultural "Alianza Francesa" y la Sociedad Ecuatoriana de Astronomía, también han querido ser partícipes de tan justa iniciativa, y para el efecto, todas han tenido la bondad o, no usando subterfugios, diré mejor, tuvieron la bondad de acceder a mi solicitud de llevar la palabra en nombre de ese respetable conjunto, en este día de apoteosis al sabio amigo, ciudadano del mundo, y esto lo hice, lo pedí, por tratarse de un gran francés, cuyo nombre ha pasado a la historia junto con el del Ecuador; por tratarse de un sabio que se inició en nuestra Patria; por tratarse de un personaje tan ilustre y que, sin embargo, me colmó de inmerecidas

atenciones y me obscurió su, para otros, muy buscada amistad; por tratarse de Francia misma, el país de mi delectación y objeto de mis simpatías, de quien recibí mis títulos profesionales y, sin esperarla y menos merecerla, la más delicada y codiciable de sus distinciones. Por eso ocupó esta tribuna, y puesto que mis mandantes estarán mal representados, desde este mismo sitio les ruego me perdonen. Lo hice porque alabar a Rivet es para mí de sumo agrado: yo le llamaba Maestro y él, con frecuencia lo asentía con una palmadita.

Que Rivet es hombre del Ecuador es fácil comprobarlo y nadie pondrá en duda cuando haya leído lo que nos dijo en el claustro universitario, cuando nuestra Alma Mater le otorgó el título de Profesor Honoris Causa y cuando la Casa de la Cultura Ecuatoriana le entregó en nombramiento de Miembro de Honor del Instituto. Yo hice recoger esas magníficas palabras y las publiqué con su consentimiento en la Revista que dirijo. En seguida empiezan las comillas.

"Aquí (habla del Ecuador) encontré mi primer maestro y, hoy día yo quiero evocar su recuerdo. Había en ese tiempo en Ibarra un prelado de gran sabiduría y de notable ciencia, hablo de Monseñor González Suárez; él me acogió en el palacio episcopal de Ibarra y me dió las primeras directivas para mis investigaciones, y hoy pago este tributo de agradecimiento que es una verdadera deuda. Y si he de hablar de este gran hombre, que fue no solamente un gran ecuatoriano sino un gran sacerdote y, a la vez, un hombre de ciencia, ha sido para significarles que yo a ustedes les debo mucho y que este cariño se explica como algo natural; cariño que, después se ha extendido a todo el mundo latinoamericano; pero la cuna de este afecto está aquí en el Ecuador, en Quito, en este país que yo quiero como MI SEGUNDA PATRIA, sin que nunca haya encontrado dificultades con el amor profundo que tengo para mi país, pues, como escribió un gran poeta del Ecuador que fue mi grande y respetado amigo, el Doctor

Luis Cordero: "Corazón mío existe para dos ternuras..."

El discurso del que hemos entresacado estos pensamientos es una página de oro para nuestro país y lo hubiera transcrito en su integridad porque es muy corto, pero ya se encuentra publicado desde el 51, sin embargo no puedo resistir la tentación de citar otras frases que confirman lo que ya se dijo, que Paul Rivet es un hombre que nos pertenece y nos honra, porque si Francia lo hizo médico y nos lo mandó, nosotros lo hicimos gran naturalista y se lo devolvimos convertido en fanal. Rivet confiesa que la visión del trópico que le ofreció nuestra tierra fue la que "determinó de un modo definitivo la orientación de mi carrera". Y luego, por si esto sólo no fuera suficiente dice, casi a renglón seguido, hablando del choque sentimental al tratar sobre todo con nuestros indios, que le captaron todos sus afectos: "Este choque sentimental fue decisivo para mi carrera; yo debo al Ecuador este impulso que esperaba, precisamente, para orientar todos los esfuerzos de mi vida".

Tal fue el lenguaje de ese gran corazón, tan vibrante, como fue el del Doctor Rivet, especialmente cuando rememoraba nuestra Naturaleza, que al mismo tiempo que la amaba le henchía de ternura; esa virtud tenían nuestras asperezas: nuestros montes y collados, nuestros ríos, valles, selvas y lagunas; y nuestras ciudades, poblados y nuestra gente humilde, porque conoció nuestro Ecuador de hito en hito, recorriéndolo a pie, a caballo, en tarabita y en canoa, entre los años de 1901 y 1906, en que, mientras los geodésicos medían Rivet observaba, estudiaba y colectaba muestrarios de Historia Natural para enriquecer los museos franceses, en los que, más tarde, las grandes autoridades de la ciencia, inclusive él mismo, descubrían muchos secretos de nuestra Naturaleza virgen. Pero si Rivet fue un corazón que se deshizo en sentimiento, no podía faltar ese otro más fuerte que se llamaba el amor, y, en efecto: ¿Acaso no sabemos que, cuando joven y apuesto, un buen día no se propuso jugar como Romeo y que en lo mejor del

juego, las ilusiones se hicieron realidades? ¿Acaso no sabemos que esas realidades le proporcionaron la compañera de su vida, ahora viuda y que esa viuda es una dama ecuatoriana? Y, ¿acaso ignoramos que aquella, nuestra compatriota, hoy anciana y que en su época dorada se la llevó el guapo, fue, ella misma, a su vez, un pétalo de rosa de nuestro pensil cuencano; de esa Cuenca ecuatoriana, esa ciudad exquisita de las folres y frutos y de lindas chiquillas?

Y díganme ahora si el Doctor Pablo Rivet no es un hombre de nuestras serranías y de nuestras verdes selvas y de nuestras playas, y díganme si no es un cóndor de los Andes. Y díganme por último, si no tuvo razón de decir en ocasión solemne, recordando a nuestro ilustre Luis Cordero: "Corazón mío existe para dos ternuras".

Dos ternuras; una incomensurable y otra grande; la primera para Francia y la segunda para nuestra Tierra; esta última, que a poco, como gota de aceite, se difundiría por todo el Continente hasta hacer de Rivet el maestro de América, y la primera que le llevaría a la fama como sabio, como adalid del pensamiento y como insigne patriota, porque patriota fue de acción y hasta temerario, noble virtud que seguramente la tuvo por herencia. Fue hijo de un simple preceptor que en el año 70 abandonó a la familia para acudir al combate; fue un subteniente valeroso, que en el 71, cuando regresó al hogar, tenía un brazo menos; luego, prosiguió en su tarea de maestro sin otra novedad que los hijos que llegaban; en el 76 le llegó Pablo, que tenía que ser el Paul Rivet de Francia, del Ecuador y de América Latina. Fue un patriota por temperamento, para lo que debió contribuir, no poco, la perpetua visión del padre mutilado; esto, debió encender desde temprano en el alma del muchacho esa llama sagrada que la acompañó toda su vida.

Este muchacho, convertido en hombre fue movilizado en la Guerra Mundial del 14 y sirvió hasta 1919, esto es, hasta más allá

del armisticio en calidad de médico; parte de la campaña la hizo en Francia y parte en Europa Oriental; su papel fue heroico, ganó medallas, fue citado en las órdenes, y, a este respecto y como muestra, oigamos lo que le dijeron al entregarle la codiciada presea de la Cruz palmada de Guerra.

“Practicante de una magnanimidad absoluta; siempre ha dado pruebas de la más grande abnegación; tomó parte en la batalla de Verdun, asegurando repetidamente el delicado servicio de ambulancias en aquellas que eran más violentamente bombardeadas. En Oriente, a partir de 1916 demostró ser un organizador de primer orden, durante su permanencia en el ejército serbio. Se distinguió de nuevo durante el ataque de Kaimaktchalan”. ¿No son estas las palabras con que se condecora a un héroe?

Después acontece la segunda guerra que desquicia la civilización y que por rebote todavía la sufrimos, y en ésta, Rivet ante su Patria esclavizada llega hasta la temeridad; es el hombre de la Resistencia, en la que se juega la vida; el gobierno de Vichy le priva de sus cargos y perseguido por la policía invasora tiene que huir a España y después a América; Colombia lo recibe y ahí funda el ahora prestigioso Instituto de Etnología; después pasa a México en donde pernocta hasta la liberación y regresa a Francia en 1944. Satisfactorio es decirlo que en esta angustia, países hubo de América Latina que acudieron con su ayuda. Algún día Rivet tendrá en París su monumento y otro en nuestra tierra.

Tal es el Rivet patriota; existe también uno político, así mismo glorioso y admirable; siempre en pro de los derechos del hombre, se fue contra el Fascismo en 1934 y con la colaboración del escritor Alain y del físico-matemático Langevin fundó el valiente “Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas”, y así pudiera enumerar otros sucesos, que los omito por temor de cansaros.

Rivet el sabio es el capítulo más importante de nuestro personaje, pero este sí es inmenso ;fue un hombre de una enorme

cultura general y un especialista en Historia Natural en lo que toca al Hombre: Antropología, Etnología, Arqueología, Lingüística, sobre todo en el Quichua y el Aymarà que los dominaba. Por otro lado, muchas obras sobre el problema del Hombre Americano, incontables Memorias y Artículos, conferencias en la Sorbona, en las Academias, inimitables Cursos en el Museum, en el "Museo del Hombre", Instituto fundado por él, por la reunión de las colecciones del Museum, del Museo de Etnografía y de la Biblioteca de los Americanistas, el mejor Instituto del Mundo en su género y el mayor timbre de orgullo del Doctor Paul Rivet.

Intentar en un breve discurso hacer el análisis de su obra científica sería inútil porque, tan larga, tan variada y difícil es, que sólo contando el tiempo, no lo terminaríamos ni hasta el alba, aun hablando en fuerte comprimido, razón por la que renunció a intentarlo.

Aquí tuvimos la suerte de tenerlo algunas veces, la última fue en Octubre de 1956, en que nos ofreció las primicias de un tema, cual "El Elemento Blanco y los Pigmeos en América Precolombina" que lo desarrollaba en una obra próxima a salir, y cuando se despidió de Quito hubiérase dicho que presentía su desaparición porque me dijo: "Si no viajas a París ya no me verás más, y se ha cumplido. Sin embargo todavía tuvo fuerzas para ir a Nueva York en 1957 en misión oficial, y todavía tuvo fe para redactar un artículo estupendo que hará época en el que confía en la Libertad para la salvación del Hombre, pero advierte que "Je chemin de la Liberté passe por la culture" (el camino de la libertad pasa por la cultura); estas palabras constituyen su testamento, como él mismo lo dice.

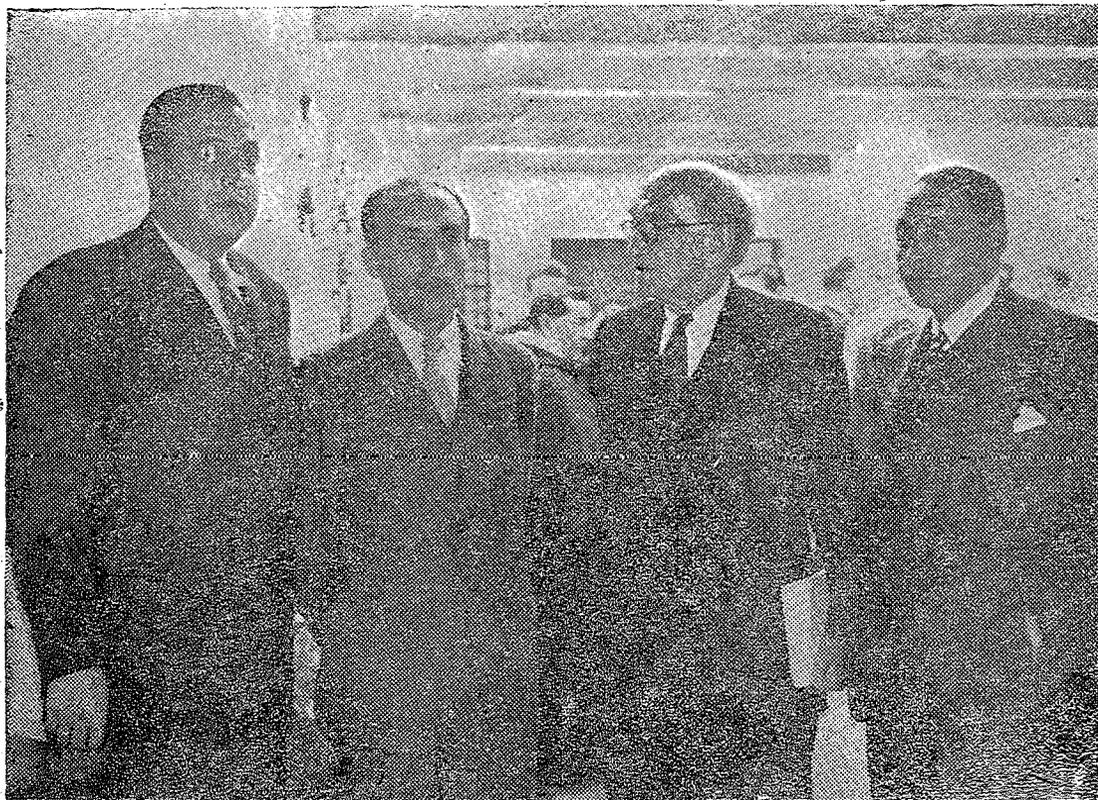
Poco faltaba para llegar al fin, y llegó el 21 de marzo del presente año. Murió Rivet en el Palacio de Chaillot sede del Museo del Hombre en donde tenía un lujoso departamento y fue la casa de la intelectualidad francesa; de los amigos del maestro y, sobre todo de los latino americanos. Ahí vivió feliz, cerca de su Museo

y en su departamento rodeado de sus libros, que fueron y de un valor inapercibible, tanto, que el Perú los codiciaba desde antaño, y cuando observó que el maestro se acababa se propuso adquirir la biblioteca, libros y documentos, cueste lo que costare, y, efectivamente, tuvo que pagar medio millón de soles. Hizo muy bien.

Ahora, su nombre es un recuerdo, su obra un evangelio de fe y de tenacidad, de libertad y de justicia. Su materia se diluirá en la materia, pero su verbo, su espíritu, como inspiradores de las causas nobles, seguirán flotando en el éter de nuestro mundo latino americano.

Para terminar, os invito a ponerlos de pies y a permanecer, meditativamente, unos segundos en honor de Paul Rivet, su obra y su memoria.

Quito, a 27 de Mayo de 1958.



En la Casa de la Cultura. De izquierda a derecha: Dr. Enrique Garcés, Dr. Emilio Uzcátegui, Dr. PAUL RIVET y Dr. Julio Aráuz, en 1951.

DISCURSO DEL Sr. EMBAJADOR DE FRANCIA

Señor Presidente de la Casa de la Cultura

Mis queridos colegas, Señor Doctor Aráuz, Señoritas, Señores.

Dos hombres eminentes acaban de unir su voz para rendir un brillante y magnífico homenaje a uno de mis más ilustres compatriotas, el Señor Profesor Paul Rivet. Sinceramente emocionado, agradezco al Señor Presidente, Doctor Julio Endara, por haber resuelto que en esta Casa de la Cultura Ecuatoriana sea evocada la figura, siempre presente, de ese gran francés, gran amigo del Ecuador, gran amigo de la humanidad y de sus civilizaciones. Efectivamente, ningún otro lugar podía prestarse mejor para esta ceremonia.

Mis agradecimientos van igualmente al Doctor Julio Aráuz, por haber sabido, con su notable talento, rememorar la vida y la obra de este sabio francés, del que fue discípulo, y del que tuvo —en varias ocasiones— la satisfacción y el honor de recibir, no solamente las enseñanzas, sino también las confidencias.

Sería vano de mi parte, después de la espléndida evocación que se ha hecho, el recordar a mi vez los años transcurridos desde el momento en que, joven médico de veinticinco años, el Profesor Rivet llegaba en mil novecientos uno por primera vez al Ecuador

y aquel día de fines de Marzo de mil novecientos cincuenta y ocho en que esta lumbrera humana se apagaba en el Palacio de Chaillet.

Sólo me queda subrayar el alcance inmenso de la obra de este hombre ilustre, que logró integrarse totalmente en el alma latino-americana y que, gracias a la comprensión de sus costumbres y de sus pensamientos, supo enseñar al mundo entero lo que eran realmente las poblaciones de este Continente, lo que representaban sus diferentes razas y cuales eran sus orígenes. Dió, por fin, a todos una noción exacta y humana de América Latina, dando fin así a las creencias suscitadas hasta entonces por los relatos erróneos de viajeros de ocasión.

El valor de su obra magnífica se debe sobre todo al profundo y total afecto que le ligaba a esta tierra ecuatoriana, a la que estaba aún más unido por su matrimonio con una distinguida dama cuencana.

Gracias a esta amistad de rara calidad, a esta sensibilidad excepcional, le fue dado sentir y comprender con fuerza tal, no solamente las antiguas civilizaciones, sino también la vida actual de estas poblaciones que se extienden desde el trópico ardiente hasta la selva virgen, pasando por las altas cimas andinas.

En fin, gracias al Señor Profesor Rivet se han estrechado más aún los lazos de amistad que siempre existieron entre el Ecuador y Francia. Cada una de sus visitas constituía una manifestación que celebraba el afecto y la unión de nuestros dos países. La de Octubre de mil novecientos cincuenta y seis fue por desgracia la última, y es ahora a su memoria, pero con presencia casi real, que se rinde hoy este homenaje al ilustre desaparecido.

Desaparecido, no lo será jamás, ya que todos los grandes hombres dejan un rastro imborrable de su paso. Y es así como, aunque el Profesor Rivet haya muerto, su obra vivirá siempre.

Este es nuestro consuelo.

Georges Bernys



En una recepción de la Casa de la Cultura. De izquierda a derecha: Dr.
PAUL RIVET, Dr. Benjamín Carrión, Sr. Embajador de Francia
Dr. Pierre Denis.

DATOS BIOGRAFICOS DEL DOCTOR PAUL RIVET

PROPORCIONADOS POR EL MUSEO DEL HOMBRE

Nació en Wassigny pueblecito del Departamento Ardennes de Francia, el 7 de Mayo de 1876; fue su padre un subteniente del Tercer Regimiento de Voltigeros de la Guardia; amputado del brazo derecho en la Guerra de 1870-71, después fue maestro de escuela en la aldea de Blénod-les-Toul del Departamento de Meurthe el Moselle en donde Paul Rivet aprendió las primeras letras, acabadas las cuales, lo mandaron al liceo de Nancy, capital del Departamento, para seguir la enseñanza secundaria, en la que supo distinguirse por sus brillantes aptitudes.

Habría deseado ingresar a la Escuela Normal Superior, pero, siendo el número 2 de una familia de seis hijos, Paul prefiere llegar por una vía más corta a suprimir su peso de la carga familiar; y es así que, después de haber seguido un año en la Facultad de Medicina de Lille, se presentó al concurso de aceptación a la Escuela del Servicio de Sanidad del Ejército de Lyon, siendo aceptado en tercer lugar entre muchísimos candidatos. Ahí tuvo la suerte de escuchar al gran Testut, y tres años después obtenía su diploma de Doctor en medicina, pasando luego a la Escuela de Aplicación del Servicio de Sanidad Militar: un año después recibía el nombramiento de médico ayudante mayor de segunda clase en el 1º de coraceros de París: esto fue en 1898.



Paul Rivet en 1901 cuando llegó al Ecuador en calidad de médico militar formando parte de la segunda Misión Geodésica Francesa.

Tal vez, bajo el influjo de Julio Verne, se despertó muy temprano en Paul Rivet el gusto de los grandes viajes; gusto que obtuvo plena satisfacción cuando en 1901 pudo conseguir formar parte, en calidad de médico, de la segunda misión francesa de geodésicos enviada hacia el trópico, al Ecuador de América, para medir un arco meridiano.

Su permanencia duró hasta 1906, en que regresó a Francia con importantes colecciones de Historia Natural, de Antropología y de Arqueología, para cuyo estudio, el Servicio Geográfico del Ejército, lo adjuntó al célebre MUSEUM de París.

En 1908 recibe el nombramiento de Asistente, subdirector, en el Laboratorio de Antropología del Museum d' Histoire Naturelle

de París y, a la vez se lo designa para Secretario General de la Sociedad de Americanistas de la misma ciudad.

En 1914 llega la primera Guerra Mundial y Paul Rivet es movilizado; participa primeramente en la campaña de Francia; luego, enviado al ejército del Oriente con el grado de Médico Mayor de primera clase y Director del servicio epidemiológico de los Ejércitos Aliados. Esta movilización bajo banderas duró desde el 2 de Agosto de 1914 hasta el 25 de Marzo de 1919.

Destinos Militares durante la Guerra de 1914-1918

Médico Jefe de la Ambulancia del tercer cuerpo del Ejército.
El 21 de Abril de 1916 parte en misión ante las tropas servias.

En Noviembre de 1916, Médico Jefe del hospital número 13 del ejército de Oriente.

En Noviembre de 1918, Jefe de la Oficina de Higiene y de Epidemiología de los ejércitos aliados y en el mismo año y mes puesto a la disposición del Ministro de Francia en Servia para la organización del servicio de Higiene y de Epidemiología de Servia.

CONDECORACIONES

Caballero de la Legión de Honor (título militar)	4 de Mayo de 1907
Oficial de la Legión de Honor (título militar)	20 de Dich. de 1918
Comendador de la Legión de Honor (título civil)	17 de Feb. de 1937
Medalla de honor de las epidemias (de oro)	13 de Abril de 1917
Cruz de Guerra con palmas	2 de Dich. de 1918
Cruz del combatiente 1914-1918	
Oficial de la Instrucción Pública	13 de Abril de 1907

Caballero del Mérito Agrícola	1º de Marzo de 1906
Oficial de la Estrella de Rumania	27 de Mayo de 1935
Gran Oficial de la Orden de OUISSAM Alaouite Cherifien	17 de Feb. de 1937
El Sol del Perú	Julio de 1939
Comendador de la Orden de San Sava	
Oficial de la Orden de Leopoldo I	
Comendador de la Orden de las Tres Es- trellas de Letonia	
Comendador de la Orden de Daneborg	
Gran Oficial de la Orden de Wasa	
El Aguila de Estonia	
Medalla de la Resistencia.	



Texto de la citación (Cruz de Guerra con Palma)

“Practicante de una abnegación absoluta, siempre ha dado ejemplo de gran valentía y espíritu de sacrificio; tomó parte en la batalla de Verdún, asegurando en buen número de ocasiones un delicado servicio en las ambulancias en momentos de violentos bombardeos. En Oriente, desde 1916, se dió a conocer como un organizador de primer orden durante su estadía de servicio en el ejército serbio. Se distinguió de nuevo durante el ataque de Kaimakchalan”.

Después de la Guerra del 14

Sólo después de comienzos de 1919 el Dr. Rivet puede reanudar sus actividades científicas.

En 1926, cuando se fundó el Instituto de Etnología de la Universidad de París, el Dr. Rivet fue nombrado para ocupar el cargo de Secretario General. En 1928 recibió el nombramiento de pro-

fesor titular para la cátedra de Antropología del MUSEUM y el de Director del Museo de Etnografía del Trocadero; es entonces cuando solicita y consigue la reunión de dicho museo con la cátedra que, en la nueva modalidad tomó el nombre de: "Cátedra de Etnología de los hombres fósiles y de los hombres actuales".

Desde entonces el Dr. Rivet concibe la idea de reunir en un solo Centro todo cuanto concierne a la Etnología, y esta idea, perseguida durante algún tiempo con fuerza, tenacidad y fe, tuvo plena satisfacción en 1937, año en el cual logró amparar bajo el mismo techo las colecciones del Museum, las del Museo de Etnografía y la Biblioteca de los Americanistas, dando así, nacimiento al actual MUSEO DEL HOMBRE, centro de educación popular, centro de enseñanza superior y centro de investigaciones.

Diversas Actividades

La actividad científica de Paul Rivet es premiada con numerosos nombramientos que le abren las puertas de muchas academias y sociedades científicas de Francia y del extranjero.



Sus numerosos viajes, particularmente los realizados por Sudamérica, su comprensión y penetración en el alma indígena y sus estudios sobre las lenguas aborígenes, le significan un bien ganado renombre mundial y merecidas recompensas honoríficas.



Paul Rivet también un hombre político. En 1934, después de los acontecimientos del 6 de Febrero, estimó que el hombre de ciencia no debía permanecer indiferente ante las amenazas que en ese tiempo se cernían en el horizonte, y, entonces, en unión con

el escritor Alain y con el sabio Langevin fundó el "Comité de vigilancia de intelectuales antifascistas".



El año siguiente Rivet no se excusó ante el pedido ciudadano de los electores de izquierda del barrio de San Víctor, de aceptar su candidatura, después de falta de mayoría, para la segunda vuelta electoral, en cuyos escrutinios fue elegido concejal de París y consejero General del Sena; después, estos mandatos se extendieron para dos períodos.

Durante la Segunda Guerra

El 18 de Noviembre de 1940, debido a su conducta política, el Gobierno de Vichy le separó de sus cargos a consecuencia de lo que, Rivet recibió una invitación del Presidente de Colombia para refugiarse en esa República. Entonces, escapando a la persecución de la Gestapo, Rivet pasa a España y de ahí a Bogotá en Mayo de 1941, en donde funda el Instituto de Etnología y se queda hasta 1943. En esta época, el General De Gaulle le confía diferentes misiones y termina por nombrarle Consejero para Latino-América. A continuación pasa a México y ahí permanece hasta la liberación de Francia en 1944.

Después de la Liberación

De regreso a París reasume sus funciones en el MUSEUM, en el Museo del Hombre, en el Instituto de Etnología y en la Sociedad de Americanistas.



Elegido diputado por el partido socialista, tanto para la primera como para la segunda Asamblea constituyente ejerció tal dignidad hasta 1951. En dichas Asambleas desempeñó los siguientes cargos: Vicepresidente de la Comisión de Asuntos Exteriores y Presidente del Grupo Federalista Parlamentario de la Asamblea Nacional y del Consejo de la República.



Al mismo tiempo que su actividad política, su actividad científica sigue adelante. De 1945 a 1954 Rivet publica:

Un volumen sobre Metalurgia precolombina;

Tres volúmenes de Bibliografía de las lenguas Aymarú y Quichua;

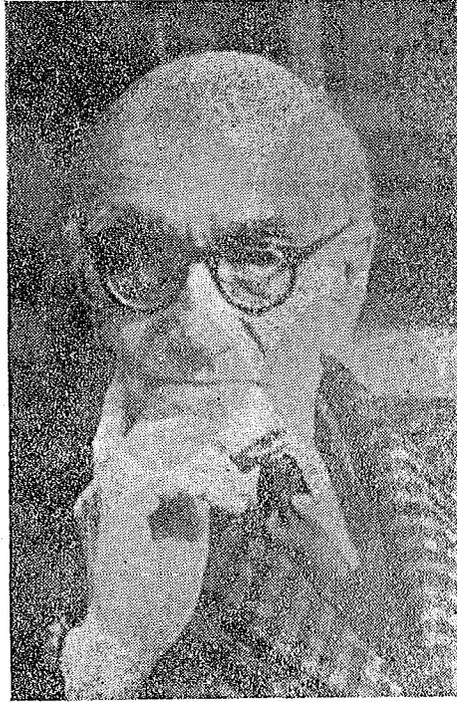
Un volumen ilustrado de las Ciudades Mayas en la colección "Los Altos Sitios de la Historia";

Colabora para las lenguas americanas en "Lenguas del Mundo", cuya nueva edición apareció en 1952;

El cuarto y último volumen de la Bibliografía Aymarú y Quichua como también la cuarta edición de la obra "Origen del Hombre Americano", aparecidos en 1956-57.



En 1946 Rivet fue llamado para formar parte de la Comisión francesa de la UNESCO, de la cual ha sido, primero su vicepresidente y después, en 1953, su presidente. Ha sido también delegado del Gobierno francés a las Asambleas generales de la UNESCO en México y en Beyrouth y, además, miembro de la Comisión internacional, representando a Francia, en la Hilea Amazónica; por último, en 1956 asistió, como delegado francés, a la Asamblea de la UNESCO que se reunió en Nueva Delhi y, por último, en 1957, le cupó la suerte de defender a Francia y a Argelia, en Nueva York,



Uno de los últimos retratos del Maestro

en una célebre sesión de la ONU, en Febrero del citado año.

Rivet fue, desde 1947 Presidente del Consejo Superior de la Radio-Televisión francesa y, en este carácter le tocó intervenir algunas veces desde la tribuna de la Asamblea Nacional.

Fue Secretario General de la Sociedad de Americanistas de Francia y, como tal, organizó el Congreso Internacional de Americanistas que se realizó en París en 1947; en 1949 concurrió al de Nueva York del que fue uno de los presidentes de honor; en 1954 presidió el congreso de San Paolo y en 1956 tomó parte en el

de Copenhague. En 1957 fue nombrado Presidente de la Comisión francesa de la Unesco.

Fue Doctor Honoris Causa de las Universidades de Quito, de México, de Buenos Aires y de La Plata; huésped de Honor del Perú, miembro de Honor de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y miembro asociado de la Universidad de Bruselas.

Falleció en su residencia del Palais de Chaillot de París el día viernes, 21 de Marzo de 1958, a la edad de 82 años.

(Traducido por J. A.)

HOMENAJE A PAUL RIVET

1876-1958

Tomado de "Voici Pourquoi"

Nº 9 — 1º de Abril — 1958 — París.

Si los guías de la opinión francesa o, por lo menos, si aquellos que se han autocalificado como tales, tuvieran el sentido de lo que verdaderamente constituye el valor y la grandeza de un país civilizado, todas las columnas de los periódicos y todas las ondas, se ocuparían de dar a conocer la vida y la carrera de Paul Rivet, con toda la amplitud y todos los detalles necesarios para hacer comprender cuán sabio, así cómo, qué hombre, qué ciudadano, hombre de corazón y de pensamiento acabamos de perder. Que, siquiera, aquí en estas líneas, un modesto homenaje sea dedicado al renovador de la ciencia de la humanidad, cuyo nombre, como generalmente sucede, era más conocido y hasta venerado en el extranjero que en la propia Francia.

Pocas carreras tan brillantes han comenzado tan obscuramente como la de Paul Rivet; segundo de una familia de seis vástagos, tuvo que acortar estudios demasiado costosos, y, así, después de sólo un año de medicina en Lille, entró en la Escuela de Sanidad Militar de Lyon.

En 1897 pudo graduarse de doctor en medicina a la edad de 21 años, y parecía que su destino no iría más allá del de arrastrar una existencia deslucida, cuando en 1901 pudo aprovechar la ocasión de ser nombrado médico adjunto a la misión geodésica francesa, encargada de medir un arco del meridiano de los Andes.

La Revelación Inicial

El joven Paul Rivet iba a permanecer cinco años en la República del Ecuador de América; ahí descubriría las ásperas soledades de las cordilleras, el desierto helado de los páramos, las selvas tórridas de las tierras bajas. Descubriría a los hombres, los indígenas, dueños de un rico pasado, tan misteriosos, y ahora frecuentemente muy miserables.

El choque de esta revelación hizo de Rivet un antropólogo, un etnólogo, un arqueólogo, un lingüista. Y, precisamente, porque él llevó consigo a ese dominio totalmente nuevo, una clara visión sin prejuicios de escuela, pudo captar de lleno lo que debía llegar a ser la originalidad de su método de enseñanza, esto es, **QUE LA REALIDAD HUMANA ES UN TODO INDIVISIBLE** y que el sabio debe abordarla con todos los recursos de las diversas ciencias. El hombre es un ser biológico y es la Antropología la que lo estudia; el hombre crea la técnica y las artes, elabora normas tradicionales de conducta y es la etnografía que entra en juego. El hombre, además, se organiza en sociedades y se torna en objeto de la sociología. Por último, es un individuo que habla y la lingüística aparece como el mejor instrumento que disponemos para comprendernos con nuestros semejantes y para hacer luz en su pasado.

Nacido el método de Rivet de una experiencia vivida y enriquecida por la reflexión, el concepto total de esta ciencia que Paul Rivet llamó Etnología, caía a tiempo, a su hora, precisa, y desde entonces no ha dejado de demostrar su fecundidad; ella ha proporcionado a la etnología francesa el modo de reaccionar con-

tra la especialización estéril, frecuentemente practicada por los anglo-sajones; ha proporcionado el medio de esquivar el estorbo de las teorías metafísicas, tan caras para los alemanes, con el objeto de renovar nuestra sociología.

El fuerte pensamiento de Durkheim había, en efecto, dado a la sociología entre nosotros un vuelo admirable, pero era necesario incorporar a esta ciencia toda la riqueza de los hechos observados, sin intermediarios; era necesario añadir la dimensión del tiempo, mediante estudios y rebuscas que buccaran en el pasado.

Más tarde, el encuentro y la colaboración de Paul Rivet con Marcel Mauss, sobrino y continuador de Durkheim, debía proporcionar a la etnología francesa una puerta de acceso hacia los más variados aspectos de la realidad humana; debía crear ese espíritu de síntesis que ha caracterizado lo que se pudiera llamar la Escuela Parisiense, entre 1928 y la segunda Guerra Mundial.

Basta con echar una mirada sobre la inmensa lista de trabajos, libros, artículos y memorias de Paul Rivet para admirar la ejecución conceptual y fundamento de su obra. Antropólogo, él estudió los caracteres físicos de los indígenas del Ecuador, de la baja California, de la raza de Lagoa-Santa y de Yucatán. Aquellos que tuvieron la dicha de ser sus alumnos recuerdan ese lujo de inagotable de argumentos y esa claridad de demostraciones con que sabía describir aquellos grupos humanos, tan variados, como son los que han poblado el Nuevo Mundo; hay que haberlo visto y escuchado en Copenhague, ya ochentón, maravillando a los sabios de todos los países con la inesperada luminosidad que supo comunicar a fenómenos casi por todos ignorados, como las persistentes huellas en América de pueblos pertenecientes a la raza de pigmeos.

Arqueólogo y etnólogo sus obras monumentales son: sobre la "Etnología antigua del Ecuador"; acerca de la Metalurgia Precolombina; sobre las Ciudades Mayas, todas ellas que figuran entre las producciones clásicas del americanismo. En cuanto a la lingüística, se cuentan por cientos sus memorias consagradas a las len-

guas autóctonas del Continente Americano. ¿Y cómo no mencionar la extraordinaria biblioteca que pacientemente había podido reunir y la no menos extraordinaria "Bibliografía de las Lenguas Aymará y Quichua" que acabó de publicar cuando ya iba a ser sorprendido por la muerte?

Sin embargo, tales trabajos que ya habrían sido suficientes para proporcionar celebridad a un sabio, no fueron para Rivet sino simples materiales, él quiso adentrarse en mayores síntesis; su gran teoría, que fue elaborada con la ayuda de todo orden de innumerables observaciones, acerca de la parcial procedencia de Oceanía de la población de América, y su magistral libro "Los Orígenes del Hombre Americano" son una prueba de la gran síntesis que buscaba. Le debemos, el habernos abierto nuevas perspectivas, prodigiosamente colocadas en el tiempo y en el espacio y que conducen al conocimiento del lejano pasado de los hombres.

Después de lo dicho hay para concluir que es para dejar pasados, la comprobación de que al gran público, al que con tanta facilidad se le hace absorber periódicamente, mil y una boberías de relumbrón, por ejemplo, acerca de los atlantes, de los Continentes engullidos y otras tantas necedades; a ese mismo público no se le da facilidades para que conozca el modo de pensar de uno de los grandes sabios de nuestra época.



El Museo del Hombre

Con todo, bien se pudiera afirmar que la obra de Rivet, sus libros, su enseñanza, no constituyen sino una fracción del donativo que ha hecho a su país y a la humanidad, ya que también fue un animador, un despertador de espíritus, un creador de excepcional prestancia, que supo modelar y galvanizar equipos que a su llamada y bajo su inspiración, ellos a su vez, animaron el Ins-



**En el Museo del Hombre, una de las muchas vitrinas
de la República del Ecuador de América**

tituto de Etnología de la Universidad de París, la Sociedad de Americanistas y, sobre todo, el Museo del Hombre. En sus últimos días ya no quería sino un título, el de Fundador del Museo del Hombre; sin duda porque a esta obra había consagrado todo lo mejor de todas sus capacidades. ¡Cuán radiante manifestó encontrarse el momento en que, en 1938, después de 10 años de esfuerzos continuados, de viglias y de preocupaciones, acompañado

del equipo que el había animado, inauguraba el famoso Museo, único en su género, viviente encarnación de su doctrina y al propio tiempo UN INMENSO LIBRO DE TRES DIMENSIONES, abierto para los más humildes ojos.

Y esto, porque Paul Rivet jamás había considerado la ciencia como un jardín en el cual tan sólo pudiesen penetrar los privilegiados; este convencimiento se encontraba en él unido a un afecto instintivo, profundo y espontáneo hacia el hombre, objeto de estudio ciertamente, pero al mismo tiempo un ser sufrido, en lucha con la Naturaleza y eternamente amenazado. Pocos corazones han sido tan generosos como el suyo, que ahora ya ha dejado de latir.

Es por esta generosidad que se vió impelido a incursionar en la vida pública, en la que tomó parte cada vez que le pareciera que se hallaban en peligro las libertades democráticas o la independencia de su patria, pues, lejos de sacrificarse a modalidades que marcaran una cierta degeneración de izquierda, este francés de IZQUIERDA, siempre fue, hasta su último aliento, un PATRIOTA.



La Fidelidad a la Patria

La demostró cuando en 1940, el desastre y la opresión se abatieron sobre Francia; "Resistencia" fue el título del primer Boletín clandestino de la Zona ocupada.

El valladar, Museo del Hombre, fue algo de lo primero que sucumbió a partir de 1941, bajo los golpes del intruso. Entonces, Paul Rivet perseguido por la Gestapo tuvo que abandonar su obra y huir para América del Sur; Rivet prestó su concurso al General De Gaulle, y desde ahí se hicieron muy culpables el respeto y la confianza que el Maestro conservó siempre para el Jefe de la Francia combatiente.

Paul Rivet, por otro lado, supo guardar muy abierto su espíritu a las realidades internacionales. Después de la Guerra

1914-1918, en la que se distinguió de un modo notable en los Dardanelos, fue el primero en reanudar las relaciones culturales con Alemania. También, más tarde, a partir de 1945 se consagró con ardor a la UNESCO y de un modo general al acercamiento de los pueblos en el dominio intelectual.

Pero, ¿Cómo ocultarlo? Sus últimos años fueron entristecidos por el creciente sentimiento de que las iniciativas de paz y de buena voluntad se quebraban de más en más contra el fanático e incesante desencadenamiento de los nacionalismos.



El Culto a la Libertad

Lejos de glorificar tontamente este bello epígrafe, como lo hacen ciertos "intelectuales" menos dignos que Rivet, que lo aplican a cualquiera locura nacionalista con tal de que ella se pare con un turbante o un fez, Paul Rivet vió claramente a la catástrofe que nos llevaba.

Es así como en 1957, en un artículo calificado por su autor como su testamento y que, efectivamente resultó ser el último que escribiera, Rivet nos demostró con su acostumbrada lucidez, que la "Independencia" no es totalmente lo mismo que la "Libertad". Acababa Rivet de hacer un viaje al rededor del mundo; por todos los lados, sobre todo en Asia, había visto misérrimas y hambrientas masas, andrajosas e ignorantes a quienes sus adalides no daban ni un pan, ni un libro, pero que únicamente los empujaban hacia las más variadas aventuras.

¡Con qué profética claridad escribió entonces!

"Los países que habitan esos hombres son independientes, pero ellos no ni pueden ser libres. Esas desheredadas poblaciones cuando llegan a la independencia se ven amenazadas a caer en el desorden y en la anarquía, y por ese camino a soportar la dic-

tadura de un hombre o de una minoría. Independientes, ignoran la verdadera libertad”.



Su Última Lección

En ella, Rivet, denunció la impostura y el mortal peligro de las organizaciones internacionales en donde se debaten los destinos del mundo en una atmósfera de venta en almoneda y de fiero repuje. Ahí Rivet pidió que en dichas organizaciones se estableciera la “noción del valor”, contra el desencadenamiento de los sentimientos de una odiosa revancha u del nacionalismo racista.

¡Qué lección esta, la última que nos ha obsequiado!

Su importancia se acrecienta cuando se pesa lo que debió sentir en el momento en que se dió cuenta de que algunas de sus más caras esperanzas se venían abajo. En esas palabras, Rivet a la vez que el sabio se manifiesta el hombre de corazón que nos confía su mensaje.

Las últimas fuerzas de su ya agotado organismo fueron consagradas a la defensa de la causa de Francia y de Argelia, ante los países de América, en donde se le veneraba, y ante la ONU, en Nueva York, en una célebre sesión de Febrero de 1957. Lógico con él mismo, firmemente apegado a los ideales de progreso, de libertad y de paz, no podía pactar con el fanatismo bárbaro y retrógrado del F. L. N.: el último acto de su vida pública fue inspirado a la vez, en su ideal de siempre y en su patriotismo nunca desmentido.

J. Soustelle
(Traducción de J. A.)

INDEPENDENCIA Y LIBERTAD

(Artículo considerado como el testamento del Autor)

Por el Dr. Paul Rivet

Nuestra generación ha creído que la independencia era un remedio para todos los males, una panacea contra las injusticias y las miserias humanas. Ciertamente, la independencia de los pueblos debe continuar siendo el objetivo número uno de los esfuerzos de todos, mas, es necesario proclamar que tal propósito no se convertirá en realidad sino el día en que las afflictivas desigualdades que existen entre los hombres, tanto bajo el punto de vista cultural como bajo el aspecto económico, hayan sido, si no completamente eliminadas, por lo menos ampliamente atenuadas.

Acabo de dar una vuelta al rededor del mundo, y en todos los continentes, grandes masas humanas viven desnutridas físicamente a la vez que intelectualmente. Sobre las altas mesetas andinas, poblaciones enteras viven sobre sus frías soledades sin siquiera experimentar el alivio del calor del sol, que, por lo menos, atenúa la miseria de sus hermanos de infortunio en otras tierras tropicales. He visto grandes ciudades en las que los seres humanos nacen, viven y mueren en la calle, sin jamás haber conocido el abrigo de un hogar; por doquier la miseria intelectual junto a la miseria

material. En Bolivia se calcula un 70% de analfabetos y un 88% en la India.

Los países en que viven esos hombres son países independientes, pero no lo son ni pueden ser libres. Un ser que no come en la medida de su hambre no es libre y un ser que no puede leer un periódico tampoco lo es. Bien comprendo que el mejoramiento del nivel de vida material y cultural no es una condición suficiente para la libertad, pero concépto que tal mejoramiento es una de las condiciones necesarias, y, usando una expresión muy a la moda, diría que es el indispensable "Preámbulo".

Por eso vemos que, cuando aquellas poblaciones desheredadas alcanzan a independizarse, corren el peligro de caer en el desorden y aún en la anarquía y, por ende, expuestas se hallan a soportar la dictadura de un hombre o de una minoría. Toda la historia de estos últimos cincuenta años nos muestra con claridad meridiana tan inquietante como cruel verdad. Pueblos independientes, cuyos hombres ignoran lo que es la verdadera libertad.

Pero hay algo aún más grave. La independencia les asegura el acceso a las grandes organizaciones internacionales, donde se igualan a las naciones más desarrolladas, a aquellas cuya lenta evolución les ha conducido al más alto nivel económico y cultural; tan extraordinario acceso produce en quienes lo experimentan una comprensible y súbita exaltación, entonces, los representantes de estos nuevos Estados, si bien sólo representan la opinión de sus gobiernos y no la de sus pueblos, no por eso dejan de manifestarse como los más fecundos oradores y los más concluyentes en sus juicios y conceptos. Por otro lado, frente a esta fecundia y seguridad, las naciones de Europa Occidental, que durante tanto tiempo exhibieron un insoportable complejo de superioridad en sus relaciones con los países exóticos, ahora adoptan una actitud culpable; es como si trataran de hacerse perdonar la superioridad social y económica que, tanto su vieja civilización y el concurso de un cúmulo de circunstancias favorables les habían asegurado.

Esta dualidad espiritual constituye en sí una seria amenaza, y,

más, nos lleva a una situación permanente mucho más grave.

Los delegados de los Estados subdesarrollados, a pesar de que no representan todavía una mayoría dentro de las organizaciones internacionales, constituyen una importante minoría que no deja de aumentar y cuyo apoyo, las grandes potencias tratan de adquirirlo. El juego es muy claro en cuanto a Rusia y a Estados Unidos, pero sería errado creer que únicamente los dos Colosos lo practican; las Potencias de Europa Occidental no vacilan en servirse de los mismos procedimientos dentro de las exiguas limitaciones de sus recursos; y así va creándose, dentro de las organizaciones, que en un mundo perturbado hubiera debido conservar la serenidad y su desinterés, un ambiente envenenado por la competencia demagógica y las denigrantes componendas.

Resultado, que en vez de exaltar en los nuevos miembros acogidos su aspiración hacia un ideal, el juego político, aún dentro de las Asambleas en que la política no debería intervenir, como en el caso de la UNESCO, trata de hacer de ellos sus subordinados y, lo que es peor, sus clientes. En uno y otro caso la Institución se degrada y envilece. Tal espectáculo vi en Nueva Delhi en la última reunión de la Asamblea general de la Unesco, y, esto es sólo una débil imagen de lo que pasa en la ONU. Tan desconsoladora desviación en organismos que pudieron ser el refugio de los hombres de buena voluntad es una de las más lamentables quiebras de la post-guerra.

El plan del general Eisenhower no hará otra cosa que agravar más la situación. El destino del mundo no puede resolverse bajo una atmósfera de subasta: de venta al mejor postor.

La verdad es que, jamás el mundo tuvo mayor urgente necesidad de solidaridad entre todos los pueblos, sin exceptuar ninguno pero, como lo dije en Nueva York el 19 de Diciembre de 1942, esta solidaridad internacional debe ser anónima, mejor dicho, los capitales para repartir deben ser distribuidos por un banco internacional, de tal modo que ninguna potencia, sea la que fuere, se en-

cuentre posibilitada de ejercer sobre otra una hegemonía financiera, tan temible como la hegemonía militar.

Vacilo al escribir estas líneas a pesar de que anhelo que salgan a la luz, para que sean leídas y meditadas por todos aquellos que quieren trabajar en pro del mejoramiento de las condiciones de la vida material e intelectual de la humanidad, sin discriminación cualquiera que ella sea, y para el establecimiento de una paz exenta de todo fanatismo, de todo racismo y de toda xenofobia.

Así mismo es indispensable restablecer dentro de nuestras instituciones internacionales un concepto de valores e impedir que subsista, so pretexto de igualdad de derechos y de democracia, una confusión demagógica. Guardo la convicción de que todos los pueblos son capaces de adquirir su madurez así como la experiencia indispensable para el ejercicio de la libertad; mas, es preciso que sientan que el camino hacia la libertad pasa por la cultura.

A los pueblos avanzados corresponde ayudar a los necesitados; sin apasionamiento y desinteresadamente, para que estos logren esa cultura; corresponde, a la vez, contribuir al mejoramiento de la vida, salvando las etapas que ellos mismos cumplieron en los siglos. Corresponde, por su parte a los pueblos atrasados en su desarrollo comprender que tal ayuda exterior nada tiene de humillante; que no es una limosna sino un derecho, que demanda como correspondencia un esfuerzo continuado, sereno y tenaz.

Urge encontrar la manera de introducir en las asambleas internacionales el concepto de esos valores que, en la actualidad no se encuentra en ellas. No pretendo algo que sea perfecto; sin embargo, me parece que una reforma que implantara el voto "Valorado" o como decimos también "ponderado", consistente en dar a cada nación un número de sufragios proporcionalmente inverso al número de sus analfabetos, me parece, que restablecería el equilibrio cultural actualmente inexistente, creando así una creadora emulación en los pueblos hoy reconocidos como atrasados.

El atraso de los pueblos en su ascenso evolutivo, así éste fuera

imputable a egoístas fuerzas exteriores; de ninguna manera debe servir de pretéxto a un sentimiento de odiosa revancha o a la exaltación de un nacionalismo racista; sólo bajo estas condiciones podremos conformar una humanidad mejor, fraterna, libre de odios, de rencores y, al menos en parte, de sus desigualdades y de sus injusticias.

Presiento que estas observaciones, recogidas al contacto de una desconcertante realidad, traerán detrás de ellas protestas de numerosas personas, inclusive de algunas que fueron mis camaradas de lucha y que siguen siendo mis amigos, a despecho de nuestras discordancias de pensamiento y de interpretación de los actuales acontecimientos. Pero, es sobre todo para ellos que he escrito estas líneas dolorosas, y es, porque creo que todavía es tiempo de rectificar los errores del pasado, en vez de dejarse arrastrar por dichos errores hacia la quiebra y la catástrofe, que he tomado la resolución de confiarles mi pensamiento, encareciéndoles que lo acojan con el respeto que se debe a un testamento.

(Traducción de Mr. Lachard y J. A.)

MUERTE DEL PROFESOR RIVET, PRESIDENTE DE HONOR DE LA ASOCIACION NACIONAL DE LOS RESISTENTES DE 1940

Tomado de la Revista "El Resistente" Núm. 21 —
Abril de 1958 — París — Oficina: Palacio
de Chaillot- -- Museo del Hombre —
Teléfono: Passy 58-32

El profesor Rivet, nacido el 7 de Mayo de 1879, ha muerto en su domicilio del Palacio de Chaillot el 21 de Marzo de 1958.

Su muerte enluta cruelmente a nuestra Asociación; Rivet fue en efecto, uno de sus creadores a la vez que una de sus preclaras figuras.

La prensa grande ha relatado la carrera de este eminente sabio.

He aquí, brevemente de nuestra parte, lo que fue el hombre de la resistencia, Paul Rivet.

Presidente del Comité de vigilancia antifacista en 1936, llevó una lucha franca contra los regímenes totalitarios de Mussolini y después contra Hitler. Los primeros reveses de 1940 le hicieron presentir días más sombríos aún.

Podía huir, pero NO, el Director del Museo del Hombre y a la vez su creador; se instala ahí como en un campamento y reagrupa a su derredor al personal del Museo que no ha abandonado París.

Los alemanes están en las puertas de la Capital; los colaboradores de Rivet le preguntan: ¿Qué hacemos?, y les contesta: "Abrid las puertas del Museo a las horas de costumbre y que cada cual esté en su puesto".

Rivet siente en todo su peso la crueldad de la derrota, pero no puede admitir el definitivo derrumbe de Francia, y, por otro lado, la cobardía de la Prensa colaboracionista le subleva y le produce asco.

El 5 de Julio. Vildé y Levitsky vuelven a París; su decisión ha sido precisada, pero están inquietos. ¿Qué dirá el Patrón? Van a ver a Rivet; el acuerdo es completo; hay que hacer algo y en seguida: alzarse contra Vichy y contra el alemán. No someterse.

Como primera providencia se traduce el discurso de Churchill, después hay que ponerse a redactar una proclama. La resistencia se perfila; hay que encargar a una comisión para que, sin demora y colectivamente escriba un manifiesto. Dicha comisión fue formada por las siguientes personas: Claude Aveline, Blanzat, Pierre Brossolette, Cassou, Duval, Juvineau, Simone Martin Chauffier, Jean Paulhan y, naturalmente, por el Profesor Rivet.

La impresión del documento se realizó en el Museo del Hombre; después el Profesor Rivet donó al grupo el multiplicador de copias del Comité Antifacista.

Pero sus actividades de anteguerra debían atraer sobre él las miradas y la atención de la Policía de Vichy y de Alemania. Y para empezar Vichy le destituyó del puesto de Director del Museo del Hombre.

Para esto, sus amigos habían descubierto que su prisión no era sino cuestión de días, y le presionan para que salga de París; a la primera instancia lo rechaza; después, ante la insistencia de todos, cede y el 10 de Febrero de 1941, el Profesor Rivet traspasa clandestinamente la línea de demarcación.

Pero en días anteriores Rivet se encontró en Lyon con Vildé y se enteró de los arrestos ocurridos el 6 de Febrero en el Museo del Hombre; entonces, desesperado quiere regresar a París, habien-

do sido necesaria toda la autoridad de Vildé para disuadirlo: "Ud. está loco. ¿A qué serviría su regreso"?

La República de Colombia está lista a recibirlo. El Profesor consigue salir de Francia y desde su llegada a Bogotá, se lanza con ardor a su dura y larga tarea: luchar para que Francia recobre todo su prestigio. En América Latina, en donde su renombre de sabio, ha atraído siempre a grandes y respetables auditorios, se dedicará sin descanso a sembrar el grano que hará germinar en esas tierras la seguridad de que la adversidad será impotente para doblegar a nuestro país y, por otro lado, la admiración a esos franceses que, superando a la desesperación, combatían y morían en las noches de la lucha clandestina.

Una vez creada nuestra Asociación, el Profesor Rivet fue escogido para presidente de la Sección parisina, y fue bajo su égida que el grupo pudo adquirir toda su pujanza. Se complacía de encontrarse entre nosotros; siempre atento a todas las opiniones, arrojaba luz en cualquiera discusión, con el aplomo de su pensamiento, siempre colocado en el más alto sitio bajo el punto de vista humano.

La esclavitud de las obligaciones oficiales, que, cada vez se le hacía más pesada, obligó al Profesor a que nos rogara para que se le descargue de la presidencia del Centro, pero, una vez convertido en Presidente de Honor siguió considerado como nuestro guía espiritual: hubiera sido necesario que se encontrara ausente o golpeado por alguna fuerte enfermedad, para que no asistiera a nuestras reuniones.

Y, ahora que ya no existe Paul Rivet, declaramos que para los RESISTENTES de 1940, estará siempre entre ellos, y que, nosotros, permaneceremos respetuosamente fieles a la memoria de nuestro Presidente de Honor.

La Mesa Directiva

(Traducción de J. A.)

FUNDADOR DEL MUSEO DEL HOMBRE PAUL RIVET HA MUERTO

Tomado de L'Humanité del 25 de Marzo de 1958

París

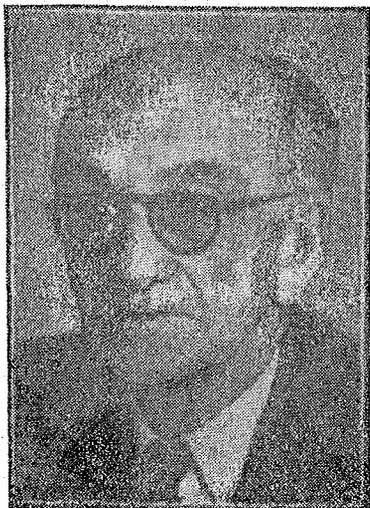
En 1935 fue el primer elegido del Frente Popular

El Señor Paul Rivet, fundador del Museo del Hombre, ha muerto el viernes último a la edad de 82 años. Según su voluntad las exequias se han realizado en la más estricta intimidad.

Paul Rivet fue uno de los más eminentes y apasionados etnólogos de nuestra época; médico de la expedición geodésica en el Ecuador de América de 1901 a 1906, fue nombrado subdirector de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural en 1908.

Su vasta erudición se extendió a todas las ramas de la etnografía y sus trabajos sobre "El Origen del Hombre Americano", notoriamente, gozan de una autoridad mundialmente reconocida. Elevado en 1928 a la categoría de profesor del célebre Museum, a poco de eso ya creaba el Museo del Hombre del cual fue su primer Director.

Hombre de ciencia, se produjo también como hombre de acción y en este aspecto tomó, de un modo intenso, participación en



Fotografía de Paul Rivet
que adorna al artículo de L'Humanité

la política francesa. En 1935 aceptó ser el portaestandarte de las izquierdas, realizando su unificación a la sombra de su prestigio, merced a lo cual, llegó a ser elegido en segunda instancia, venciendo a Alexis Thomas, en ese entonces Lebecq, presidente de la Unión Nacional de Combatientes; Rivet fue el primero del Frente Popular que triunfara en las elecciones Municipales del barrio de San Víctor de París.

Pasado el tiempo, después de la LIBERACION, ocupó una curul en las dos Asambleas Constituyentes, por haber sido elegido en 1946, diputado SFIO del primer sector de París. Expulsado del Partido socialista debido a su oposición a la Guerra de Indochina, se aproximó a la Unión Progresista hasta 1953 en que se retiró de la política activa.

(Traducción de J.A.)

ARTICULO TOMADO DEL MISMO NUMERO DE L'HUMANITE

Escrito por André Wurmser

ADIOS DOCTOR

Concomitantemente hemos conocido vuestra muerte y vuestro sepelio. No habeis querido que se hable sobre vuestra tumba, sin duda, para que nadie se apropie de vuestra sombra; verdad es que ella no pertenece a ningún partido político, tanto más que vuestro partido os excluyó de su seno por haberos manifestado opuesto a la guerra de Indochina; supongo que nadie creerá que erais comunista o, como se ha dicho, cripto, para o pro, porque vos pertenecis a la historia de la República; pero, Doctor, después de las horas que he podido pasar a vuestro lado, esta tarde sólo anhelo refrescar mi recuerdo.

Después del tumulto de protesta del 6 de Febrero de 1934, fundasteis en compañía de Paul Langevin y después lo presidisteis, el Comité de Vigilancia de Intelectuales Antifascistas, que por primera vez agrupó a los republicanos de todos los matices. Un año más tarde, París elegía sus concejeros; entonces se votaba por barrios, y el edil saliente del barrio de San Víctor era Thomas, un presidente de la U.N.C., un conductor del 6 de Febrero, un fascista graso y grosero también llamado Lebecq. Tenía la insolencia de esas gentes que se creen seguros de su triunfo. En la primera vuelta electoral, sin embargo, había llegado muy favorecido a la cabeza seguido por un comunista, un socialista y algunos radicales ya que hubo muchos de este último partido. En ese entonces, el Frente Popular no pasaba de ser una esperanza.

Lo recuerdo, vuestra candidatura fue planteada en el último minuto. A pesar de que erais socialista, los comunistas la pusieron en primera línea; los demás partidos de izquierda habiendo desistido de sus candidatos, se unieron para ayudaros. Después, conociendo el resultado, a esta lucha se la llamó el Milagro de San

Víctor. Estoy seguro de que este acontecimiento constituye para vos, el más caro recuerdo de vuestra larga vida de sabio republicano, de laico y de antifacista. Consecuentemente, de súbito, toda Francia dirigió sus miradas al barrio de San Víctor. Desde la misma tribuna habían hablado Leo Lagrange que acababa de morir en acción de guerra después de haber sido ministro socialista del Frente Popular, Marcel Cachin, diputado radical de los Vosgos que denunció a los obreros de París y que les recordaba cada vez que tonaba la palabra, que la primera manifestación fascista había tenido lugar en la Bolsa de Valores, en donde los señores de las finanzas habían rechiflado a la República... Comunistas, socialistas, radicales.

El lunes siguiente al triunfo electoral, el titular de un diario radical decía: Bala a Lebecq. ¡Qué alegría! Os vuelvo a ver sobre los hombros de vuestros amigos llevado en triunfo, a raíz de la elección, hacia la Alcaldía del V distrito, y vuelvo a ver a ese joven que vivía frente a vuestras oficinas, calle de las Escuelas, que hablaba de gusto sobre su balcón.

Fuisteis el primer elegido del Frente Popular aún antes de que éste, propiamente hablando, existiese. Así mismo os correspondió el honor de presidir en la "Mutualité" aquel famoso mitin en el que participaron Maurice Thorez, León Blum y Daladier... Y la victoria se hizo.

Habéis desaparecido en el momento en que la unión que brotó al conjuro de vuestro nombre es casi tan necesaria como en 1935; lo que nos dividió no quiero recordarlo. Por otro lado, me complace, no creer, sino que estoy seguro de que en vuestro postrer momento, el último grito que vuestra memoria haya evocado, debió ser aquel con que se os acogía, Doctor, a las reuniones en el Muro de los Federados, y en ese formidable 14 de Julio, en el que avanzabais hacia la plaza de la Nación; encaramado sobre el techo de un auto; bajo la asombra de dos enormes banderas, una con los colores de la Patria, otra con los socialistas; que avanzabais, en unión de Maurice Thorez, León Blum y Daladier... Y el grito que se oía era: ¡Unidad, Unidad, Unidad!

(Traducción de J. A.)

MUERE UN GRAN AMIGO DEL ECUADOR

Tomado de la Revista "La Calle"

5 de Abril, 1958, Quito

La prestigiosa Revista "La Calle" me ha solicitado unas frases recordatorias del ilustre y bien amado americanista Doctor Paul Rivet, quien, a los 82 años de edad, ha fallecido en París el día 21 de marzo último. Grata y suave tarea se me ha pedido porque Paul Rivet para todos los ecuatorianos fue y será una figura particularmente querida, y para el autor de estas líneas tendrá no sólo las características de un amigo predilecto, sino algo más, que traspasa los límites de una simple amistad, que va más allá del trato afectuoso de dos personas que se miran de igual a igual, pues quien esto escribe fue para el sabio maestro un alumno ex-cátedra y el gran maestro para el alumno un hombre venerando, cuyo lazo de unión, esencialmente espiritual, no fue otro que la coincidencia de filosofías, de tal manera que nuestras relaciones no fueron de igual a igual, sino las de un admirador a un sabio admirable y admirado; por eso, hablar de Rivet para "La Calle" me es grato y suave, así mis palabras no tradujeran la suavidad de mis afectos y no guardasen como una grata amalgama de alegría y de dolor, que me embarga al evocar la figura del magno e irremplazable desaparecido. Me suenan aún las palabras que él me dirigió la última vez que nos despedimos; me dijo: "Ecoute mon

petit, si tú ne vas a pas a Paris, tu ne me veras plus”, (Escucha mi pequeño, si no vas a París, tu no me verás más): estábamos en Octubre de 1956.

Y estas palabras se han cumplido; el maestro sentía que su fin estaba cerca; viajaba por última vez; su patria le había pagado una gira que comprendía todo el campo de sus estudios y descubrimientos, lo que vale decir especialmente por América, después de lo cual iría por Asia y Oceanía, por último a los lares, según él, ya para esperar la visita de la Parca. Francia le pagaba un gran paseo para conmemorar los 80 años de Rivet.

Paul Rivet es un hombre de América, fue el personaje mimado de nuestro Continente; en todas nuestras Repúblicas encontró ferviente admiración; estuvo un poco en todas partes, pero en donde vivió más tiempo, en donde dió los primeros pasos en su carrera científica, en donde conquistó corazones y en donde se movió según la estrella de los vientos fue en nuestro Ecuador. Me dijo una vez: “Yo conozco el Ecuador mejor que tú, basta decirte que por donde quiera que vaya encontraré un compadrito”; Claro, que en cuanto a la última parte el maestro exageraba; había regresado en 1951 al cabo de cincuenta años de ausencia y, con seguridad que, la mayor parte de los compatriotas que dejó en 1906 debían encontrarse bajo tierra; por otro lado, se admiraba de la transformación que había experimentado Quito y decía: “Quito no es el que conocí a principios del siglo y, a simple vista, me parece que sólo el Pichincha no ha cambiado”. Rivet estuvo en el Ecuador entre los años de 1901 y 1906.

El doctor Paul Rivet llegó a Ecuador en calidad de médico de la segunda Misión Geodésica, que en 1901 envió Francia al Ecuador para medir por segunda vez, el arco del meridiano bajo la latitud ecuatorial, en el supuesto de que los resultados obtenidos por los académicos del siglo XVIII, pudieran no tener la precisión requerida por la ciencia del siglo XX.

En esta ocasión el trabajo fue confiado por la Academia de Ciencias, previo informe de Enrique Poincaré, al Servicio Geográ-



El Dr. Paul Rivet sustentando una conferencia en la Casa de la Cultura

fico del Ejército y, por consiguiente, todos los componentes de la Misión fueron militares, inclusive Rivet que ostentaba el grado de "Mayor" que es una apelación que, de un modo general es aplicable a los médicos militares; a la sazón sólo tenía 25 años y era ya un profesional que acababa de graduarse; no era de grandes recursos ni había viajado, el mismo lo dice, que conoció el mar cuando embarcó en Burdeos el 2 de Abril de 1901; rumbo a América, y es lo cierto que el 1º de Julio del mismo año pisaría tierra ecuatoriana en Guayaquil. Esta fecha es decisiva para el futuro sabio; a partir de ella el joven médico, poco a poco, se convertía en Naturalista hasta conquistar un renombre universal en todas sus ramas concernientes al hombre: en la Etnografía, la Arqueo-

logía, la Prehistoria, la Lingüística y, en general, la Antropología, en cuyo terreno, Rivet, no ha dejado de ser hasta nuestros días la gran autoridad del siglo.

Y es en nuestra Tierra en donde el doctor Rivet se inició y progresó en su nueva actividad, y la causa motivadora de tal cambio, Rivet la encuentra en dos hechos; el primero consistente en que en el Ecuador encontró un gran maestro y el segundo en que nuestra tierra es muy pródiga en material de estudio. Al respecto, he aquí las palabras del Dr. Rivet, refiriéndose a nuestra Patria: "Aquí encontré mi primer maestro, y, hoy día yo quiero evocar su recuerdo. Había en ese tiempo en Ibarra, un prelado de gran sabiduría y de notable ciencia, hablo de Monseñor González Suárez; él me acogió en el palacio episcopal de Ibarra y me dió las primeras directivas para mis investigaciones, y hoy pago este tributo de agradecimiento que es una verdadera deuda. Y si he de hablar de este gran hombre, que fue, no solamente un gran ecuatoriano sino un gran sacerdote y, a la vez, un gran hombre de ciencia, ha sido para significarles que yo, a Uds., les debo mucho y que este cariño se explica como algo natural; cariño que, después se ha extendido a todo el mundo latinoamericano; pero la cuna de este afecto esta aquí en el Ecuador, en Quito, en este país que yo quiero como mi segunda patria, sin que nunca haya encontrado dificultades con el amor profundo que tengo para mi país, pues, como escribió un gran poeta del Ecuador, que fue mi grande y respetado amigo, el doctor Luis Cordero, "Corazón mío existe para dos ternuras".

El doctor Rivet, a partir de 1951 nos hizo tres visitas y en cada una de ellas tuvimos el gusto de escuchar sus sabias enseñanzas, darnos cuenta de sus descubrimientos y admirar sus teorías.

El 11 de Septiembre de 1951 dictó su primera conferencia en la Casa de la Cultura Ecuatoriana sobre el tema: "Historia de la Cultura de la Humanidad"; la presentación corrió a cargo del Presidente de la Institución Doctor Benjamín Carrión.

Dos días después tuvo lugar una segunda conferencia en la Universidad Central sobre el tema: "Racismo frente a la Ciencia". La presentación la hizo el doctor Alfredo Paredes, Decano de la Facultad de Ciencias Naturales. Terminado este acto, la Universidad le confirió el título de Doctor Honoris Causa, y la Casa de la Cultura le entregó en nombramiento de miembro de Honor del Centro, en este último acto tomó la palabra el doctor Julio Endara Vicepresidente de la Casa de la Cultura.

En 1952 el maestro nos regaló con dos interesantes conferencias: el 24 de Noviembre sobre el Hombre cuaternario de los pisos inferior y medio; y el día 27 sobre el Hombre cuaternario en el piso superior.

En este mismo año, el doctor Rivet dió conferencia en Guayaquil y Cuenca.

Y la última vez que tuvimos el gusto de escucharle fue el 6 de Octubre de 1956, en que, en la Casa de la Cultura disertó sobre el tema: "El Elemento Blanco y los Pigmeos en América Precolombina", en este acto el conferenciante fue presentado por don Carlos Manuel Larrea, antiguo alumno del Dr. Paul Rivet.

Este gran hombre ha desaparecido, derramemos lágrimas sobre su tumba y honremos su memoria.

Julio Aráuz

LO QUE DIJERON LOS PERIODICOS DE QUITO CON OCASION DEL FALLECI- MIENTO DE PAUL RIVET

"El Comercio", 26 de Marzo de 1958

EL PROFESOR RIVET

Isaac J. Barrera.

La muerte del profesor Paul Rivet es una gran pérdida para los estudios americanos.— Nuestro continente es todavía desconocido por la ciencia; no se sabe si el hombre americano, como quería Ameghino, tuvo origen en su propia tierra o si las migraciones que se sucedieron a través de las edades, se originaron en otros continentes. Quienes estudian tan complejos problemas, se acompañan de una provisión anticipada de aquellas ciencias reconocidas como auxiliares de la historia, y de allí el respeto de que gozan en los medios científicos del mundo.

Una de estas autoridades en materia americanista era el Prof. Paul Rivet, quien guardó muchas relaciones amistosas con ecuatorianos que, admiradores de los grandes conocimientos del científico francés, tuvieron para él muchas simpatías. Rivet había lle-

gado al Ecuador con la segunda misión francesa, encargada de revisar los cálculos hechos a mediados del siglo XVIII por otra comisión de franceses ilustres que midieron algunos grados del meridiano ecuatorial.

Rivet era el médico de la expedición; pero universitario francés tenía vastos conocimientos sobre las muchas materias que se refieren al hombre y a su paso por el mundo, a través de los tiempos. Encontró que América era un campo no descifrado sino en mínima parte, por los europeos que habían pasado por estos lugares haciendo estudios y efectuando investigaciones. Su atención se refirió a la majestuosa naturaleza ecuatoriana y a los hombres que poblaban las ciudades y los campos.

De allí nacieron sus primeras indagaciones sobre el lenguaje de los indígenas, las sepulturas, la orfebrería y los elementos constitutivos de las civilizaciones del Noreste y del Noroeste de la América del Sur. Su paso por la República del Ecuador fue la incitación más premiosa que recibió de las nuevas tierras, para completar trabajos que habían quedado a medio hacer por otros hombres de estudio. Nos podemos vanagloriar, como ecuatorianos, de haber sido nuestra patria, la formadora real de este investigador ilustre, reconocido luego en todos los centros científicos, y encargado por Francia de la dirección del Museo del Hombre.

Las investigaciones de Rivet son la muestra más interesante de cómo fue completando sus estudios este profesor que se convirtió pronto en una autoridad en los estudios americanistas. Cada uno de sus libros abría nuevos horizontes al conocimiento de América, en general, y particularmente, del territorio ecuatoriano.

Carlos Manuel Larrea en sus notables estudios bibliográficos nos enseña como Rivet llegó al dominio de la materia en cuyo conocimiento había penetrado, y cómo las lenguas americanas le ofrecieron su secreto; pues pocos americanistas dedicaron tanta atención a estudiar las familias lingüísticas de los idiomas que todavía

se hablaban por los aborígenes o por las huellas que habían dejado en la toponimia.

Rivet dedicó sus mayores investigaciones a los trabajos etnográficos y la obra publicada en 1912 por el profesor Verneau y el asistente Rivet, es uno de los libros fundamentales en el estudio de la arqueología ecuatoriana y del hombre que encontraron los conquistadores españoles al llegar a estas tierras. El libro contiene el resumen de las averiguaciones que sobre tan importantes cuestiones, que Rivet había presentado a Verneau, para formular las conclusiones a que se llega en las 346 páginas de texto escrito como parte de la gran obra de la Misión del servicio geográfico del Ejército francés, con el control científico de la Academia de Ciencias de París.

La concatenación de estudios llevó a Rivet a la fundamental indagación respecto de los orígenes del hombre americano, obra escrita en 1940 en que el problema es tratado con la revisión y estudio de las innumerables soluciones propuestas desde el día siguiente de descubierto el Nuevo Mundo. La mayor parte de esas soluciones, escribía Rivet, parecen hoy pueriles porque se partía de deducciones religiosas, en su mayor parte, y pocas veces científicas. Solamente, después de todas las investigaciones emprendidas, a medida que adelantaban todos los conocimientos, era posible insinuar otras conclusiones, según las que, el Nuevo Mundo había sido, en la época prehistórica, el centro de convergencia de razas y pueblos, lo que hacía nacer el sentimiento de la gran solidaridad humana.

Rivet tuvo con el Ecuador estrechos lazos, y cuantas veces llegaba hasta nosotros, lo hacía como a tierra de su cariño y también la que sirvió de estímulo para la formación que le convirtió en autoridad en los estudios americanistas.

LA DESAPARICION DE UN GRAN AMIGO

"El Comercio" — 26 de Marzo — 1958

Monsieur Paul Rivet ha fallecido en París. Una vida noble, laboriosa y fructífera ha llegado al obligado fin. El científico amigo del Ecuador ha cesado su actividad prodigiosa en un día de esa indecisa primavera parisiense, helada y sin sol.

Rivet quien vino al Ecuador hace más de medio siglo como médico, diversificó sus tendencias investigadoras y científicas, quizá impulsado por nuestro medio en el cual faltaban los instrumentos de trabajo y los antecedentes y datos de muchas especialidades.

Llegó a ser el modesto y sabio investigador galo, una autoridad mundial en cuestiones de antropología y de arqueología. Su empresa del "Museo del Hombre" recobró para la ciencia francesa un rango que estaba en trance de perder.

Como americanista su labor fue extensa y profunda. Se ocupó de lenguas y de migraciones. Se inclinó sobre la arqueología y la prehistoria y escribió, sólo o en colaboración, tratados que aún conservan su valor después de muchos años.

Paul Rivet se casó con una dama ecuatoriana. Acaso este lazo sentimental explique, en lo profundo, su adhesión, su "attachement" a las cosas de esta patria pequeña que el sabio galo quería entrañablemente y cuyos avatares le preocupaban de verdad. Aquí se le admiraba y se le estimaba, vino y volvió al Ecuador repetidamente.

Nuestras instituciones culturales le acogieron siempre con cariño especial y por eso nos fue dable escuchar su palabra docta, sus conceptos precisos y su entusiasmo inmarcitable en el porvenir de la ciencia, en el futuro de la humanidad hecho de justicia, de libertad, y de verdad.

Sus frases para el Ecuador, sus hombres y sus cosas fueron siempre afectuosas y justicieras. Para el gran sabio desaparecido nuestro homenaje emocionado.

RECUERDOS DE PAUL RIVET

Germán Arciniegas.

"El Comercio" — Marzo — 1958

Los domingos de París tenían un encanto especial para las gentes de nuestra América: entonces, era la tertulia de Paul Rivet. El gran viejo, de una vitalidad impresionante, abría su casa al medio día para acoger a sus amigos de Colombia, de México, del Ecuador, que encontraban allí un pedazo de su propia tierra. La casa de Rivet tenía la más hermosa vista de París. El departamento situado en la parte más alta del palacio del Museo del Hombre, mirando a la Torre Eiffel, al Puente de Alejandro III, en primer término, y luego a la vasta llanura de la ciudad que enseñaba hasta sus últimos detalles al medio día, y que a medida que llegaba la noche iba encendiéndose como se encienden las luces en todas las ciudades del mundo, pero como sólo puede encenderse en París. La República Francesa le concedió a Rivet el privilegio de ocupar ese mirador, después de que el viejo había pasado en nuestra América los años de su destierro. Y si aquél fragmento de París era suyo, tenía que ser nuestro. Allí llegaban los veteranos de las ciencias históricas de todas las Universidades desde México hasta Chile y la Argentina, a encontrarse con los muchachos que comenzaban en París estudios de antropología, de letras. Ningún otro hombre tuvo para nosotros el poder de estimular el estudio de América, desde la capital de Francia. A la tertulia, además, iban llegando ministros de estado, miembros del parlamento, pro-

fesores de la Sorbona, del Instituto de Francia, líderes políticos. Rivet era un sabio, uno de los más auténticos sabios cuya curiosidad inextinguible le mantuvo alerta sobre los problemas precolombianos, sobre las culturas indígenas, sobre los orígenes del hombre americano. Pero era más que un sabio: era un hombre. Un apasionado por su Francia, por las ideas socialistas, por los temas de la cultura. Su biblioteca era un almacén de cosas vivas. No había problema de historia, de ciencias, ni curiosidad en libros antiguos o modernos, que no pudiera investigarse allí. Rivet fue en esto la negación del egoísmo. Todo estaba pronto para todos. Resultaba peligroso insinuarle una duda que pudiéramos tener, porque en seguida nos invitaba a trabajar con él, nos daba los textos, nos ayudaba a encontrar el material de estudio, nos ponía a la tarea.

Creímos los colombianos que era excepcional con nosotros. Es cierto que durante su destierro encontró en Bogotá una ciudad abierta, pero pagó su estada con creces. Al frente del Instituto de Antropología, que fue su fundación, formó el grupo de investigadores que le han dado a Colombia un equipo de grandes jóvenes hombres de ciencia. Pronto en torno a Rivet se formó en Bogotá algo como una nueva Expedición Botánica, aquella gran aventura científica propiciada por el gobierno de la Ilustración de Carlos III. En nuestro tiempo, partiendo de una simple vocación el estudio que no se había concretado en un instituto de ciencia, bajo la presidencia de Eduardo Santos, Rivet agrupó eminentísimas figuras de la España peregrina, reunió a los muchachos colombianos y comenzó un trabajo que aun no ha terminado. Por este motivo, nosotros llegábamos el domingo a su casa a recordar al patriarca de aquella empresa. Lo mismo, y por motivos parecidos, iban llegando los de otros países de América. Y reconfortado el espíritu por este viejo de cabeza blanca, gruesos anteojos, levemente cargado de espaldas, que iba entre los setenta y los ochenta, y que se movía como hormiga de un grupo a otro en su tertulia, íbamos viendo

crecer nuestra América, anudando sus provincias, encontrando en Europa un lugar de generosa resonancia.

Hombre de profundas convicciones, polémico, se equivocaba deliberadamente en política, manteniendo una fidelidad a su partido que lo sacaba a veces de su gabinete de estudio para mezclarse en manifestaciones donde su presencia era al mismo tiempo exótica y simbólica. Pero le dominaba la idea de que un hombre de ciencias no podía dejar de expresar su pensamiento en la vida civil. Por lo demás, su grande obra, el Museo del Hombre, fruto en gran parte no sólo de su inspiración sino de su trabajo personal, queda como un monumento a la memoria de una de las más bellas personalidades de nuestro siglo. Su casa en cierto modo descansaba físicamente sobre ese pedestal, y ver desde semejante mirador nacer las noches de París era una invitación a soñar en los grandes problemas del hombre y en las raíces de una América que fue tan suya como nuestra.

Nueva York.

MURIO PAUL RIVET

"Últimas Noticias" 26 de Marzo de 1958

Dr. Paul Rivet, eminente antropólogo francés, quien falleció el 21 del presente mes en París, a la edad de 82 años. Fue Presidente de la Asociación Franco-Mexicana, fundador y Director del Museo del Hombre en París.

Rivet era político a la vez que hombre de ciencia. Escribió muchas obras sobre Antropología y ocupó el cargo de Profesor y Director del Museo de Historia Natural de París. Después de terminada la guerra ocupó un cargo en la Asamblea Nacional francesa. Le concedieron el Título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de México en 1951 y el mismo título en las Universidades argentinas de Buenos Aires y La Plata, en 1956.

PAUL RIVET HA MUERTO

"Diario del Ecuador" — Marzo 26 — 1958

Con ese lenguaje escueto y frío de los partes telegráficos, se ha recibido la noticia de la muerte, en París, antier apenas, del sabio antropólogo francés, eminente maestro e investigador infatigable, profesor Paul Rivet, tan vinculado a los intereses científicos de América Latina y muy particularmente al Ecuador, país con el cual le ataron, aparte de los nexos investigativos de la ciencia, los lazos indestruibles del amor, puesto que contrajo matrimonio con una dama de abolengo cuencano, Mercedes Andrade. Bastaría este detalle, a más de la circunstancia extraordinaria de haber dedicado buena parte de sus estudios y de sus investigaciones a nuestra Patria, para que sintamos como duelo propio la desaparición de aquel sabio, honra y prez de la ciencia francesa.

Por varias ocasiones, el eminente científico y afectuoso amigo del Ecuador, Paul Rivet, llegó a nuestra tierra y aquí hizo su remanso de paz en sus viajes repetidos. Y, asimismo, tantas veces nos relagó Rivet la maravilla de su palabra docta, sus enseñanzas y lecciones acerca de los hondos problemas del origen del hombre y su evolución a través de los tiempos. Con irresistible emoción hablaba Rivet sobre el origen de nuestro continente, tal como tiene escrito en su libro de trascendental valía, precisamente sobre el origen del hombre americano. Desde el Museo del Hombre, en París, Rivet mantuvo por largos años la cátedra famosa de la antropología científica y allí, en aquel Museo, ejercía la atracción universal de su prestigio.

Figura venerable, su última visita a Quito fue hace apenas algo más de un año. Allí también Rivet nos dio su clase de antropología tan llena de sugerencias y enseñanzas. No importaban a

Rivet la fatiga natural de los años y su trabajo sin reposo: persistía en su misión de apóstol de la ciencia y de la verdad.

Con profundo dolor consignamos nuestra expresión apesadumbrada por la muerte de Paul Rivet. Es dolor ecuatoriano sin lugar a duda, porque aquel varón ilustre amó a nuestro país desde hace muchas décadas. Francia pierde un ilustre hijo suyo y con Francia lo pierde también la humanidad.

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DR. PAUL RIVET

Del "Boletín de Informaciones Científicas Nacionales" N° 84 —
Enero-Marzo

La muerte, fenómeno ineludible de toda existencia humana, ley general diariamente cumplida en el mundo, impresiona sin embargo a todo individuo; pues se ve en el natural concluirse de la vida temporal y efímera, el término de cuanto pudo el hombre pensar, anhelar y hacer en su paso por la tierra.

Pero la muerte no afecta de igual modo a todos los seres racionales que ayer fueron y hoy se hunden en el insondable misterio de la tumba; ni el sentimiento que el fin de una vida causa en los que quedan es idéntico siempre: En unos casos es la desaparición dolorosa del ser íntimo, centro de afectos familiares incomparables. En otros es el derrumbarse del soporte de la casa y la fortuna, con toda la triste secuela del desamparo y la miseria. Y en otros es el hundirse silencioso en el abismo del olvido de quien pasó por el mundo sin dejar huellas en su camino.

Más hay otras muertes que causan, como las ondas al caer la piedra en las tranquilas aguas de un lago, perturbación cada vez más amplia y más lejana; muertes que conmueven a multitudes y pueblos diferentes; que producen vacío difícil de llenar, y profundo, general sentimiento de pesar y desconsuelo; pero que, al mismo

tiempo, no significan el completo extinguirse de un hombre, sino el entrar su memoria en las esferas de la inmortalidad.

Tal es la muerte de los santos, de los héroes y de los sabios.

Con inmenso dolor contemplamos ahora la desaparición terrena de un egregio varón que deja vacío enorme en el campo de las ciencias, no sólo en la vieja cultura europea, sino, principalmente, en esta América, objeto especial de sus estudios, de sus investigaciones y también de sus afectos. Ahora lamentamos la muerte del por mil título ilustre hombre de ciencia Doctor Paul Rivet.

Hijo de la Francia inmortal, de aquel país cerebro del mundo y antorcha del saber humano, que en todo tiempo ha producido grandes luminares del pensamiento, adalides de la libertad y propulsores del progreso, fue Paul Rivet uno de los hombres más representativos de la ciencia francesa en la primera mitad del presente siglo.

Nació Paul Rivet, el 7 de mayo de 1876 en Wasigny, pequeña ciudad del Departamento de Ardennes. Fueron sus padres Monsieur Gustavo Rivet y Madame María Lajoux de Rivet, destacados elementos de la sociedad de aquella pintoresca población. No obstante sus modestos recursos económicos, procuraron los señores Rivet dar a su hijo la educación correspondiente al talento y excepcionales aptitudes demostradas por éste desde la niñez. El joven Pablo hizo sus estudios secundarios, con singular contracción y aprovechamiento en el Liceo de Nancy y continuó los superiores en la Escuela Militar de Servicio Sanitario de Lyon, en donde se graduó de Doctor en Medicina, especializándose en ramos de Cirugía y Sanidad Militar, en 1898, cuando sólo contaba 22 años de edad.

Dos años después de graduarse fue designado por el Gobierno Francés para acompañar como Médico a la Misión del Servicio Geográfico de la Armada para la medida de un arco de meridiano ecuatorial en América del Sur, bajo el control científico de la Academia de Ciencias de París.

Esta célebre Misión Geodésica vino a comprobar sobre el terreno las operaciones y cálculos realizados por los sabios Académicos franceses Luis Godin, Pedro Bouguer y Carlos María de La Condamine, en compañía de los Oficiales de la Marina Española, destacados observadores científicos, Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, en la primera mitad del siglo XVIII.

Quito, que desde los tiempos remotos de la Colonia, fue centro de vida intelectual, con sus Universidades y Colegios, con sus riquísimas bibliotecas públicas y conventuales, había sido elegida por los sabios franceses enviados por Luis XV con el objeto de investigar la verdadera figura de la Tierra, como centro de operaciones astronómicas y geodésicas; y a esta misma privilegiada ciudad llegó la segunda Misión Francesa en julio de 1701.

Llegó con ella a nuestra Patria el joven Médico, Ayudante Mayor Paul Rivet, con sola esa preparación humanística de los liceos franceses que permite a la inteligencia examinar todas las cuestiones relacionadas con el hombre y la naturaleza; y con los vastos conocimientos médicos y los hábitos de orden y método adquiridos en la Escuela Militar.

El Ecuador deslumbró desde los primeros días de su llegada al joven Médico, por la variedad de sus climas, por la imponente majestad de sus montañas, por los contrastes en su aspecto físico de país tropical y frío en la región andina, por la extraordinaria belleza de sus paisajes, por la hospitalidad y cariño de sus habitantes, que ofrecen un mosaico variado de razas y mestizajes, todo digno de observación y estudio. Estas primeras impresiones se grabaron tan profundamente en su alma, que no las olvidó jamás. Al volver a Quito, a los cincuenta años de su primer viaje decía emocionado:

“Conocí este país tan rico, alabado con justicia por todos sus aspectos naturales, y también por sus aspectos sociológicos y sus aspectos humanos, y esto me conmovió profundamente; sentí desde el primer mo-

mento un cariño completo para la población ecuatoriana en su conjunto; cariño para los blancos que con tanto cariño me recibieron y a quienes he considerado como mis iguales; pero cariño especial para su población indígena entre la que he vivido durante cinco años y para la cual he guardado un recuerdo de profunda simpatía, que sólo la muerte podrá destruirla. Este choque sentimental fué decisivo para mi carrera; yo debo al Ecuador este impulso que esperaba, precisamente, para orientar todos los esfuerzos de mi vida”.

Efectivamente, aquí se despertó su verdadera vocación; aquí nació el antropólogo llamado a ser después una de las figuras más esplendorosas en el campo de los estudios americanistas; aquí se inició su carrera de hombre de ciencia. Brotó en su espíritu observador y penetrante un interés inmenso por todo lo nuevo que este Nuevo Mundo le ofrecía y comenzó a dedicar su clara inteligencia a la solución de los problemas múltiples que la tierra y el hombre ecuatorianos le presentaban. Como él mismo manifiesta, este primer contacto fue decisivo para su existencia. Lo recordaba después de largos años y decía:

“Cuando llegué por primera vez al Ecuador, yo tenía 25 años, era doctor en Medicina; nunca había salido de Francia . . . Yo conocí el mar el día que me embarqué en Bordeaux para venir a este para mí desconocido país. Así es que el contacto que yo tuve con el mundo exótico del otro lado de los mares, se realizó en el Ecuador y su efecto determinó de un modo definitivo la orientación de mi carrera”.

Su gran amigo, el distinguido científico ecuatoriano Doctor Julio Aráuz, refiriéndose a este primer viaje de Rivet, dice con toda razón: “Su vida estaba ya trazada: sería el sabio del Ecuador, de América, para luego ser del mundo”.

Los primeros trabajos de Rivet en el Ecuador fueron los de

recolectar materiales para estudios de Historia Natural. Sorprendido por la riqueza y variedad de la fauna y de la flora, en sus viajes por todo el territorio ecuatoriano, ya ascendiendo a los helados páramos de las cordilleras o bajando a los calurosos valles de las hoyas interandinas y de las vertientes montañosas de Occidente, para atender la salud de los heroicos Miembros de la Misión Geodésica en sus trabajos de campo, el Dr. Rivet fue recogiendo ejemplares zoológicos y botánicos, que arreglados cuidadosamente, eran enviados a Europa para su clasificación científica y su estudio por especialistas eminentes.

Así es como enriqueció los conocimientos sobre la fauna ecuatoriana con sus envíos a los entomólogos europeos y norteamericanos de especies desconocidas de los insectos vulgarmente llamados **jejenes** que fueron estudiados por Roubaud, quien a una de esas especies nuevas puso el nombre de su descubridor llamándola "Simulium riveti". Las primeras colecciones fueron de insectos relacionados con la propagación de enfermedades y pestes; pero bien pronto se extendió el campo de sus investigaciones a todos los ramos de la Zoología.

Nuestro eminente parasitólogo, el modesto cuanto erudito historiador de la Medicina, Dr. Luis A. León ha hecho un prolijo estudio de los valiosos aportes que para la ciencia de la salud y para la entomología en general significaron las colecciones de Paul Rivet en el Ecuador. (1)

Becker estudió el género de los Hippelates, diminutas moscas de la familia Chlophopidae; Surcouf determinó diversas especies nuevas de tábanos; Neumann trató de nuevos ejemplares de la familia de los Argasídeos y de la Ixodidae enviados por Rivet; mu-

(1) Luis A. León: "Contribución del Dr. Paul Rivet al conocimiento científico de la República del Ecuador". — XXXI Congreso Internacional de Americanistas, México.—Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, N° 76, pp. 681-706, Quito, 1956.

chos otros envíos hizo a especialistas, acompañados de notas respecto del lugar de procedencia, condiciones del clima, etc. La correspondencia de Rivet con los técnicos y sabios de Europa dará idea de los conocimientos del joven galeno, cuando se publique, como lo esperamos para bien de la Ciencia.

Dice el Dr. Luis A. León en uno de los párrafos de su interesante estudio que he citado:

“El Dr. Rivet, con su ansia por los estudios de las ciencias naturales, no podía cruzarse de brazos. En el lapso de cinco años recogió material faunístico tan abundante, que difícilmente otro científico podrá competirle, a menos que disponga de esa misma preparación académica, de esos mismos bríos juveniles y de esa perseverancia inquebrantable. Pocos fueron los ramos de la Zoología que quedaron fuera de su alcance. El material coleccionado por el Dr. Rivet fué estudiado por especialistas de Francia, Inglaterra, Italia, Estados Unidos de Norte América, etc., quienes llegaron a determinar un número bastante sorprendente de géneros, especies y subespecies nuevas para la ciencia. Esta lista de especies nuevas de procedencia ecuatoriana, recolectadas por el Dr. Rivet, sería muy larga para darla a conocer; mas sí creo necesario consignar los géneros, especies y subespecies que fueron dedicadas al Dr. Rivet”.

Y enumera el Dr. León más de treinta, distinguidas con el nombre “riveti” en las colecciones de insectos, Hymenópteros, Orthopteros, Neurópteros, Dípteros, Arácnidos, Moluscos, Oligoquetos, Peces, Reptiles, Batracios, Aves y Mamíferos.

También formó valiosas colecciones de plantas que fueron enviadas al Museo de Historia Natural de París y que botánicos notables clasificaron y estudiaron prolijamente.

Pero no iba a ser la Historia Natural el campo en que Rivet conquistara sus mayores triunfos y en el que realizaría su obra más trascendental, que le ha valido el título de sabio. Eran los es-

tudios sobre el hombre americano los que más le atraían.

Para ello comenzó, naturalmente, por enterarse de la historia del país a donde acababa de llegar; y quiso conocer no sólo por sus obras sino en persona a nuestro gran historiador el Ilustrísimo González Suárez. En una improvisación con que contestó el discurso pronunciado por el ex-Vicerrector y Catedrático distinguido en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Santo Tomás de Aquino, Dr. Julio Endara, recordaba el Dr. Rivet su primer contacto con González Suárez:

“Aquí encontré mi primer maestro, dijo, y hoy día, yo quiero evocar su recuerdo. Había, en ese tiempo, en Ibarra un Prelado de gran sabiduría y de notable ciencia; hablo de Monseñor González Suárez; él me acogió en el Palacio Episcopal de Ibarra, él me dió las primeras directivas para mis investigaciones, y hoy pago ese tributo de agradecimiento, que es una verdadera deuda. Y si he hablado de este gran hombre, que fué, no solamente un gran ecuatoriano, sino un gran sacerdote, y a la vez un gran hombre de Ciencia, ha sido para significarles que yo, a ustedes, les debo mucho y que se explica este cariño como algo muy natural, cariño que, después, se ha extendido a todo el mundo latinoamericano; pero, la cuna de este afecto está aquí en el Ecuador, en Quito, en este país que yo quiero como mi segunda Patria, sin que nunca haya encontrado dificultades con el amor profundo que tengo para mi país pues, como escribió un gran poeta del Ecuador que fué mi grande y respetado amigo, el doctor Luis Cordero: “Corazón mío existe para dos ternuras”.

Esta admiración y afecto para mi inolvidable y venerado Maestro, Monseñor González Suárez, fue sin duda uno de los elementos para unirme al Dr. Rivet con estrecha amistad. Años más tarde, también yo contraí una deuda imperecedera de gratitud para el Dr. Rivet, que en París, cuando él se hallaba al frente de la Cá-

tedra de Antropología en el Museum, me dió las primeras lecciones prácticas de Antropología Física y de Craneología. El me apadrinó en mi ingreso a la Société des Américanistes de París. El me presentó en 1912 a varios eminentes hombres de Ciencia que me honraron con su amistad, como los doctores Verneau y Capitan, el malogrado Dr. Poutrin, ilustre africanista que pereció en el frente de batalla en la primera guerra mundial; el Príncipe Rolando Bonaparte, el General Bourgeois, Salomón Reinach y varios otros asiduos concurrentes a las salas del Museum.

El joven Médico de la Misión Geodésica, siguió el consejo de González Suárez y comenzó a prestar su preferente atención al estudio del hombre ecuatoriano. González Suárez le había dicho, también, que aprovechara de sus largos viajes por todo el territorio nacional para procurar recoger objetos arqueológicos de los aborígenes y muestras etnográficas de las tribus y pueblos indígenas subsistentes. Rivet coleccionó numerosos artefactos de piedra y de cerámica extraídos de las antiguas sepulturas y, sobre todo, fué anotando cuidadosamente las características antropológicas de los indígenas de diversas regiones del país, sus usos, sus costumbres y supersticiones. Reunió un precioso material que iba a servirle más tarde en sus múltiples trabajos.

Los primeros estudios científicos que publicó fueron sobre los Indios de la región de Riobamba, artículo que dió a luz en el Journal de la Société des Américanistes, en 1903; y un estudio sobre el "Huicho" de los Indios Colorados, que vió la luz en el Boletín y Memorias de la Sociedad de Antropología de París. Siguiéron varios otros estudios sobre los indios de Mallasquer, sobre los Colorados, sobre el Cristianismo de los indígenas, etc. Pero el aprovechamiento de sus notas etnográficas, arqueológicas y lingüísticas lo haría en el transcurso de muchos años después de regresar a Francia. Más de cuarenta estudios y monografías de inmenso valor científico he podido anotar en mi Bibliografía Científica del Ecuador, debidos a la pluma de Rivet. Algún día ha de



Paul Rivet habla en la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1958

hacerse el estudio crítico de tan vasta como importante producción científica.

En unión de Verneau, de Beuchat, del Marqués de Crequi-Montfort y de Tastevin, publicó también trabajos filológicos y prehistóricos de gran interés. Pero sin lugar a duda la obra más importante para nuestra Patria fué la "Ethnographie Ancienne de l'Equateur", Tomo sexto, en dos volúmenes, de las publicaciones de la Misión Geodésica, hechas por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia.

Entre los descubrimientos más notables del Paul Rivet debe contarse el de los restos humanos, principalmente cráneos, hallados en las cuevas de Paltacalo. Después de muy detenido estudio, Rivet encontró que aquellos restos correspondían a los de la raza de Lagoa-Santa en el Brasil, acaso los primeros pobladores de Sud América.

Después de fructífera labor en nuestra Patria durante cinco años, volvió Rivet a Francia con un bagaje inmenso de conocimientos y abundante material para su ingente obra científica. Inmediatamente fué nombrado Subdirector del Laboratorio Antropológico de Museum de Historia Natural. Allí, como he dicho, fué mi maestro en esa ciencia y me sirvió de guía en las librerías de anticuarios especializados en reunir obras acerca de nuestro Continente.

Hasta 1928 siguió el Dr. Rivet dictando clases en el Museum. Sus trabajos científicos ya no se referían únicamente al Ecuador sino que abarcaban problemas arqueológicos y lingüísticos de toda la América española. En aquel año fué nombrado Rivet Director del Museo del Hombre, organización magnífica que se debe a su ciencia y que es uno de los más altos exponentes culturales de Europa. Ya Rivet era el sabio de fama mundial, autoridad respetada en todas las cuestiones americanas, de los más ilustres miembros de los Congresos científicos internacionales. Muchos centros de Europa y de América solicitaban sus conferencias y sus libros eran

ya conocidos en todo el mundo. El mismo año de 1928 tuve el gusto de volver a escuchar sus sabias disertaciones en la Universidad de La Plata, en la República Argentina.

Por esa época Paul Rivet fué nombrado Secretario General del Instituto Etnológico de la Universidad de París y en 1935, Miembro del Concejo Municipal de dicha ciudad. Muy largo sería enumerar las instituciones que le contaron como Miembro de Honor y las condecoraciones otorgadas por diversos Gobiernos en reconocimiento de su gran labor científica.

Al cabo de cincuenta años volvió al Ecuador, país al que estaba vinculado por mil lazos afectivos. Había contraído matrimonio con distinguida y bella dama cuencana y aquí tenía muchos de sus más fieles amigos. La prensa toda del país le saludó entusiasta. Dictó dos interesantes Conferencias en la Universidad Central y en la Casa de la Cultura Ecuatoriana y recibió en la primera la investidura de Doctor Honoris Causa y en la segunda el título de Miembro de Honor de la Institución. Desde años antes lo era de la Academia Nacional de Historia. Al despedirse tuvo frases de profunda emoción: "Mañana me voy —dijo— para mí será muy triste esta salida, que, tal vez, es un adiós. ...este momento de alejarme de ustedes, es verdaderamente de dolor profundo" y terminó con una sentida frase en quichua: "**Chaupi punchapi Tuta-yarca**" que él mismo tradujo: "En medio del día se hará la noche para mí". Temía no poder volver más a su Quito tan querido y en donde él era sinceramente amado y admirado no sólo por sus discípulos y amigos sino por la sociedad toda. El insigne americanista, Director del Museo del Hombre, volvió nuevamente a Quito después de cinco años. Debía concurrir al Congreso Internacional que se efectuaría en México, donde se le preparaba un gran homenaje con ocasión de cumplir ochenta años de vida fructuosa y el sabio Maestro no quiso dejar de ver una vez más a los amigos de su segunda Patria. Breve fué su estadía última en Quito; pero con qué cordialidad conversó y evocó recuerdos inolvidables! Tuve el

honor de hablar de Paul Rivet el 10 de octubre de 1956, cuando deleitó al público en una de las magníficas conferencias pronunciadas, con castizo lenguaje, en la Casa de la Cultura. Fué la última vez que tuvimos la fortuna de escucharle.

La noticia de su muerte, difundida por el cable, ha impresionado hondamente a todos cuantos cultivan en el mundo los estudios de Prehistoria americana. Su muerte priva a la ciencia filológica de este Continente del más asiduo y profundo investigador. Hacía poco que había publicado el cuarto tomo de su "Bibliografía del Aymará y Quichua", monumento imperecedero de su gloria. Ha desaparecido el más eminente etnólogo de América. El Ecuador conservará su recuerdo siempre, y el nombre de Paul Rivet figurará en sus anales junto a los de Humboldt, Bonpland, Wolf y tantos otros sabios y amigos de nuestra Patria. Sean estas sencillas reminiscencias mi cordial y sentido homenaje a su memoria.

Carlos Manuel Larrea

BREVE BIOGRAFIA DE UN HOMBRE DE CIENCIA

PAUL RIVET

De "El Comercio" 27 de Abril de 1958.—Extracto de la Conferencia del Dr. A. Santiana en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central.

Trazar dentro de límites tan reducidos el bosquejo de una personalidad tan sobresaliente como la de Paul Rivet, es tarea que rebasa los límites de lo posible. Juzgar al hombre con la acerada penetración requerida en semejante caso, y extender mirada panorámica sobre los vastos confines de su obra, debería ser el objeto primordial de este homenaje.

LA OBRA.—Llegado al Ecuador como médico de la “Misión del Servicio Geográfico Ecuatorial en América del Sur, bajo el control científico de la Academia de Ciencias”, en 1899, el inédito espectáculo de una población policromática donde a los tonos netamente autóctonos, que forman el encendido y permanente fondo, se añaden los matices claro-oscuro del mestizaje, le llevó al descubrimiento de su vocación verdadera. El indio que con sus colores da variedad al paisaje, animándolo y con su introversión le da un aire enigmático y el exótico murmullo de su lengua, llevan al médico con atracción irresistible de la rutinaria labor de prescribir pociones a la observación cada vez más objetiva e intencionada de estos pueblos, nunca vistos hasta ahora por ojos científicos, pueblos creadores de culturas que aunque yacen sepultadas en sus milenios siguen sin embargo vivas e interrogantes.

Rivet no es ni un turista ni un contemplativo. Ecuador con su naturaleza sonriente y su elemento humano enigmático y cambiante, despierta primero al coleccionador de faunas y luego al investigador del hombre. En 1903 publica en el “Journal de la Société des Américanistes de Paris”, su primer trabajo, “Estudio de los indios de la región de Riobamba”, al que siguen en 1904 “El ‘Huicho’ de los indios Colorados’ y ‘Los indios de Mallasquer’”; en 1905 hace la entrega de “Los Indios Colorados. Relatos de viaje y estudio etnográfico”; en 1906 “El Cristianismo y los indios de la República del Ecuador” y “Cinco años de estudios antropológicos en la República del Ecuador”; en 1907 “Los indios Jíbaros. Estudio geográfico, histórico y etnográfico”; en 1908 “La raza de Lagoa Santa en las poblaciones precolombinas del Ecuador” y en 1912, en colaboración con Verneau, la “Ethnographie ancienne de l’Equateur”.

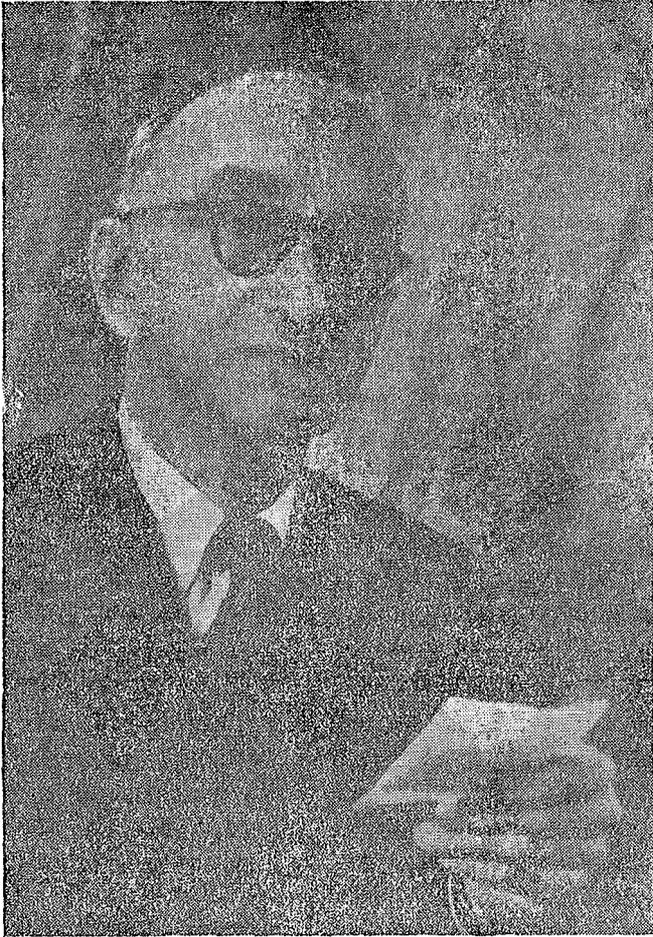
Después de una iniciación tan decidida y brillante, la mirada de Rivet tiéndese hacia el mundo americano y aquí, libre de limitaciones, dedica su atención a la gran incógnita del indio, que aborda especialmente desde el punto de vista etnográfico y lingüístico,

como lo prueban sus numerosos trabajos, entre otros "Los elementos constitutivos de las civilizaciones del Nor-oeste y del Oeste Sudamericano", "La influencia Caribe en Colombia", "Las lenguas guaraníes del alto Amazonas", "La familia lingüística Peba", y la monumental "Bibliografía de las lenguas Aymara y Kicua", escrita en colaboración con Créqui de Montfort.

Lo que caracteriza la producción científica de Rivet es la incesante recolecta de los hechos para su catalogación y ordenamiento: imaginativo y dotado de un gran poder de síntesis se eleva luego a la filosofía de los mismos, la que toma pronto aladas formas de interpretación, especialmente cuando trata de dilucidar el problema del poblamiento de América y los orígenes de sus autóctonos. Numerosos trabajos fueron consagrados a tal fin, como "Los australianos en América", "El rol de los Océánicos en la historia del poblamiento del mundo y de la civilización", "El poblamiento de la América precolombina", "Relaciones comerciales precolombinas entre la Polinesia y la América".

Rivet, hombre múltiple, tiene otra singularidad: su amor al pueblo, a cuya cultura contribuye con numerosas conferencias de divulgación, pronunciadas siempre en estilo claro y sencillo. Varios trabajos y aún libros, como los "Orígenes del hombre americano" ha destinado a este fin, habiendo alguno de ellos alcanzado extraordinaria difusión.

EL HOMBRE.—Su vida fue un continuo agitarse, una reiterada búsqueda, un permanente viajar. Nacido para el ideal y poseyendo su alma altas dosis de energía entregó, con extraordinaria espontaneidad, su vida y esfuerzo. Todo asoma a su mirada escrutadora y todo nuevo detalle es consignado enseguida, y ninguna variedad viviente o muerta deja de ser archivada en su cerebro. Sensible, inquieto, calculador frío y soñador al mismo tiempo, supo enfrentarse con tenacidad ejemplar a una obra que le impuso la entrega total de su persona y de su espíritu. Dotado simultáneamente de energía para emprender el vuelo y de paciencia para ras-



Paul Rivet. Retrato existente en el "Museo del Hombre", una copia del cual fue colocada en la cátedra de Antropología de la Universidad Central del Ecuador, cuyo profesor titular es el Dr. Antonio Santiana

trear sobre la tierra, había logrado un raro equilibrio del alma que le permitía entregarse con el mismo placer y entereza a la especulación teórica y a la vida real. No hay duda de que entre todas sus virtudes sobresalía la paciencia, tan cercana de la genialidad, una facultad de cuidado y previsión incommovibles. A todo esto se unía una virtud no menos heroica aunque si más sobria: la tenacidad. Bueno, jovial, accesible y dulce por temperamento, estaba siempre bien dispuesto hacia todos, y si con su voluntad espartana tuvo que ser inexorable, lo fue consigo mismo. Severo para con lo suyo, tenía un corazón abierto a la vida y al dolor de los demás, lo cual se evidenciaba en sus simpatías y actuaciones políticas. Jamás se apartó de ellos por ser pobres, indios o analfabetos, porque en él la nobleza fue principalmente una cualidad del alma. Su vida fue acción por medio de la abnegación.

De cuerpo pequeño y ligeramente inclinado hacia adelante, su actitud como de búsqueda y persuasión, denunciaba al investigador. Su cabeza de perfil romano exhibía un mentón cuya prominencia era signo de la firmeza irrevocable de sus decisiones. Sus ojos eran vivos y su mirada fija revelaba un cerebro en elaboración permanente. Sus manos se movían expresivamente, como en lenguaje propio, y todo decía en Rivet del hombre venido al mundo con la misión de hacer y dejar su obra.



"Chaupi punchapi tutayarca . . ."

"EN MEDIO DEL DIA SE HARA LA NOCHE PARA MI . . ."

Tomado de "El Comercio"—25 de Mayo de 1958,

Por el Dr. A. DARIO LARA

Al despedirse hace algún tiempo de la ciudad que allá en 1901 le vió llegar por vez primera, joven médico desconocido aún, no encontró palabras más apropiadas para traducir su emoción que aquellas de la lengua quechua, lengua milenaria de las más antiguas y célebres civilizaciones andinas. Aquella ciudad era Quito. Aquel joven médico, el ilustre sabio francés Paul Rivet.

Hoy, Paul Rivet el gran sabio, el eminente americanista, el máximo representante, en este siglo, del investigador de las culturas precolombinas, ha muerto. Para América Latina esta desaparición constituye una pérdida irreparable y deja en luto a todo un continente, a un selectísimo grupo del pensamiento latinoamericano.

Dejando a otros la tarea de ponderar su enorme y valiosa obra científica, en estas líneas evocadoras que revisten un carácter de homenaje al ilustre sabio, me referiré a uno de mis primeros encuentros con Paul Rivet, hacia 1949, en su residencia-museo del Palacio de Chaillot.

Era una bella tarde dominical de fines de febrero. Una primavera precoz hacía su aparición en diversos puntos de la ciudad. El palacio del Trocadero se erguía iluminado por un bello sol que daba nueva vida a las inscripciones de Paul Valéry. El enorme ascensor me facilitó la subida de la colina y pronto me encontré en la elevada residencia del sabio.

El ambiente es de amigable distinción. Alrededor de su biblioteca se han sentado ya los primeros amigos que vienen cada tarde

del domingo para saludar al sabio. Otros, muchos otros van llegando continuamente. Suena el timbre, la puerta se abre y cada vez un nuevo personaje, muchas veces ilustre, se presenta. Pocos momentos después de mi llegada ya un grupo numeroso se encuentra allí. Se sirve el té y la conversación continúa por todos lados amena, interesante.

Aquí el Almirante Rivet, hermano del sabio, recuerda un hecho de armas en algún mar lejano. Al lado un explorador célebre refiere el resultado de sus investigaciones últimas en las selvas de Africa, o un etnógrafo docto conversa acerca de los pueblos del Oriente Medio o de su último viaje al Antártico. Como conoce mi nacionalidad, el doctor Rivet me habla ese día de sus inolvidables recuerdos de la provincia de Imbabura, de sus lagos encantadores, pero también de sus aborígenes y de sus costumbres. Recuerda al Chimborazo y los edénicos encantos del Azuay. Junto a él una dama, especialista de ciencias psicológicas, refiere la última reunión de su Centro en que han hablado Wallon y Piagé. Muy cerca, un brillante escritor y joven político francés comenta su último artículo publicado en "El Fígaro" y los acontecimientos políticos e internacionales de la hora.

Y mientras así: sabios, profesores, militares, exploradores, diplomáticos . . . discuten, conversan, la señora de Rivet, distinguida dama ecuatoriana, se ha retirado a algún rincón del salón para añorar los recuerdos de la patria distante con algún grupo de compatriotas.

Las horas pasan, o para recordar al gran novelista, también de la raza quechua, "horas van, horas vienen . . ." y desde lo alto de la torre que se yergue muy cerca, en los campos de Marte y se refleja en las tranquilas aguas del Sena, se descuelga el manto de una noche parisiense. Son más de las siete y todos los amigos, uno después de otro, o en pequeños grupos, han dejado la habitación del sabio y me hallo nuevamente frente al inmenso palacio. El paisaje de París contemplado desde la colina de Chaillot en un anochecer primaveral es indescriptible.



Cuando ya, pasajero en el metropolitano, me dirijo a mi carahabitación del Boulevard Jourdan, en la Ciudad Universitaria, esta visita al gran sabio revive en mis recuerdos antiguas páginas de la historia. Es un capítulo, y qué capítulo, de la historia ecuatoriana y americana.

Todo comenzó allá hacia el primer tercio del siglo XVII y desde entonces esta raza de viajeros y exploradores que Francia ha enviado a los cuatro puntos del globo para ganar al hombre a la civilización, a la cultura, cuando no para difundir sus principios de libertad, igualdad y fraternidad, no se ha extinguido en este siglo. En 1736, reinando en Francia Luis XV y en España Felipe V, una misión de sabios franceses recibió el encargo de medir arcos del meridiano terrestre, para resolver diversos problemas científicos y llegó a Quito, en el corazón del mundo y de América española. Este acontecimiento tiene una importancia capital no sólo en la historia ecuatoriana, sino en la de todo el continente. Los sabios franceses eran Charles-Marie de la Condamine, Louis Godin, Pierre Bouguer, altos representantes de la ciencia europea de ese siglo. Su visita a América tuvo enormes repercusiones en todas las clases sociales del país.

En el siglo XIX otros ilustres viajeros franceses contribuyeron a estrechar los lazos entre Francia y los pueblos ya libres de América Latina, mientras que el pensamiento, las letras y las artes de Francia, en los momentos de romanticismo y del simbolismo literarios, influyen poderosamente en el magnífico desarrollo de Hispanoamérica del fin de siglo.

En los comienzos de este siglo, una segunda misión geodésica llegó a Quito, para completar algunos trabajos de la primera. Entre los hombres que la componían se encontraba el joven médico doctor Paul Rivet, que debía después llegar a tanta celebridad, gracias a su obra fecunda, fruto de una vida consagrada a las cien-

cias de los pueblos precolombinos. Así, sería un continuador de ilustres predecesores y el precursor de un renovado movimiento que tanto ha hecho en esta primera mitad del siglo XX por los estudios americanistas.

Para este joven médico de 25 años, el viaje al Ecuador en 1901 fué un acontecimiento fundamental. Oigámosle cómo aprecia él mismo este hecho en palabras que no podrán olvidarse cuando se estudie la vida y la obra del francés ilustre. "Cuando llegué por primera vez al Ecuador, escribe, yo tenía 25 años, era doctor en Medicina, nunca había salido de Francia. En mi tiempo no se andaba mucho . . . Yo conocí el mar el día que me embarqué en Burdeos para venir al Ecuador. Así es que el contacto que tuve con el mundo exótico del otro lado de los mares, recibí ese efecto en el Ecuador y esto determinó de un modo definitivo la orientación de mi carrera. Yo conocí este país, tan rico en todos sus aspectos naturales demasiado alabados y también sus aspectos humanos, y esto me conmovió profundamente . . . Este choque sentimental fué decisivo para mi carrera; le debo al Ecuador este impulso que yo esperaba para orientar mis esfuerzos de mi vida . . .".

Recorrió íntegramente el territorio ecuatoriano. Las altas mesetas andinas, las regiones del trópico ardiente y las inmensas selvas vírgenes, como más tarde varios otros países: Brasil, Perú, Bolivia, Colombia, México . . . con amor y con un interés inmenso por las investigaciones de las antiguas civilizaciones. Pronto apareció el fruto de sus estudios en trabajos sumamente apreciados por los especialistas. De su obra inmensa recordemos: "Los orígenes del hombre americano", "Cinco años de estudios antropológicos en el Ecuador", "La Raza de Lagoa Santa entre las poblaciones precolombinas del Ecuador", "Los Indios Jíbaros", "Los Indios Colorados", "Metalurgia del platino en la América precolombina", "La lengua chocó", "La lengua tunebo", etc. . . y tantas otras cuya enumeración sería imposible en este breve artículo.

Si el doctor Rivet contribuyó con su obra a la renovación de

los estudios americanistas y si con la creación del "Museo del Hombre" en el Palacio de Chaillot —obra gigantesca que por sí sólo basta para merecer la gratitud de América Latina— dió a las generaciones actuales y venideras una permanente lección de americanismo, su vida de cada día estuvo consagrada a la difusión de sus enormes conocimientos en cursos, como los que más de una vez nos fué dado escucharle en la Sorbona, en conferencias en que inevitablemente su ambición era despertar en las juventudes que le escuchaban con la luz de los conocimientos, el amor a esos lejanos pueblos que para él estaban tan cercanos.

Más de una vez salió en defensa del verdadero conocimiento de América, combatiendo así a tantos falsos exploradores inescrupulosos que viajan por avión de una capital a otra, de un país a otro y se sienten capacitados para "producir" largos estudios en que sólo se puede apreciar su enorme irresponsabilidad. Contra esta clase de divulgadores decía un día el ilustre sabio, en una conferencia dictada el 31 de marzo de 1950 en la Casa Argentina de la Ciudad Universitaria: "Muchos europeos, cuando hablan de América, son víctimas de la diferente escala de mapas que representan, en sus atlas, el viejo y el nuevo continente. De ello resulta que no tienen una idea exacta de la inmensidad de ciertas repúblicas que, en los mapas reducidos que consultan, tienen las mismas dimensiones de un departamento de Francia. ¿Cómo podrían imaginar que un país como el Brasil representa los nueve décimos de Europa? . . . Más grave que este error, en parte explicable si no justificable, es la idea que los europeos y los norteamericanos se hacen de América del Sur y de sus habitantes. El cine es responsable de esto en gran parte. Pero la responsabilidad incumbe sobre todo a los libros que precisamente tienen la pretensión de hacer conocer el medio y los habitantes de dicho continente. La mayor parte han sido escritos apresuradamente por viajeros superficiales, que, luego de una estadía de una o dos semanas en cualquiera de los países americanos, luego de haber contemplado el paisaje

desde lo alto de un avión o de la portezuela de un tren, después de haber recogido algunos dichos pintorescos entre los compañeros de hotel, casi siempre sus compatriotas, o entre los residentes europeos, más o menos amargados por decepciones en suelo extranjero, o todavía en los salones diplomáticos, se cree autorizados a confiar al gran público sus impresiones. Así se ha creado un tipo latinoamericano absolutamente falso y artificial. Aun cuando estos autores estén bien informados acerca de un país determinado tiene la desagradable tendencia de generalizar sus observaciones como si fueran válidas para toda América Latina. Nada más absurdo, más pretenciosamente vanidoso que estas extrapolaciones. ¿Qué diríamos de un extranjero que después de haber pasado algunos días y algunas semanas en Marcella o en Berlín, escribiera un libro acerca de Europa, de la mentalidad, de sus habitantes y el porvenir de nuestro continente?. La innensa mayoría de los libros acerca de América dan una idea falsamente simplista de un mundo que, por el contrario, es extremadamente complejo...”.

Facilmente se comprenderá el enorme presigio que Paul Rivet tenía en todos los países de América Latina, a donde era invitado continuamente por las Universidades, los Centros Científicos, las Academias, deseosos todos de escuchar su palabra autorizada el estado de sus últimos descubrimientos, sus nuevos estudios.

Precisamente, en una de esas últimas visitas al continente, cuando visitaba a Quito y recibía un gran homenaje de la Universidad, de los círculos científicos y literarios, al despedirse de los amigos, del país, de la ciudad en que inició su obra admirable declaró conmovido: “. . . en el contacto que tuve con el mundo exótico, del otro lado de los mares, recibí ese efecto en el Ecuador y eso determinó de un modo definitivo la orientación de mi carrera . . . le debo al Ecuador este impulso que yo esperaba para orientar todos mis esfuerzos de mi vida”. Y previendo que era su última visita a esta ciudad, que se acercaba el fin de su larga jornada, su despedida la hizo en términos patéticos: “Mañana me voy. Para

mi será muy triste esta salida, que tal vez sea un adiós. Soy demasiado entendido para saber que a mi edad ya no se puede hacer proyectos a la larga distancia. Así, este momento constituye verdaderamente un dolor profundo para mí, al alejarme de ustedes, y permítanme, como amigo de los indios, que termine esta pequeña alocución, en la que siento no haber podido poner todo lo de afecto para cada uno de ustedes, y decirles en lengua quechua: "CHAUPI PUNCHAPI TUTAYARCA". Para los que no entienden el quechua, traduciré: EN MEDIO DEL DIA SE HARA LA NOCHE PARA MI".

En medio de un día de marzo la noche se hizo para el sabio. El doctor Paul Rivet ha muerto. Pero, América Latina no olvidará al gran americanista, al ilustre amigo, auténtico representante de lo que Francia tiene de más noble y humano. Su nombre está inscrito para siempre en el Palacio de Chaillot, en donde esperamos ver levantarse un monumento al doctor Rivet, como símbolo de la gratitud de un Continente. Símbolo también de la esperanza en el triunfo de los eternos valores humanos. Quizá entonces, aun en medio de la enorme expectativa que vive la humanidad, podamos escribir, brilló una esperanza en medio de la noche.

París, mayo de 1958.

PAUL RIVET AMIGO DE ESPAÑA Y DEL HOMBRE

(Tomado de "El Tiempo de Bogotá", 22 de junio de 1958)

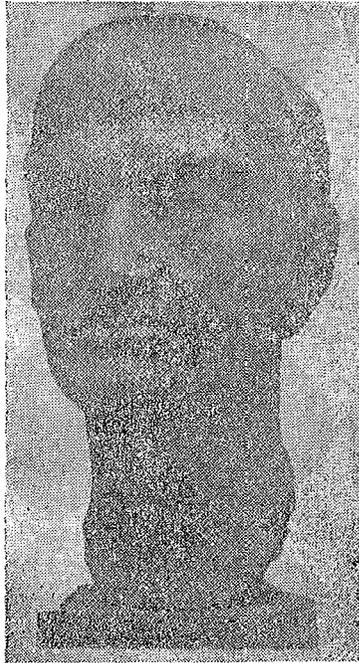
Discurso pronunciado en el Anfiteatro "Descartes" de la Sorbona, en la Velada Necrológica celebrada en memoria de Rivet.

Por *FERNANDO VALERA*

No podría faltar esta noche una voz española que rindiera homenaje a la memoria del insigne Paul Rivet, uno de los más leales amigos de España. La Junta del Ateneo Ibero-Americano de París me ha honrado con el encargo de hacerlo en lengua castellana y en nombre de los españoles de esta Asociación, sin otro mérito especial para elegirme que el de la gran amistad que en vida, me unió al ilustre desaparecido.

Pocos como él habrán calado hondo en el alma de mi patria. No sólo hablaba la lengua castellana tan bien o mejor que cualquiera de nosotros; no sólo había recorrido palmo a palmo sus tierras, adentrándose en humildes y apartados lugares y gustando la infinita variedad de sus paisajes; no sólo era versado en su literatura y en su historia, sino que, además y sobre todo, conocía y amaba con pasión a su pueblo.

Un pueblo —y singularmente el pueblo español— no es tanto una raza, como una civilización hecha carne y conciencia. El pueblo no es un agregado racial, un concepto zoológico; sino una rea-



Busto de Paul Rivet que adorna el Artículo de Fernando Valera; obra de Poisson y que se encuentra en el museo de ETNOLOGIA de Bogotá fundado por Rivet.

lización social e histórica. Las Escrituras hablan del "Pueblo Elegido" no de la raza elegida; y en este sutil distingo, en apariencia esencial que hay entre la bárbara mitología racista —el racismo, lepra del alma, ha dicho alguien con acierto— y la sublime tradición bíblica y cristiana.

Una sociedad de hombres, generalmente mestizos de muchas sangres, errantes a través de un territorio, si se trata de gentes nómadas, o establecidas en él, si de sedentarios, cultivándolo y elaborando una tradición, llega a ser al cabo de siglos un pueblo o nación, entidad social y humana tan distante de la asociación puramente animal de la raza, como la dulce lengua de Garcilaso pueda

estarlo del áspero rugido del hombre de las cavernas. Un pueblo en cuya conciencia colectiva laten en forma de costumbres, creencias, artes, instituciones, recuerdos y aspiraciones, es decir, convertidos en tradición, todos los elementos culturales e históricos que contribuyeron a formarlo.

Paul Rivet había penetrado en lo más hondo y soterraño de esa España viviente y eterna; esa España que no sólo permanece como recuerdo en las piedras, archivos y ruinas de su pasada grandeza, sino que late y palpita como realidad viviente, encarnada en el alma de su pueblo, con vigor y lozanía suficientes para seguir barrenando en el tiempo y proyectar hacia el futuro su nuevo destino.

Otras naciones sobreviven merced a la perfección de sus instituciones políticas o a la elegancia y cortesía de sus formas sociales, o al enorme poderío material de sus estructuras económicas y estratégicas. En España, lo mejor y más permanente ha sido siempre su pueblo. Paul Rivet lo sabía, la última vez que tuve el privilegio de platicar con él, sentado yo a la cabecera del que muy pronto sería su lecho de muerte, él mismo me manifestaba, con la sencillez que siempre fué compañera de la sabiduría, esa manera suya de conocer y amar a España en la cantera permanente de creaciones, en el manantial inagotable de sorpresas, en el genial protagonista de la más apasionante tragedia "que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros", que se llama el pueblo español.

Y porque había comprendido esa gran verdad, no padeció, como otros, el espejismo de identificar a España con este o con el otro régimen político vigente o yacente, con ésta o aquella confesión doctrinal o religiosa, con una u otra moda artística o literaria; sino que supo sentir y amar a España en el hombre español, en el pueblo, acaso vencido, atormentado, traicionado por la miserable confabulación internacional del odio y del miedo en que se debate nuestra generación apocada y envilecida; pero siempre orgulloso

de sus hombres y arrogante de sus desventuras, a la manera de aquel campesino andaluz que, acaso sin saber siquiera las primeras letras, dió lecciones de dignidad y de civismo a quienes le ofrecían comprar a buen precio su voto en las elecciones republicanas, diciéndoles:

—“Déjenme en paz, señoritos, que en mi hambre mando yo”.

Y porque Paul Rivet amaba y comprendía así al pueblo español, en su arrogancia, que es su auténtico ser al decir de Quevedo, convivió con él la tragedia de su guerra, de sus prisiones y sus destierros, permaneció siempre solícito y cordial al lado de todos los españoles en cuanto tales, sin compartir lo que cada cual pudiera tener de parcialidad o de sectarismo.

—“Hay que quererles a ustedes mucho para no dejar de quererles” me decía con reproche de amigo más agradable que la li-sonja del adulador, más amargo que la calumnia del enemigo, en ocasión de una de las crisis de dispersión que de vez en cuando padecemos los desterrados españoles víctimas como todas las diásporas de esa enfermedad de los pueblos errantes y expatriados que ya el clásico había llamado hace veinticuatro siglos “el talante de exilio”, o “El malhumor del destierro” *ta tes fugadikes prozumias*.

Como Paul Rivet era fundamentalmente un hombre bueno, en quien la abundancia de conocimientos no había cegado los hontanares de la emoción, ni la codicia había silenciado la voz apremiante de la conciencia moral, de la sindéresis, veíasele siempre al lado de las causas justas, y con mayor ardor y perseverancia cuando habían sido vencidas, al revés de tantos otros mercaderes de la inteligencia que suelen uncir sus ingenios, en cortejo de bufones, a las traseras de las carrozas triunfales, aunque estén salpicados de sangre y empapadas de lágrimas.

El no. Amaba a los justos, mientras luchaban por la libertad y el honor, pero los amaba más, cuando se debatían en las miserias de la derrota. Su casa de París era el hogar de cuantos, por el ancho mundo aspiraran a restablecer una era de justicia, libertad y

tolerancia, es decir, una era de paz verdadera de cuantos se afanan porque la humanidad salga de este ciclo negro de la barbarie, de este Kali-yuga sombrío en que nos sumergieran las avalanchas del racismo, del nacionalismo, del imperialismo y de tantas otras aberraciones y fanatismos, hijos y padres de la guerra. Porque hoy, como en los días de Augusto las almas sensibles añoran la paz justa y sonora, cifra y resumen de la civilización, como la guerra es cifra y resumen de la barbarie:

*At nobis, Pax alma veni spicamque teneto, praefluat et pomis
candidus ante sinus.*

Atalaya de este París que no renuncia a ser cuna de la libertad y capital espiritual del mundo democrático aquella terraza del Palais Chaillot será recordada un día con veneración y respeto por los hombres libres y pacíficos de todas las razas y pueblos; porque allí encontraron calor de hogar todos los perseguidos de la tierra. Entre ellos —permitidme el orgullo de proclamarlo— ocupábamos lugar preferente en el corazón de Paul Rivet los republicanos españoles, a quienes él amaba con singular predilección precisamente por ser los más desventurados; porque nuestra causa, siendo tan justa como la que más, fué la más cínicamente defraudada después de haber sido la más heroicamente defendida.

Y en esta predilección de sus afectos se realizaban las calidades personales del hombre que prevalecían en él sobre las muchas virtudes y talentos del sabio. En sus contactos con la historia de la humanidad, nunca hizo del HOMBRE un mero objeto de conocimiento; antes bien, lo estudió como sujeto o héroe de esa epopeya milenaria que se llama la civilización. Nadie sabe nada del hombre en cuanto hombre, si para estudiarlo comienza por reducirlo a cosa u objeto del conocer. La ciencia puramente objetiva es posible y acaso no sea posible de otra manera, cuando se trata de conocer al cosmos y de penetrar en la necesidad implacable de sus leyes físicas, para someterlas luego al albedrío del conocedor y

acrecentar, así, enormemente su capacidad de acción sobre el universo. Eterno Prometeo, el hombre puede envanecerse de este conocimiento, a la vez sublime y satánico, cuyos progresos se miden por la distancia que va del poder destructor del hacha de pedernal, al de la bomba atómica.

Pero, cuando se intenta conocer al HOMBRE, entonces, nadie sabe nada de él humanamente hablando, si olvida que el objeto del conocer es ante todo y sobre todo una *persona humana*, que ama y odia, sufre y aspira, llora y ríe, siente en horas de gloria el magnánimo impulso de la renunciación y enciende en la noche sombría de las desolaciones la antorcha perenne de la esperanza.

Venturosamente para él, y para nosotros sus amigos, el sabio etnólogo que llegó a ser Paul Rivet, no agostó nunca en su alma al hombre bueno, justo, cordial, acogedor y generoso, cuyo trato y amistad era uno de los privilegios que la vida concede a veces para compensarnos de muchos otros sinsabores y para conservarnos la fe en la humanidad. Recuerdo la última vez que ocupó una tribuna con nosotros, los refugiados españoles. Era en LES SOCIETES SAVANTES de París, sin duda para conmemorar algún episodio sombrío de nuestra larga lucha. Me parece todavía escuchar la profunda amargura con que nos decía: "Vivo entre las ruinas de los ideales que iluminaron mi juventud". No quería significar con estas palabras que aquellos ideales —libertad, derechos del hombre, independencia de los pueblos, justicia social, fraternidad humana— hubieran dejado de merecer la adhesión de su conciencia personal; sino que las generaciones actuales habían reducido a escombros no pocos de los progresos alcanzados con el sacrificio generoso de las precedentes.

Así es en efecto. Nosotros los españoles, por ejemplo, contrastamos que hace cincuenta años la muerte injusta del maestro racionalista Francisco Ferrer Guardia, inmolado a la proverbial intolerancia clerical española, levantaba oleadas de indignación en el mundo civilizado, mientras que hoy ese mismo mundo no vacila

en recibir en su seno a cualquier verdugo, aunque lleve las manos chorreando sangre fresca de cientos de miles de víctimas inocentes, con tal que esta abominable renuncia a la moral se compense con la apertura de un mercado provechoso o con la cesión de unas bases estratégicas.

“Estamos rodeados de ruinas” sí; pero la esperanza de reconstruir un mundo justo, libre y pacífico, no se ha perdido del todo, mientras haya conciencias rectas, valerosas, incorruptibles, que ni cedan a la amenaza del terror, ni se dejen prender en las redes del fanatismo, ni se vendan al poder envilecedor del dinero, permaneciendo integérrimas, al servicio de la libertad y del hombre. A pesar de los abismos de odio y abyección en que nos han sumido las dos guerras mundiales, y la amenaza de la tercera y definitiva que se cierne desde hace años en el horizonte, todavía hay hombres buenos —y Paul Rivet era uno de ellos— que nos permiten conservar la fe en la humanidad y en sus gloriosos destinos.

Y no quiero terminar estas mal hilvanadas meditaciones sin poner de relieve una excelsa cualidad de mi amigo Paul Rivet, que cuando la enuncie tal vez os parezca, antes de sopesarla, insigne paradoja; pero que, luego de haberla contrastado, se os revelará, como se me ha revelado a mí, verdad evidentísima: me refiero al espíritu cristiano de Paul Rivet.

¿Cómo —se me dirá— Cristiano el libre-pensador, agnóstico, acaso ateo, desde luego carente de preocupación religiosa? Pues sí; cristiano.

No hablo yo, claro es, de la exterioridad religiosa que todo lo reduce a la práctica maquinaal de fórmulas litúrgicas, ritos, dogmas y ceremonias, lo que se acerca mucho más —dicho sea de paso— a la magia que al culto religioso. Me explicaré: “Hay Iglesia visible, y hay Iglesia invisible”, enseñaba hace siglos San Agustín. “En la visible se entra por el bautismo; en la invisible, por la caridad”, y añadía: “Muchos hay que creen haber ingresado en la Iglesia visible y no pertenecen a la invisible, y otros que, sin ha-

ber ingresado nunca en la Iglesia visible, pertenecen por ley de la caridad a la Iglesia invisible del Cristo”.

Así los que después de haber afirmado todos los dogmas, recitado muchedumbre de plegarias y cumplido ritos y ceremonias, permanecen insensibles al dolor, al hambre, a la tortura, a la injusticia que sufren los desheredados y perseguidos no poseen espíritu cristiano. El meollo está, no en pensar que se es cristiano; sino en serlo, aunque no se piense ser lo que verdaderamente se es. Una cosa es creer con el pensamiento y otra ser con el corazón. “¿Dices que crees en Dios? Haces bien; pero el diablo también lo cree”, comentaba el apóstol Santiago. Y Santa Teresa de Jesús, que sabía más que los sabios de estas cosas del espíritu, había escrito mucho antes de que les viniera a las mientes a los filósofos existencialistas, aquello de que “el alma no es el pensamiento por donde el negocio de ella no está en el mucho pensar, sino en el mucho amar”.

Pues bien, recordando al hombre humano que era mi amigo Paul Rivet, he pensado que era el suyo un corazón de cristiano, abroquelado tras el pensamiento de un incrédulo; y me acude a la memoria aquella magistral parábola evangélica cuando al fin de los siglos el Señor llama a sus elegidos y les dice: —“Venid a heredar el Reino de mi Padre que habéis merecido, porque tuve hambre y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber; estuve enfermo, y me visitásteis; desnudo, y me vestísteis; preso, y me librásteis”. Y cuando los bienaventurados preguntan asombrados cuándo le hicieron todas aquellas buenas acciones que no recuerdan haber hecho, el Cristo los aclara su sorpresa con aquella sublime lección de la caridad: “Por cuanto lo hicisteis a uno de mis hermanos pequeñitos, a Mí lo hicisteis”.

Pues bien; para comprender y descubrir el excelso espíritu cristiano del agnóstico Paul Rivet, hay que haber sido pobre, desterrado y perseguido, y haber llamado a la aldaba de su corazón magnánimo, y haberlo hallado siempre abierto a la compasión, inclinado a la ternura, sensible al sufrimiento, presto al sacrificio. ¿Y qué sino eso, es tener un corazón cristiano?

París, 16 de Mayo de 1958.

101

Lo que dijo "El Comercio" en
ocasión de la última Conferencia
del Dr. Paul Rivet en Quito el 9
de Octubre de 1956.

AFAMADO ANTROPOLOGO FRANCÉS
DR. PAUL RIVET SE ENCUENTRA EN
ESTA CIUDAD

DARA UNA CONFERENCIA ACERCA DE "EL ELEMENTO
BLANCO Y LOS PICMEOS EN LA AMERICA
PRECOLOMBINA"

Dentro de una gira científico-cultural que realiza por América el conocido antropólogo francés doctor Paul Rivet, se encuentra en esta ciudad, en donde sustentará una conferencia acerca del tema: "El Elemento Blanco y los pigmeos en la América Precolombina".

AMERICANISTA SINCERO

En una visita que hizo un reportero de "El Comercio" al doctor Rivet en el Hotel Humboldt, el eminente científico indicó

que su gira se debe a su espíritu de americanista sincero, y que durante su ya largo viaje, había pronunciado algunas conferencias acerca de problemas americanos.

EL ECUADOR Y LA HISTORIA DE AMERICA

Indicó que dentro de la sistematización general del conocimiento histórico, el Ecuador había aportado en buena manera al conocimiento del pasado del Continente, así como lo habían hecho las demás naciones como México.

PERSONALIDAD

El doctor Paúl Rivet es una de las personalidades más robustas de la ciencia actual. Dedicado a la antropología, le apasionó el oscuro pasado del hombre de América, y a su estudio dedicó muchos años de su vida, habiendo concebido una teoría importante del origen de nuestro primitivo habitante, el que, dijo, no había llegado solamente por el estrecho de Behring, según la creencia exclusivista predominante, sino que encontró otro camino, el del Océano Pacífico, a través del puente islas que unen Australia con la Patagonia. Así, su teoría, que fuera probada por él mismo después de muchos estudios, del origen del hombre Americano, es actualmente aceptada por los historiadores.

En el Ecuador estuvo muchos años, estudiando especialmente los restos antropológicos de la raza de Punín y de Paltacalo (provincia de El Oro). De esta manera, es uno de los hombres de ciencia que más contribuyó para el conocimiento de la prehistoria ecuatoriana.

Actualmente es Director del Museo del Hombre en París, y su figura es ampliamente conocida en todo el mundo.

VIDA INTELECTUAL

Características de la civilización la expresión intelectual. Una sociedad culta divide su atención entre las cuestiones prácticas, las espirituales, comprendidas en el libro, la conferencia, el teatro y las exposiciones artísticas.

Un pueblo descuidado en su actividad intelectual o se encuentra en formación o en decadencia; está en los comienzos o está desembocando en la inopia. En estos días, la ciudad ha rebotado en manifestaciones de arte, de literatura y de ciencia, que sólo pueden producirse en los medios en que la preparación lo justifica. Las exposiciones artísticas de este año han sido numerosas, y como una indispensable superación, la visita de hombres ilustres que vienen a hablar a nuestro público de cuestiones interesantes, se han multiplicado halagadoramente.

Ayer fue un notable profesor universitario de la Argentina, quien interrogó con su auditorio, sobre el destino reservado a la civilización occidental y la posición de nuestra América. El profesor Romero reveló cuál debe ser la actitud de los hombres de hoy y sus responsabilidades con la cultura.

Para hoy se anuncia una nueva conferencia que será sustentada en esta vez por un sabio dedicado a indagar del pasado de este continente. El Ecuador tiene un profundo cariño para Paul Rivet. La presencia de América, despertó su vocación. Sus estudios son fundamentales y numerosos. Sería suficiente con la famosa obra de Etnografía del Ecuador, para que el país le deba todo homenaje. El profundizó sobre los orígenes del hombre americano y él ha hecho la indagación más prolija sobre las lenguas que se hablan en este continente.

Una vez más, el Ecuador ha recibido la visita de este sabio, y una vez más ha querido reunir en su torno a quienes quieran escuchar su palabra autorizada y sus investigaciones. Hoy va a hablar de un asunto científico, desconocido, del elemento blanco y de los pigmeos en la América precolombina.

Artículo que publicó "Diario del Ecuador" el 23 de Enero de 1957.

LAS GRANDES REALIZACIONES FRANCE- SAS: PAUL RIVET Y EL MUSEO DEL HOMBRE

Artículo inédito de
Paul Chevasse

Completamente en lo alto de la colina de Chaillot y dominando los jardines que bajan hasta el Sena, precisamente frente a la Torre Eiffel, se encuentra el Palacio de Chaillot. Este Palacio tiene sólo 20 años de existencia, pero su emplazamiento tiene toda una historia, desde la casa de recreo construida por Catalina de Médecis hasta el convento fundado por Enriqueta de Inglaterra: el mariscal De Bassompierre quemó 6.000 cartas de amor, Bossuet pronunció la célebre oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra, Louise La Valliere intentó dos veces huir de Luis XIV... Después todos esos edificios fueron arrasados. Cuando nació el rey de Roma, Napoleón dió orden de edificar para su hijo "el más amplio y más extraordinario palacio del mundo". Pero la caída de Napoleón hizo fracasar el propósito... Estos son los testigos

sobre los que se levanta hoy el Palacio de Chaillot, con sus volúmenes irregulares, sus largas alas curvas, una de ellas completamente consagrada al Museo del Hombre. ¿El Museo del Hombre? Es Paul Rivet, porque es a él a quien se debe uno de los instrumentos de trabajo más notables del mundo sabio. .

Sin embargo, nada parecía impulsar a Paul Rivet en semejante dirección. Los azares de su educación habían hecho de él un médico militar, aunque nunca había deseado ser ni militar ni médico. No obstante, había algo que le atraía más que nada: viajar, ir más allá de los mares, y precisamente porque era médico militar tuvo ocasión de realizar este deseo. En 1901 se le propuso acompañar, como médico, a una misión geodésica francesa, una misión militar que debía ir al Ecuador. Inmediatamente aceptó, loco de alegría. Y durante cinco años estuvo en América del Sur cuidando a la misión que estaba acampada entre 3.000 y 5.000 m., encargado también de todo lo referente a la Historia Natural. Pero cuidaba también a los indios, despertándose en él un vivo interés por esas poblaciones en contacto con las cuales vivió de modo permanente. Pronto el indio, con el que estaba en relación no le fue suficiente y se interesó por su pasado, por sus antepasados, dedicándose a numerosas excavaciones; gracias a este viaje se confirmó en él un gusto hasta entonces un poco vago sobre la etnología. Cuando el doctor Rivet regresó a París en 1906, trajo importantes colecciones referentes a la antropología y la etnografía; el Ejército le designó cerca del Museo de Historia Natural para que las clasificase y las estudiase. Habiendo entrado en el Museo como simple trabajador, Paul Rivet fue pronto subdirector del laboratorio, después profesor: su carrera se orientó definitivamente hacia la ciencia.

Pero el interés de Rivet no se limitaba a las colecciones que estudiaba ni a las clases de que estaba encargado. Desde hacía mucho tiempo estaba impresionado por la dispersión de todos los estudios consagrados al hombre, por el desparramamiento de las

colecciones incluso en París. Soñaba con reunirlos, y esto correspondía a sus ideas sobre la antropología: no se puede dividir la ciencia del hombre en trozos; el hombre es un todo, es necesario estudiarlo en todos sus aspectos. Se dio el primer paso hacia esta reorganización en 1928 cuando se le confió la dirección del Museo de Etnografía del Trocadero, aunque conservando al mismo tiempo su cátedra en el Museo. La exposición de Artes y Técnicas de 1937 le permitió reunir dichas colecciones. Al viejo Trocadero le sucedió un nuevo Palacio con el que Rivet reanimó el nombre de Chaillot, que designa hoy un pueblo edificado sobre dicha colina.

Todas las colecciones están desde entonces reunidas bajo el nombre de "Museo del Hombre", que expresa ya el principio según el cual han sido organizadas. Nada, en la historia de los humanos, es independiente: no se puede interesarse en los aspectos de la física, de la fisiología, sin ocuparse también de los aspectos cultural, lingüístico, sociológico. Es el conjunto de estas concepciones del hombre lo que Paul Rivet ha querido presentar al público. Pero este Museo no está sólo constituido por salas de exposición; su fundador ha querido hacer también un establecimiento de investigaciones, con grandísimos laboratorios, numerosos almacenes donde se realiza el estudio de las colecciones. Al mismo tiempo que un instrumento de educación popular es un centro de trabajo, de perfeccionamiento de la ciencia del hombre. Francia ha podido así realizar una obra que le coloca en el primer lugar en el mundo. Por ello los estudiantes extranjeros son numerosos en el Instituto de Etnología de la Universidad de París, que también está instalado en el Museo del Hombre.

A pesar de la gran actividad seguida que exige de él la creación de su Museo, Rivet no ha dejado, durante toda su vida, de hacer viajes de estudios. Pero si se le pide una anécdota, el relato de una aventura, dice: "El verdadero viajero (se abusa hoy de la palabra "explorador") no tiene nunca aventura. Mis ami-

gos, lo mismo que yo, no han tenido nunca armas; por tanto, nunca hay aventuras dramáticas a relatar. Tampoco nada sobre ningún animal terrible encontrado en nuestras numerosas incursiones por la selva virgen". Sin embargo, un día, después de haber recogido insectos en un platanal, Rivet pidió a los indios que buscaran serpientes destinadas al Museo. Le trajeron enseguida una cuarentana, recogida precisamente en el platanal donde habían estado dos horas con sandalias... "Los animales tienen más miedo que nosotros", termina diciendo.

Se puede decir que la aventura es en París donde la encontró, y de una manera particularmente dramática en setiembre de 1940. Con amigos que pagaron con su vida su valor, Rivet había constituido en su Museo una especie de grupo (no se decía todavía "réseau"), y había creado una hojita clandestina que circulaba en París, dando a conocer los discursos de Churchill, de Roosevelt, aportando palabras de esperanza. Era "Résistance", que publicó cinco o seis números, porque todo el equipo fue pronto detenido por la Gestapo.

Paul Rivet se ha negado siempre, efectivamente, a encerrarse en la torre de marfil de los pensadores. Este hombre que va resueltamente hacia adelante, es al mismo tiempo el heredero del humanismo francés: es el hombre completo lo que le interesa, es para ayudar al hombre por lo que ha querido conocerle y le ha consagrado su vida.

ARTICULOS DE PAULT RIVET PUBLICADOS
EN "INTERMEDIO" DE BOGOTÁ —
REPUBLICA DE COLOMBIA

DIPTICO MORAL

Publicado en "Intermedio" de Bogotá.—Colombia

Domingo 27 de Enero de 1957.

En 1869, un diplomático francés, Ferdinand de Lesseps, reunió el Mar Rojo y el Mediterráneo por un canal abierto en un lugar casi inhabitado.—Realizó aquella obra después de celebrar un acuerdo con el representante oficial del gobierno egipcio, del cual dependía el territorio en cuestión. Ochenta y siete años más tarde, el jefe del mismo gobierno egipcio nacionaliza el canal y se vuelve propietario, sostenido por una parte de la opinión mundial, expresada por un voto de la Organización de las Naciones Unidas, y en particular por el gobierno de los Estados Unidos.

El mismo diplomático emprende a principios del siglo una obra comparable a la primera, pero que unía el Océano Atlántico al Océano Pacífico. La operación salió mal. Una nueva sociedad substituyó a la primitiva, hundida por un gran escándalo financiero.

Aquella sociedad fue rescatada a su turno por el gobierno de los Estados Unidos.

En 1903, aquel gobierno favorece, si no suscita, en el territorio interesado que pertenece a Colombia, una secesión y apoya la creación de una república autónoma. Luego obtiene de los dirigentes de la nueva república, que no pueden negarle nada la cesión de una faja de terreno donde sus ingenieros construyen, según el plan y el trazado de la primera compañía francesa, un canal, que se abre a la navegación en 1914, y del cual fueron y siguen siendo los Estados Unidos dueños incontestables.

MORALEJA

Francia cometió el gran error de tratar real y legalmente con el gobierno de Egipto. Si se hubiera asegurado, por un golpe de fuerza, la propiedad del territorio donde deseaba realizar su obra, en vez de iniciarla de acuerdo con los dueños, nadie en el mundo pondría en duda los derechos de los sucesores, y la estatua de Ferdinand de Lesseps se elevaría siempre a la entrada del Canal.

París, Enero de 1957.

PAUL RIVET.

LOS CAMINOS DE LA PAZ

"Intermedio", de Bogotá

Por Paul Rivet

7 de Abril de 1957.

La diplomacia de la post-guerra no supo o no pudo resolver los graves problemas que se le presentaron al mundo; cuando mu-

cho, sólo ha tratado de darles soluciones precarias, postergando las definitivas. Al crear dos Alemanias, dos Coreas, dos Chinas, dos Indochinas, los hombres de Estado no han hecho otra cosa que aplazar las decisiones necesarias, sin apreciar el peligro permanente que tales divisiones habrían de traer para la paz del mundo.

La creación de dos Alemanias, una en la órbita de los Estados Unidos y sus aliados de Europa, y otra como dependencia de la U.R.S.S., es sin la menor sombra de duda, una de las faltas más graves de la post-guerra, desde luego que no puede tener sino un carácter provisorio. La unidad del pueblo alemán es un hecho al cual no hay fuerza que pueda oponerse. El alemán de Coblenz o de Bonn se siente y se sentirá siempre hermano del alemán de Leipzig o de Berlín, cualesquiera que sean las diferencias de ideología política que ambos se hayan visto en el caso de adoptar o de soportar; para honor suyo, el patriotismo alemán no podrá nunca resignarse a semejante división, de la misma manera que el patriotismo francés no aceptó jamás la división que Hitler impusiera a Francia. Tarde o temprano, la consolidación alemana se realizará, ya sea por un entendimiento, ya sea por la fuerza. Esta última hipótesis significa una amenaza permanente para la paz, siendo evidente que el conflicto no quedaría circunscrito, extendiéndose sus llamas con rapidez por Europa y el resto del mundo.

Sería pues, deseable que el problema se resolviera por medio de una negociación pacífica. Por mi parte, hubiera querido que la iniciativa le correspondiera a Francia, pero si no puede o no quiere hacerlo, de todos modos es factible examinar las condiciones que pudieran facilitar su adopción.

Es evidente que Rusia no aceptaría la unificación alemana si se tradujera en un refuerzo del bloque del Atlántico por parte de la Alemania del este, sumada entonces a la posición actual de la Alemania del oeste. No hace mucho tiempo los dirigentes soviéticos lo proclamaron con énfasis y no se ve muy claro un cambio de cri-

terio. De la misma manera, las potencias del Atlántico, agrupadas en torno a los Estados Unidos, no pueden suponer que la Alemania de Bonn se convirtiera en satélite soviético. En esas condiciones Alemania reintegrada tendrá que ser neutral y por consiguiente, desarmada como Austria.

Otra condición ineluctable sería que Alemania, cuya neutralidad debería ser garantizada por todos los pueblos de Europa, Rusia inclusive, y por los Estados Unidos, renunciara a toda modificación de sus actuales fronteras. En Yalta, las grandes potencias —con excepción de Francia— fijaron la frontera oriental alemana en la línea Oder-Neiss. Aquello fue un error, más que un error un crimen, puesto que llevaba implícito el éxodo de la población alemana establecida al este de dicha frontera. Nadie ignora qué clase de sufrimientos y de miserias se desprenden de semejantes movimientos colectivos. Pero el mal se cumplió y colonias polonesas se establecieron en las comarcas que en esa forma quedaron vacías de sus ocupantes originales. Expulsar esas colonias, con todo lo que la medida tiene de cruel y doloroso, para restablecer la población anterior, sería un crimen y no se repara un crimen con otro. No alcanzo a suponer que en gracia de su consolidación los alemanes se negaran a aceptar ese sacrificio, y por otra parte, creo saber que la idea del desarme encontraría en el pueblo alemán que tanto ha sufrido por culpa del militarismo, una adhesión si no unánime, por lo menos ampliamente mayoritaria. Unas elecciones libres, bajo control internacional, permitirían a la opinión alemana definirse sobre todos estos problemas.

Resuelta así la integración alemana, una grande explanada neutral se extendería desde Austria hasta Suecia, entre Rusia y el grupo de democracias populares y los pueblos del occidente de Europa comprometidos en el bloque del Atlántico; pero a mi juicio, esa sólo sería una primera etapa de la paz, previa a otra mucho más importante. Tanto al este como al oeste, la carga del armamentismo pesa cada día más sobre los pueblos agotados por las

dos guerras, demorando indispensables reformas sociales, dando origen al despilfarro de los recursos naturales comprometidos en empresas improductivas (la fabricación de elementos bélicos de mayor capacidad de destrucción), dificultando el empleo de los descubrimientos de la ciencia con fines exclusivamente productivos y pacíficos, y creando en todas partes el descontento entre las clases menos favorecidas, que es siempre un principio de revuelta y desorden.

El desarme de Alemania debería ser el primer paso hacia el desarme general, controlado y simultáneo, que tantas veces ha sido prometido y que todavía se estrella contra tanta dificultad y tanta incompreensión. No obstante, no existe otra manera de llevar a la realidad entre los hombres esa paz definitiva y fecunda a la que todos aspiran, consciente o inconscientemente, y que permitiría a la humanidad reconciliada dar forma a todas las posibilidades de felicidad, de justicia y de bienestar para beneficio de todos los pueblos de la tierra.

París, abril de 1957.

REALIZACIONES DE UN AMERICANISTA INSIGNE

Por FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

Especial para "La Prensa" de Buenos Aires—2 Feb.—1953.

En junio de 1953 la revista "Ciencia e Investigación", de Buenos Aires, me hizo el honor de acoger un estudio biográfico sobre el doctor Paul Rivet, sin duda el más grande de los americanistas vivientes. Poco después, el dinámico y andariego hombre de ciencia no pudo desistirse a la seducción de llegarse hasta el Plata respondiendo a un pedido de la UNESCO, que le envió, sin otra representación que la personal, a una conferencia de intelectuales que se celebraba en Montevideo. De allí, hizo una escapada hasta Buenos Aires, "de incógnito", como se complacía en decir, para no tomar contacto con las autoridades oficiales de entonces y durante esa brevísima estada me hizo el honor y me dió el placer de alojarse en mi casa y de admitir mi ayuda para algunas investigaciones bibliográficas en la Biblioteca Nacional. Por este carácter casi clandestino de su venida al país, ese viaje contrasta con el que, de tan distinta manera, verificó de nuevo en 1956 cuando, ya modificado el clima político, pudimos feste-

jarle públicamente. En un mismo e inolvidable día, el 29 de septiembre, las dos Universidades de Buenos Aires y La Plata le recibieron en acto solemne para hacerle entrega de las más altas distinciones que se pueden conferir a un Maestro —sus doctorados “honoris causa”— y en ambas ceremonias tuve el honroso encargo de expresar, en sendos discursos, los méritos singularísimos de esa figura ejemplar por su sabiduría, su modestia, su sentido del deber y su fidelidad a los ideales democráticos.

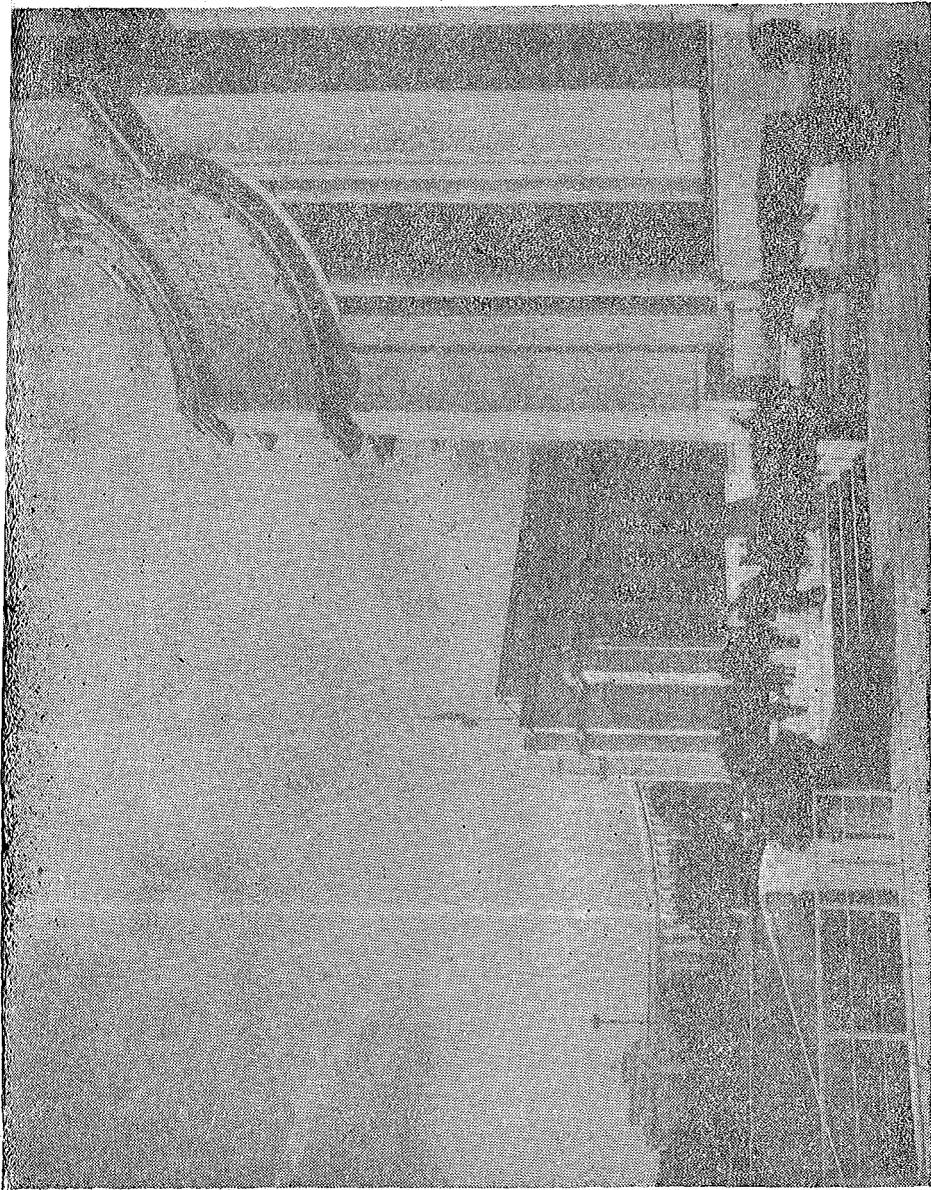
Parecería, pues, que ya no queda nada por decir de este hombre eminente que en la alta ancianidad tendría el derecho al silencio y al descanso. Pero ello no condice con lo que Rivet exige de sí mismo. En ese viaje de 1956 había estado ya en varias repúblicas sudamericanas (Brasil, Uruguay) y en seguida siguió para Chile y otras del Pacífico hasta Estados Unidos. Al llegar poco después a la India tuvo que interrumpir momentáneamente su viaje y volar a París, donde fué internada e intervenida con feliz resultado su esposa. Apenas ella fuera de peligro, su periplo tenía que ser continuado: la India, el Japón y otros lejanos países le esperaban. Desgraciadamente, la mala racha continuaba. Al llegar a Estados Unidos el doctor Rivet perdió la voz y un examen reveló la existencia de diversas molestias orgánicas a las que su avanzada edad agregaba importancia. En consecuencia debió regresar a París, donde desde comienzos del corriente año vive días dolorosos y donde él mismo ha debido ser intervenido. Sin embargo, como desde 1953 al presente ha seguido publicando diversos trabajos, algunos de ellos de extensión e importancia considerables, no creemos fuera de lugar un examen general de esa producción para poner al día el estudio biográfico que antes le dedicara.

LAS LABORES DEL LINGUISTA

Por lo pronto urge señalar que el gran especialista en lenguas aborígenes americanas ha dado término a la colosal labor que —en colaboración con su viejo amigo M. Georges de Crequi-Montfort— se impusiera. En 1953 apareció el tercero de los tomos de su "Bibliographie", que trata de los trabajos publicados entre 1916 y 1940, con 783 páginas, y en 1956 el cuarto y último, de 1641 a 1655, con 957. Este verdadero *Thesaurus* contiene todas las indicaciones conocidas, incluyendo, caso extraordinario, hasta las aparecidas en volanderas hojas periodísticas.

En ese año, en el "Journal de la Societé des Américanistes" publica una breve nota acerca de los Masubi, que habitan al este del Guaporé, en la cordillera de Paresis, sobre los cuales nada se conocía. A ella le acompaña con un vocabulario, que fué recogido otrora por el coronel Fawcett. El examen de ese documento contribuye a las sospechas de una infiltración chibcha en éstas y otras regiones. En el mismo tomo XLII del "Journal", en colaboración con Robert de Wavrin y sobre la base de cuatro vocabularios recogidos por el segundo, estudia el idioma de los Nonuya y los Okaina, dos grupos pequeños de indígenas que viven junto a las nacientes del Cahuinari y del Igará-paraná, para llegar a establecer su parentesco lingüístico con sus vecinos los temibles Witoto. Finalmente, esto le lleva a formular críticas a ciertas interpretaciones de J. Alden Mason, que ya habían sido formuladas en igual sentido por Cestmir Loukotka.

En ese mismo año 1953 aparece en el segundo tomo de la revista internacional "Diógenes", editada por la UNESCO, su monografía de síntesis sobre "El origen del hombre" y en "Esprit" su corto relato intitulado "Impresiones de América latina", en las que resumía, a grandes rasgos, las recibidas durante su viaje recién terminado a nuestras tierras. Al mismo tiempo "Les Cahiers rationalistes" dan a conocer "Les races devant la science",



Vista del Palacio de Chailot

donde abomina de todo prejuicio racista, y la revista "Imago Mundi", de Buenos Aires, recibe por mi intermedio el texto de su descripción del Museo del Hombre del que es fundador y ahora director honorario. Poco después, y por la misma vía, el aún más interesante con sus impresiones de una visita a las Islas Filipinas, hoy —en opinión de nuestro gran americanista— excesivamente yanquizadas...

En 1954, la revista "Museum" publica su estudio acerca de "Museos del hombre y comprensión internacional". Por la misma fecha se edita un libro de imágenes con las fotografías de Gisele Freund, a gran formato, sobre "Mexique précolombien", precedidas de un breve pero sustancioso prólogo de nuestro autor. También es de ese año "Cités Maya", suntuoso libro suyo al que luego nos referiremos. Y en 1955 aparecen el texto de su conferencia "Le nouveau monde et l'Europe", pronunciada en ocasión de los encuentros internacionales de dos años antes, y su participación en el Coloquio sobre las Ciencias del hombre, editada por la Facultad de Humanidades y Ciencias, de Montevideo. Es entonces cuando la Academia Nacional de la Historia, de Quito, le publica su estudio sobre "Los normandos en América" y su nueva contribución en "Diógenes" —"Sobre las ciencias del hombre"— en forma de carta abierta. Por fin, en 1956 aparece en el "Journal de la Société des Américanistes" su último estudio monográfico que conocemos: el de las varias lenguas americanas y melanésicas que emplean afijos clasificatorios para referirse al número de ciertas clases de cosas, lo que es de indudable interés para Rivet por su vieja teoría del poblamiento primitivo de América.

RIVET Y LAS CIUDADES MAYAS

Ese viaje de 1953, que ya hemos visto que había dado material suficiente de impresiones y reflexiones para otros trabajos,

va a procurarle, merced a su estancia en México, la oportunidad de escribir otro libro memorable. Se trata de "Cités Maya", volumen de admirable presentación tipográfica, en el que el sabio americanista decanta lo mejor de su afinada sensibilidad de arqueólogo-artista. Es un placer tener este libro en las manos. En nuestros tiempos de gran economía de presentación este cuarto tomo de la colección "Les hauts lieux de l'Histoire", en gran formato, íntegramente tirado sobre papel ilustración, dotado de amplios márgenes y de 137 fotografías y 230 viñetas, con 10 grandes planchas litografiadas en cobre para finísimas láminas policromas y con un mapa en colores y otro en blanco y negro, ejecutados por los dibujantes especializados del Musée de l'Homme, de París, concede a quien lo hojea el supremo deleite de examinar una obra en la cual la belleza de las imágenes y la armonía de la presentación no van, en modo alguno, en zaga a la finura de la apreciación crítica.

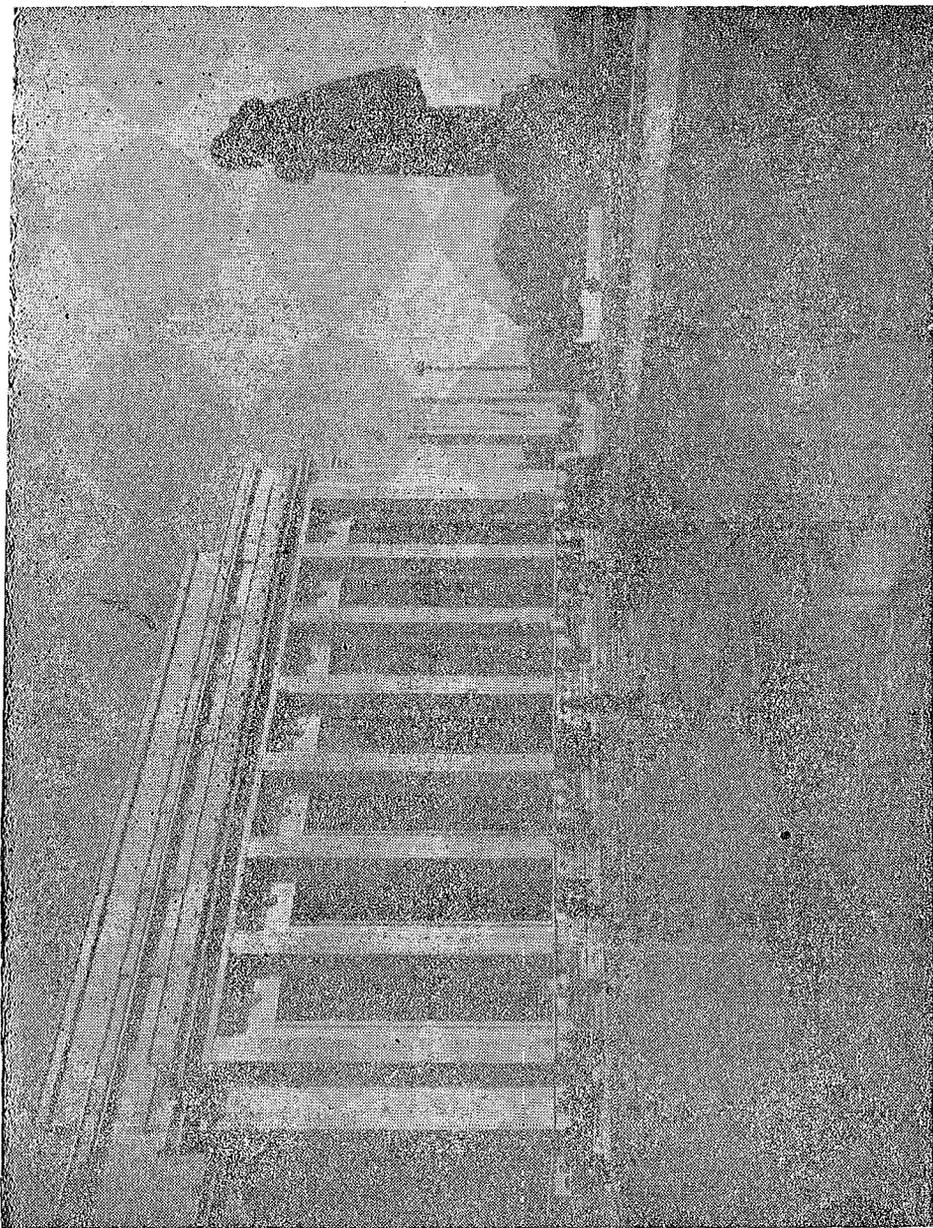
Es así como el maestro, sin olvidar el interés esencial de una obra de síntesis de mantener y concentrar la idea de conjunto, la exalta y la subraya, aquí o allá, en las oportunidades necesarias, con el detalle erudito que sólo el especialista de gran autoridad puede dar. Es por ello que en reciente comentario sobre otro libro dedicado a la vida en el Yucatán actual, publicado en "La Prensa" (Dic. 15, 1957), no he podido menos de destacar, frente al aparente olvido de las ruinas mayas, este comentario justiciero: "Hay ya bonísimos volúmenes descriptivos de ellas, de estos últimos tiempos, entre ellos el suntuoso y fino de Paul Rivet, tan sabiamente matizado de erudito saber"...

Es de señalar que el autor de "Cités Maya" había llegado a México en hora más que oportuna. El 15 de junio de 1952, después de tres años de progresivos avances en el terreno, el gran arqueólogo mexicano Alberto Ruz Lhuillier había verificado un descubrimiento extraordinario en el llamado Templo de las Inscripciones: la escalera interna, que descendiendo de lo alto de

la pirámide truncada de Palenque conducía a la cripta y cámara sepulcral allí encerrada. Este hallazgo no sólo era de suprema importancia por hallarse todo ese conjunto de dispositivos arquitectónicos —escalinata, toma de aire para el corredor, cripta y cámara— intocados, sino también porque su conocimiento daba lugar a consecuencias revolucionarias: la gran diferencia hasta entonces establecida entre estos *teocalli* mayas y las pirámides egipcias, estribaba en que los primeros eran templos y las segundas tumbas. Sobre ello pueden verse las inspiradas páginas de Paul Westheim, por ejemplo, que ahora se derrumban... El hallazgo hecho por Lhuillier obliga a reformar conceptos, pues la identidad de concepción entre tales obras es completa, hasta en el hecho de tratarse, en ambos casos, de tumbas individuales...

No debe extrañarnos, pues, que "Cités Maya" esté dedicado por su autor a dos eminentes arqueólogos mexicanos: Alfonso Caso, el excavador de Monte Albán, y Alberto Ruz Lhuillier, el no menos afortunado descubridor de la escondida tumba de Palenque.

Este libro de Rivet tiene además otro gran mérito (aparte del de mostrar a un público cada vez más extenso que una obra de arqueología, cuando su autor tiene la adecuada sensibilidad, puede resultar tan apasionante como un relato de aventuras): el de llevar a conocimiento público la otra importante revelación obtenida por las investigaciones arqueológicas de los últimos años, la que se obtiene del conocimiento de las pinturas murales, y especialmente de los esplendorosos frescos de Bonampak. Descubiertos en 1946 por Giles G. Healey, son, como dice Rivet, "el documento más precioso que los pintores mayas nos hayan legado". Las tres habitaciones, en cuyas paredes aparecen, deslumbran con esos magnos paneles. El negro, el blanco, el ocre, el rojo, el amarillo, el naranja, el verde y el azul, en abundancia de tonos, iluminan nuestra visión de aquel mundo pretérito y hieren fuertemente nuestra imaginación. El universo maya re-



Un detalle del Palacio de Chaillot

vive ante nosotros. Guerreros, nobles, sacerdotes, esclavos, han quedado allí proyectados en sus actitudes características y hasta sus gestos íntimos. El hieratismo ritual cede en algunos casos, y mientras los vencedores ostentan un desdén arrogante y solemne, los inermes vencidos se contorsionan, suplicantes, entre el dolor y el miedo. Contrasta con ésta cierta escena familiar femenina, llena de tranquila intimidad, de imperturbada familiaridad hogareña.

Si bien ya Villagra Caletti publicó este conjunto maravilloso de arte mural, le debemos gratitud a Rivet, que le entrega al **common reader** no sólo los clisés extraordinarios tomados por Healey (según las reproducciones de Antonio Tejeda) para el Departamento de Arqueología de la Institución Carnegie, de Washington, sino que además los avalora con su descripción sapiente y con esta observación final: "Los frescos de Bonampak, por su valor artístico y arqueológico, son, para la historia maya, un documento comparable a lo que es para la historia de la Edad Media la tapicería de Bayeux...".

RIVET Y EL POBLAMIENTO PRIMITIVO DE AMERICA

El último de sus libros es la reedición francesa de "Les origines de l'homme américain" (publicada originariamente en 1943 en Montreal, reeditada en castellano en México en el mismo año y aparecida en portugués en San Pablo en 1948). Ahora (1957) el americanista insigne nos da una nueva edición francesa de ese libro. Pero esta vez ha procedido a remozar todo su conjunto de pruebas con los recientes aportes de las más modernas técnicas investigativas. Si bien es cierto que sigue utilizando los viejos estudios de Nordenskiöld, el padre Schmidt y Friederici, no lo es menos que acumula otros que pertenecen a las generaciones

más nuevas. Así no es extraño que cite a Heyerdahl, que tenga en cuenta las investigaciones de Reichlen en la región serrana del Alto Utcubamba y de Bórmida en la Patagonia, y que no desdeñe las consideraciones históricas de Toynbee.

Es así cómo las grandes cuestiones aparecen remozadas y al día: las pruebas de contactos florales merced a Carter y Sauer (ambos de 1950) y las del Asia y América Central gracias a Jettmar (1952); las existentes entre Esquimales y Yaghanes, según Jenness (1953); la antigüedad de los Esquimales mismos, sobre la base de los aportes de Collins, Giddings y Solecki (1950-1951); las relaciones entre Atabascos y Sino-Tibetianos, a través de un estudio de Shafer (1952); las posibles equivalencias entre los seis primeros números en turco y en quichua, según las dos monografías de Georges Dumézil (1954 y 1955); el problema de los *sambaquis* de la costa del Brasil, con Empeaire y Laming (1956).

Otro tanto ocurre con la gran cuestión de la antigüedad del hombre con los hallazgos de Tepexpán, en México (1949-1955), de Viscachani, en Bolivia (1953-1954) y de Ayampitín en la Argentina y Palliaiike en Chile, que ascienden a los 8.000 años. Estas sería las más viejas fechas que el Carbono 14 ofrece para la América del Sur. Las cifras son algo más altas para la América del Norte, en donde los hallazgos oscilan entre los 9.000 y los 10.500 años (con algunas ligeras variantes en más o en menos), salvo el caso excepcional de Tule Springs, que necesita ser ratificado. Libby (1950), Bird y Johnson (1951), Eliss (1952) y Matson (1955) ofrecen sus datos al efecto.

Otra técnica bastante nueva —si bien no tan sensacional— es usada: la de los grupos sanguíneos. Y Rivet, con el empleo de trabajos de Sarkar (1952), Polunin y Sneah (1953) y Simmons, Graydon, Semple y Fry (1955), sobre los indígenas de las islas de Andaman, Nicobar y Cook, en relación con los del sudeste de Asia, ha podido recoger el dato general aportado: los aborígenes de las islas del Pacífico y de sus costas vecinas en Asia

forman, con los de "la vereda de enfrente" en América (tomados en conjunto y desde un punto de vista hematológico), un tipo común, el pacífico-americano, caracterizado por el predominio del grupo sanguíneo O. Hay otro examen hematológico: el del factor Rhésus. Para ello la bibliografía es también muy moderna: de Phansomboon, Ikin y Mourant (1949) a Zoutendyk, Kopec y Maurant (1955). Esa modernísima técnica biológica llega —por los antígenos y la aglutinación sanguínea— a los mismos resultados.

En el registro de los elementos de cultura que aproximan al mundo oceánico malayo-melanésico con América hallamos igualmente los datos muy al día. Si se trata de la cerámica mochica, cita a Hissink (1951), si de la *clay*, la monografía de Zerries (1953), si de la *cowade*, la de María Angélica Carlucci (1953-54), si del hallazgo del horno subterráneo (idéntico al polinésico) en el Perú, a una información de Quijada Jaro (1955). Y cuando se trata de las tiraderas o de los enanos, los datos llegan a ser de octubre de 1956...

Para los contactos debidos a escrituras ideográficas, Rivet anota los descubrimientos de Cruzent en Venezuela (1952) y de Ibarra Grasso en Bolivia (1953). Para los derivados de hallazgos arqueológicos en las Islas Galápagos, a media distancia entre la Polinesia y la costa americana del Pacífico, no deja de mencionar a los de Heyerdahl en 1953, interpretados por Métraux con aceptación de su descubridor. Y los viajes de los Escandinavos son reestudiados con amplitud, merced a las aportaciones, bastante nuevas, de Pohl (1952), Bronsted (1954) y Love (1954).

BALANCE FINAL

Como viejo amigo suyo, que lo soy desde hace treinta años, como respetuoso colega y como cariñoso admirador de la inmarcesible juventud de este gran estudioso, celebro poder destacar la

fuerza de persuasión añadida al antiguo prestigio de ésta su teoría, nacida por los años de 1923 y 1924 y que él vino a propalar entre nosotros en la Argentina en 1927. Desde entonces ha figurado casi constantemente en mis cursos universitarios y mis alumnos pasados y presentes —a los que el nombre del maestro es familiar— saben que la he explicado con preferencia sobre otras, porque, a mi entender, cubre mejor la extensión realmente oceánica del problema. Por ella Rivet pasará a la historia de la etnología y de la americanística. Pero hay otro motivo, igualmente poderoso, por el que he querido ocuparme de este sabio eminente, de este hombre ejemplar. Junto con su libro de *chez Gallimard* me ha llegado una pequeña tarjeta en la que la casa editora presenta las excusas del profesor Rivet, “quien lamenta que su estado de salud no le permita dedicar este libro”. Ese delicado toque de cortesía, ese innato pudor por las debilidades de la carne sufriente, esa preocupación amistosa por no herir con un silencio que pudiera parecer indiferencia o pasajero desapego, son bien suyos. Por eso, una vez más quiero mostrar su vida como un ejemplo. Ejemplo de valor civil, de entereza moral, de trabajo desinteresado y de capacidad intelectual. Difundirlo nos hará bien a todos...

HOMENAJE A PAUL RIVET

De "El Comercio" — Agosto 31 de 1958 — Quito

Isaac J. Barrera

El Instituto Colombiano de Antropología ha entregado a la circulación el libro de Homenaje al profesor Paul Rivet, en el que después de ponerse de manifiesto la labor del gran americanista, reúne trabajos científicos, escritos por cultivadores de las ramas antropológicas, que forman el homenaje al investigador ilustre, que consagró su vida a coordinar sus tareas investigativas acerca de los tantos problemas que permitan penetrar en el conocimiento de la América pre-colombina.

El valor principal que ha de atribuírse a la obra de Rivet, es la del estímulo que puso en los estudios de estos países para que averiguaran, por su parte, todo lo relacionado con la gran patria que forma la unidad del continente. Los estudios indigenistas no recibían mayor atención de los dirigentes intelectuales, que hacían esfuerzos por penetrar en el pasado aborigen por estimarlo, seguramente, inasequible para quienes no tuvieran especialización de conocimientos. Rivet abrió el camino, para que la curiosidad comenzara a recorrerlo y para que la preparación técnica continuara después.

Acordémonos como González Suárez escribía que los campesinos, que no comprendían el interés que mostraba por la cerámica que se desenterraba de los sepulcros antiguos, creían que buscaba tesoros. La prehistoria se consideraba como cosa tan pasada y sin importancia, que las mil señales que podían ser recogidas y clasificadas, se perdían ante la incuria de todos. Rivet llegó al Ecuador, cuando era muy joven; pero procedía de una nación en que la ciencia tenía gran validez en la consideración de todos. Procedía de un medio, y aquí recibió la incitación de nuestro sabio historiador, y así comenzó a interesarse por los ecuatorianos, que pronto se tornó americano continental, y de la arqueología pasó a la etnología, a la lingüística, y conforme avanzaba, profundizaba en saber y daba a América las informaciones que le faltaban.

A Colombia fue invitado como valioso hombre de ciencia, y regresó después, cuando perseguido por el nazismo, buscó tierras de libertad. La invitación fue pagada por Rivet con la fundación del Instituto Etnológico y con la guía que puso para que investigadores colombianos prosiguieran en los trabajos que había de dar como resultado la penetración científica en el pasado aborigen.

Al Ecuador llegaba Rivet como a casa propia; aquí tenía amigos y recuerdos gratos. Hablaba de sus investigaciones y daba aliento a cuantos estudiaban esas complejas cuestiones que habían de poner claridad en la historia y permitir a la ciencia anudar conclusiones para el mejor conocimiento del hombre americano.

De una riqueza sin parecido es la Bibliografía de las lenguas aymarás y quichua, hoy depositada en la Biblioteca Nacional de Lima, en la que se registra todo cuanto se ha escrito sobre estos idiomas, desde 1540. La obra buscó el concurso para formarse y el auxilio económico para publicarse; pero es un monumento del que no podrá pasarse, sin considerarlo, cuantos se interesen por esta clase de estudios.

En esta obra hemos encontrado registrado el Vocabulario de la lengua Peruana-Quitense, del P. Velasco y que se la creía perdida. En el tomo I se reproduce facsimilar el prefacio en el que se lee que el quichua, cuando las Provincias de Quito se agregaron al imperio del Perú, se hizo lengua más difusa "y tomó otro semblante", porque a más de adoptar muchas palabras en su idioma, retuvo el distinto modo de pronunciarlas variando en algunas letras consonantes y aún vocales. El Vocabulario, escrito en 1787, se encuentra en uno de los Museos de Berlín.

La obra de Rivet, como vemos, tiene una extensión muy grande, porque abarca mucho de los conocimientos que han de formar el "piso de validez científica" del antiguo poblamiento del Nuevo Mundo. No fue su obra solamente divulgadora, escribe Luis Duque Gómez, Director del Instituto Colombiano de antropología, en las palabras iniciales del Homenaje. Rivet estuvo familiarizado con varias ramas de la ciencia del hombre, y su libro sobre los Orígenes del hombre americano, ha de servir para el nuevo comienzo de estudios que se hagan para penetrar en el secreto guardado por los siglos. Las empresas de navegación en el Pacífico que hoy se llevan a cabo, seguramente han sido promovidas por su inquietud. Muchos son los americanistas que en estos mismos momentos trabajan en el mundo pero pocos, como Rivet que hayan estudiado con tanto cariño, situado en el mismo centro de sus investigaciones. A Rivet tendremos que recordarlo mucho y que estudiar sus libros continuamente.

SECCION COMENTARIOS

ULTIMA VISITA DEL DOCTOR PAUL RIVET

No me daría por satisfecho si antes de terminar este homenaje a la memoria de Paul Rivet, no llevara mis recuerdos hacia la última conferencia que el sabio maestro sustentó en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el 10 de Octubre de 1956, sobre el novedoso tema de "El Elemento Blanco y los Pigmeos de la América Precolombina".

Para entonces no esperábamos la visita de nuestro eminente amigo, aunque sabíamos que iría a México en donde se preparaban para festejarlo con ocasión de sus ochenta años, pues su viaje coincidía con la reunión del 31º Congreso Internacional de Americanistas al que Rivet tenía forzosamente que asistir.

No estoy seguro de si el Ecuador envió o no representantes a ese certamen, pero sí estuvimos presentes mediante un magnífico trabajo de nuestro distinguido médico, Dr. Luis A. León, que, en conocimiento de que Rivet estaría presente en el evento, tuvo el acierto de preparar un folleto sobre "Contribución del Doctor Paul Rivet al conocimiento científico del Ecuador". Esta memoria fue dirigida al Congreso que se reunía en México y fue publicada en nuestro Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, N° 76; también se hizo una separata para su mayor difusión.

Lo cierto es que, a poco de terminado el aludido congreso



El Dr. Paul Rivet conversa con periodistas quiteños, en el Hotel Humboldt el 9 de Octubre de 1936. Fue su última visita.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

tuvimos la suerte de tener de nuevo al Profesor Rivet entre nosotros, y la primera fotografía de este artículo corresponde a una que fue tomada en el Hotel Humboldt de Quito, en momentos en que el Doctor Rivet atendía a dos periodistas de la capital el 9 de Octubre de 1956.

La conferencia tuvo lugar al día siguiente en el Aula Benjamín Carrión de la Casa de la Cultura. Rica en conceptos fue la disertación; rica en detalles de cosecha propia del autor, instructiva, amena y al alcance de todos, como sólo Rivet sabía hacerlo; el acto expositivo fue un verdadero triunfo que duró una hora. Luego llegó el turno de hacer unas cuantas proyecciones en colores. Como de costumbre yo le servía en esta parte; la cosa marchó muy bien casi hasta el final, pero faltando unas pocas vistas se descompuso el aparato y no fue posible volverlo a enfocar.

Resultado, el Presidente Carrión se mordía los labios y sudaba tinta; Rivet no manifestaba impaciencia, pero a la larga, terminó por suspender súbitamente el acto: por mi culpa se habían perdido unos cinco o diez minutos de charla magistral. En esto, la persona que me ayudaba dejó caer una de las placas de las proyecciones que, consecuentemente, se dividió en pedazos.

Por otro lado, yo sabía que el ilustre viejo era propenso a la rabieta, así que, después de entregar al ayudante la película para que cambiara los vidrios que se habían roto, me deslicé por entre la concurrencia, encargando a alguien que llevara al Humboldt el resto del material gráfico que se hallaba a mi cuidado.

Al otro día, con mi placa compuesta, me presenté en el aeropuerto aunque en espera de una graciosa reprimenda; fue todo lo contrario, me encontré con un Rivet suavísimo, que hasta festejó el susto por mi fracaso: fue ahí, cuando antes de partir me dijo: "Mira chico, si no vas a París ya no me verás más".

Hice tomar la conferencia en grabadora eléctrica y por taquígrafo y debía mandarla a París para que su autor compusie-

ra, sobre todo, los nombres propios que eran numerosos.

Y como en esos momentos, el maestro iba a continuar su viaje al rededor del mundo, la cosa se reducía a esperar hasta que lo concluyera. Se supo que regresó a Francia, se supo que volvió a salir, que luego se repitió la historia y que a poco de su retorno definitivo, cayó enfermo: los papeles quedaron en mi poder. El resto sólo se reduce a la fatal noticia; la muerte lo llevó el 21 de Marzo de 1958.

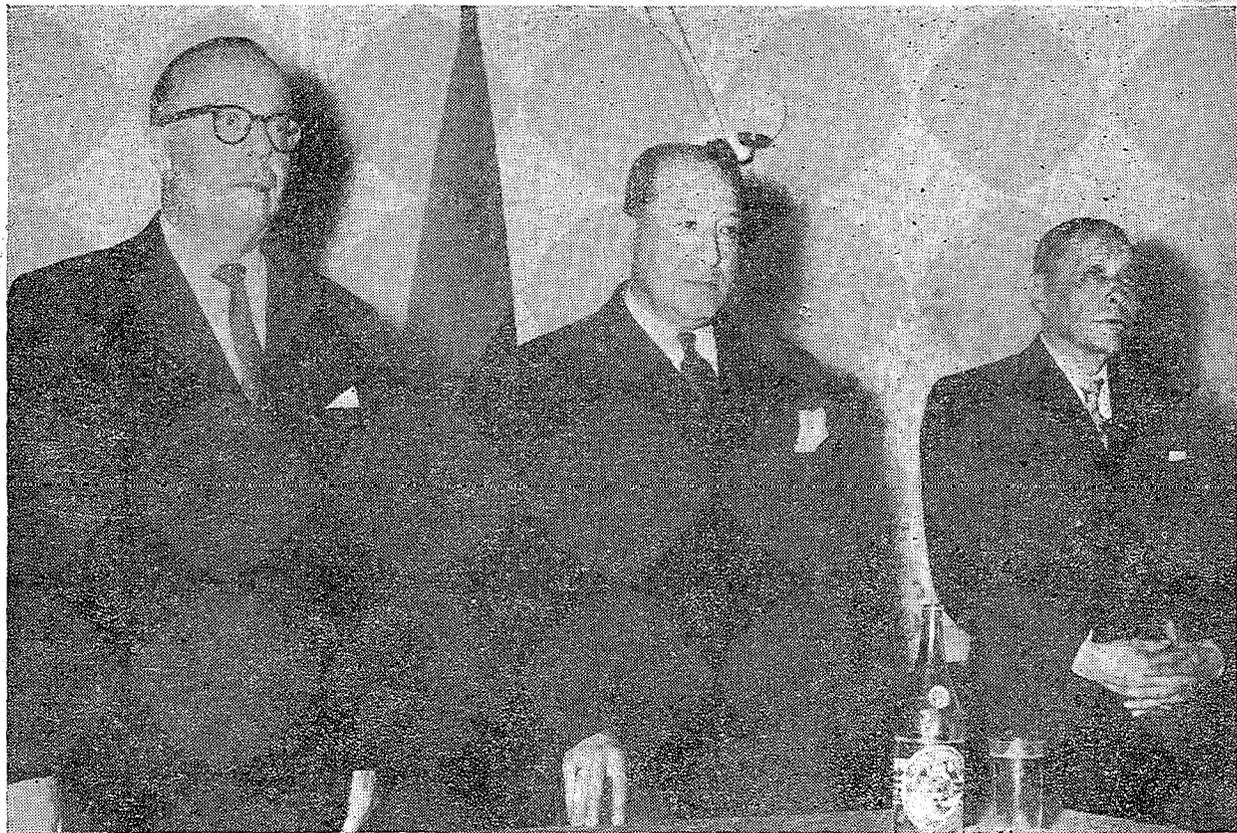
Guardo la esperanza de que esa conferencia será publicada consultando la nueva edición de "El Origen del Hombre Americano", cuya aparición nos anunció el maestro para muy pronto.

Por el momento he creído oportuno dar a conocer las palabras del sabio amigo y venerado maestro, con las que inició su magistral disertación del 10 de Octubre en la Casa de la Cultura Ecuatoriana; palabras que, por tocarnos de cerca no cabe que permanezcan guardadas.

Después del fallecimiento del maestro, la Casa de la Cultura, por medio de sus Secciones Científicas organizó una sesión solemne para honrar la memoria del gran Hombre; ella tuvo lugar el 27 de Mayo próximo pasado: fue una brillante e inolvidable ceremonia. La ilustración que intercalamos en seguida, corresponde a la mesa directiva que presidió el acto.

Julio Aráuz





La Mesa directiva durante el homenaje a la memoria de Paul Rivet, el 17 de Mayo de 1958, en el aula Benjamín Carrión.

De izquierda a derecha, el Sr. Embajador de Francia, Dn. Georges Bernys, el Sr. Director de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, y el Dr. Julio Aráuz.

"EL ELEMENTO BLANCO Y LOS PIGMEOS EN LA AMERICA PRECOLOMBINA"

**Conferencia del Prof. Paul Rivet, sustentada en el Aula
"Benjamín Carrión" el 10 de Octubre de 1956 a las 6 p.m.**

PREAMBULO

Señor Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, estimados colegas, Excelencias, Señor Presidente Ayora, queridos amigos, querido amigo Carlos Manuel Larrea:

Mil gracias por su acogida. La última vez que yo vine aquí, me despedí de ustedes porque yo no pensaba tener de nuevo la dicha de volver a verlos. Yo me acuerdo, en la Universidad de Quito, esa conmovedora despedida en la cual ustedes me habían expresado todo su cariño. Pero, resulta que mi Gobierno, para conmemorar mis 80 años, me ha dado una última felicidad: la de volver a hacer una romería, una romería completa a la América Latina, con la oportunidad de venir a abrazar a mis amigos ecuatorianos. Para mí fué una inmensa dicha y yo la acepté a pesar de la fatiga, cierto que con encontrarme con estas viejas amistades talvez yo recobraría las fuerzas que se me van y que yo podría gozar todavía muchos años. Estoy particularmente conmovido de tomar la palabra en esta Casa de la Cultura y puesto que acabo de dar un recorrido en toda la América Latina y que voy a seguir, entonces yo puedo traer aquí un testimonio absolutamente verídico, de todas las Casas de la Cultura de América Hispana, la que tiene el más grande prestigio es con seguridad la Casa de la Cultura Ecuatoriana. — Yo quiero decirles que pienso que este foco de ciencia, de erudición, de desprendimiento, debe ser preservado y de ser posible desarrollado y esto se lo diré al señor Presidente de la República del Ecuador cuando lo visite.

ACTIVIDADES DE LAS SECCIONES

El Año de Darwin

El año de Darwin sigue desarrollándose con regularidad. La primera manifestación tuvo lugar en el mes de Marzo próximo pasado en el Instituto Nacional Mejía, como extensión de las fiestas patronales del Establecimiento, durante las cuales se inauguró una clase con el nombre de "Aula Darwin"; con esta oportunidad se colocó ahí un retrato del sabio naturalista inglés, autor de "El Origen de las Especies", por medio de la Selección Natural en la Lucha por la Vida; retrato que fue obsequiado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana a iniciativa de sus Secciones Científicas.

La ceremonia que tuvo lugar en presencia del alumnado y de los padres de familia, fue honrada con la presencia del Señor Ministro de Educación, del Señor Embajador de Gran Bretaña, del Presidente de la Casa de la Cultura y de conocidos representantes de nuestro mundo cultural.



Como segunda contribución al Año de Darwin y con los auspicios de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de la Universidad Central y de la Embajada de Gran Bretaña, se realizó en la Fa-

cultad de Filosofía de la Universidad Central, una conferencia sobre el tema: "Carlos Darwin y las Teorías Evolucionistas", a cargo del distinguido profesor de Biología de la referida Facultad, Señor Arturo Zambrano, el día 26 de Agosto del presente año.

A petición del Señor Decano de la Facultad, hizo la presentación del conferenciante el Director de nuestro Boletín Científico, quien, después de exaltar justa y debidamente los merecimientos del Profesor, tanto bajo el punto de vista de hombre de estudio como de educador, pasó a considerar la finalidad de la ceremonia que se reducía, no a la publicación de la magistral obra de Darwin "El Origen de las Especies" en 1959, sino a la memoria presentada sobre el tópico indicado, a la "Linnean Society" de Londres, en la que se daba a conocer la célebre Teoría que lleva el nombre de su autor, Carlos Darwin, sobre la variabilidad de las Especies; comunicación que tuvo que trabajarla apresuradamente por consejos de Lyell y de Brooker, eminente geólogo el primero y eminente botánico el segundo, para dar solución al conflicto que su suscitó en la ocasión, con los trabajos sobre el mismo tema de Wallace.

El 1º de Julio de 1958, en la "Linnean Society", se leyeron los dos trabajos, de Darwin el uno y de Wallace el otro, siendo de anotar, para el efecto, la siguiente particularidad, que Darwin venía trabajando sobre el problema desde muchos años atrás; había escrito al respecto en dos ocasiones y aún acopiado nutrido material para una obra de grandes proporciones, pero no había publicado nada sobre tal propósito hasta 1958; sin embargo había comunicado sus descubrimientos a sus amigos Lyell y Hooker, y en particular éste los había leído. En cuanto a Wallace, él, había enviado al propio Darwin desde las Malayas, en Ebro. de 1958, un manuscrito, que luego, si Darwin lo aprobaba, sería entregado a Lyell; tal manuscrito, para estupefacción de Darwin, contenía un perfecto resumen de su propia creación, de su teoría sobre la Evolución aún inédita, y como ambos sabios tenían su mérito, se

resolvió que el Resumen proveniente de Darwin y el manuscrito de Wallace se leyeran en la misma sesión de la "Linnean". Ninguno de los dos interesados estuvo presente, el primero por estar ausente de Londres y el segundo por hallarse fuera de Inglaterra.

Este acontecimiento fue sin duda traído a colación, porque, si la figura de Darwin nos concierne por su visita a nuestras Galápagos, Wallace también algo tiene que ver con nuestra Tierra, ya que, a mediados del siglo pasado estuvo explorando la cuenca del Amazonas en compañía del botánico, también inglés, Bates, quienes llegaron hasta nuestras selvas y hasta ocurrió que por ahí se encontraron con otro sabio explorador británico, el célebre Spruce, que estudió la flora de aquellas regiones cerca de diez años.

Wallace estuvo relativamente poco tiempo, pues enfermó cruelmente de paludismo, y casi agonizante tuvieron sus compañeros que embarcarlo para Europa; pero una vez repuesto, su interés por la ciencia lo llevó al Archipiélago Malayo por espacio de seis años. Fue de ahí desde donde mandó los papeles para Lyell por intermedio de Darwin; el título del estudio se refería a la "tendencia de las Especies a separarse del tronco original" y se daba como causante la Lucha por la Vida.

En resumen, en este año de Darwin, dijo nuestro Director, propiamente, no se celebra el centenario de la publicación del "Origen de las Especies" sino la presentación ante la "Linnean Society" de Londres, en 1858; presentación concomitante, de las memorias de Carlos Darwin y de Alfredo Wallace, sobre el mismo tema y análogo mecanismo de la variabilidad de las Especies; concomitante presentación, porque ambos trabajos fueron considerados paralelamente meritorios, paralelamente originales, y, en cuanto a prelación, algo bastante comparable, ya que el primero no había publicado ni comunicado a sociedad alguna su teoría, cosa que habríale dado prioridad, y el segundo había presentado oficialmente su trabajo a la más alta corporación de las Ciencias

Naturales del País, al mismo tiempo que lo hacía Darwin.

De modo que, tomando en cuenta los hechos, este Año debería llamarse el Año de Darwin-Wallace, ambos ilustres ingleses, pero se ha convenido que sea sólo del primero, porque, para honra de Wallace, este sabio tuvo la caballerosidad de reconocer la prioridad de Carlos Darwin.

NOTA: La tercera contribución al Año de Darwin tendrá lugar, en fecha próxima, en la Casa de la Cultura, en donde el Señor Embajador de Gran Bretaña hará entrega a la Institución de un retrato de Darwin.

CRONICA

Notable triunfo de Nuestra Institución

Tal ha sido el resultado de la Semana Cultural del Ecuador que se desarrolló en la ciudad de Lima del 10 al 16 del presente Agosto.

Varias Entidades del Ecuador habían sido invitadas por las autoridades de la Capital del Perú para tomar parte en tan significativo evento, el primero en los anales de nuestras relaciones con la hermana República del sur; la Casa de la Cultura Ecuatoriana fue también honrada con esa distinción, y dándose exacta cuenta de los alcances que este acontecimiento representaba para el buen nombre de nuestro país, se esmeró, entre los límites de sus bajas disponibilidades económicas, en seleccionar los objetos que serían enviados para exhibirlos en el Perú y en el nombramiento de las personas que llevarían nuestra representación.

La delegación fue integrada por las siguientes personas:

Doctor Julio Endara, Presidente de la Casa de la Cultura.

Señor Carlos Zevallos Menéndez, Presidente del Núcleo del Guayas

Doctor Carlos Cueva Tamaziz, Presidente del Núcleo del Azuay

Doctor Angel F. Rojas, Vicepresidente del Núcleo del Guayas

Señor Alfredo Pareja Diezcanseco, Miembro Titular
Señor Enrique Guerrero, Miembro Titular
Señor Humberto Vacas Gómez, Miembro Titular
Señor Alebrto Coloma Silva, Miembro Correspondiente
Señora Matilde de Ortega, Jefe de la Editorial de la Casa de la Cultura.

La Prensa y la Radio nos han dado noticias del fervor que, en general, la visita de los ecuatorianos despertó en todas las clases sociales de la populosa y bella urbe, y según nos cuentan personas bien informadas, toda exageración es pequeña para describir el entusiasmo con que fueron recibidas nuestras exposiciones, hasta el punto de tener que prorrogar por ocho días la visita en la sección de Artes Plásticas.

En resumen, toda ha sido objeto de comentarios grandes y sesudos y hasta de graciosas alabanzas, y para el personal, todo exquisitas atenciones, como sólo es posible concebirlas en pueblos de tradicional y refinada galantería y cultura como es el del Perú.

Nuevo Miembro Titular de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

En el número anterior de nuestro Boletín, dimos noticia del sensible fallecimiento de nuestro querido y respetado compañero el Reverendo Padre Alberto D. Semanata O. P.

Aunque todavía dolorosamente impresionados por tan infausto acontecimiento y conservando cariñosamente el recuerdo de nuestro ilustre colega, la Junta General de la Casa de la Cultura, tuvo que ordenar en obediencia de sus Estatutos, la tramitación necesaria para elegir el reemplazo del malogrado Miembro Titular.

La misma Junta General accediendo galantemente a una solicitud de nuestras Secciones, consintió que éstas presentaran extraoficialmente una terna de candidatos idóneos para ser tomados

en cuenta durante las elecciones. Y es en esta virtud que se conformó una lista con los siguientes nombres, todos prestigiosos y por orden alfabético:

Ing. Rubén Orellana

Ing. Galo Pazmiño

Ing. César Troya.

En el acto electoral obtuvieron sufragios los tres candidatos así como alguien que no figuraba en la lista de nuestras Secciones, pero la mayoría reglamentaria se declaró por el Ing. Rubén Orellana, quien, después de prestar la promesa de estilo, entró en funciones en este mes de Agosto.

Las Secciones Científicas Unidas se felicitan por contar con tan competente y digno compañero y tienen la satisfacción de presentarle en estas líneas un ferviente saludo, augurándole los mejores triunfos en el desempeño de su nueva dignidad, que para ello se encuentra bien dotado, con su talento, sabiduría, entusiasmo y juventud.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay

Efemérides Uruguayas por Arturo Escarone.— Prólogo de Raúl Montero Bustamante. Tomos I-II-III.

Indices Generales de los Tomos I-II-III.



Comunicaciones Antropológicas del Museo de Historia Natural de Montevideo. Vol. I. Número 1. 1956.

Comunicaciones Botánicas del Museo de Historia Natural de Montevideo. Vol. II. Números 18 a 19. 1946-1953.

Comunicaciones Zoológicas del Museo de Historia Natural de Montevideo. Vol. IV. Números 66-67-68-69. 1952.-- Número 72. 1955.



Anales del Museo de Historia Natural.

Segunda serie. Vol. VI. 1956. Número 1.

La Oceanografía frente a la costa del Uruguay.

Resultado de dos viajes del pesquero "Antartes" a la planicie

continental en Julio de los años 1940 y 1950 y de una corta campaña oceanográfica frente al Departamento de Rocha en Mayo de 1951. — Por Fernando de Buen.

Monografía de los Equipos Argentinos en la Antigua Banda Oriental.— Por Irene Bernasconi.— Segunda serie. Vol. VI. Número 2. 1953.

Los Chaná-Timbúcs en la Antigua Banda Oriental.— Por Eduardo F. Acosta y Lara.— Segunda serie. Vol. VI. Número 5. 1955.

Human Figures in South America Petroglyphs and Pictographs as Excerpts from Repeating Patterns.— by Carl Schuster. Segunda serie. Vol. VI. Número 6. 1955.



Boletín de la Academia Nacional de Historia de Venezuela.

Comisión Editora: José Nucete Sardi.— Héctor García Chuecos.— Héctor Parra Márquez.

Tomo XL, Abril-Junio. 1957. Número 158.

Tomo XL, Julio-Setiembre. 1957. Número 159.

Tomo L, Octubre-Diciembre. 1957. Número 160.

Tomo LI, Enero-Marzo. 1958. Número 161.

Revista Dios y Ciencia

Asociación Católica de Médicos, Odontólogos, Farmacéuticos y Químicos.

Año V. Quito-Ecuador. Marzo-Abril de 1957. Número 27.

Criminología

Revista de Policía Científica.— Santiago de Chile.

Marzo-Abril. 1957. Número 213

Julio. 1957. Número 216

Agosto. 1957. Número 217

Este libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Cultura
SU VENTA ES PENADA POR LA LEY



N O T A S

Esta Revista se canjea con sus similares.



Esta Revista admite toda colaboración científica, original, novedosa e inédita, siempre que su extensión no pase de ocho páginas escritas en máquina a doble línea, sin contar con las ilustraciones, las que por otro lado, corren de cuenta de la Casa, siempre que no excedan de cinco por artículo.



Cuando un artículo ha sido aceptado para nuestra Revista, el autor se compromete a no publicarlo en otro órgano antes de su aparición en nuestro Boletín, sin que esto signifique que nos creamos dueños de los trabajos, ya que sabemos, que la pequeña remuneración que damos a nuestros colaboradores, está muy por debajo de sus méritos.



La reproducción de nuestros trabajos es permitida, a condición de que se indique su origen.



Los autores son los únicos responsables de sus escritos.



Toda correspondencia, debe ser dirigida a "Boletín de Informaciones Científicas Nacionales", Casa de la Cultura Ecuatoriana. Apartado 67. — Quito-Ecuador.